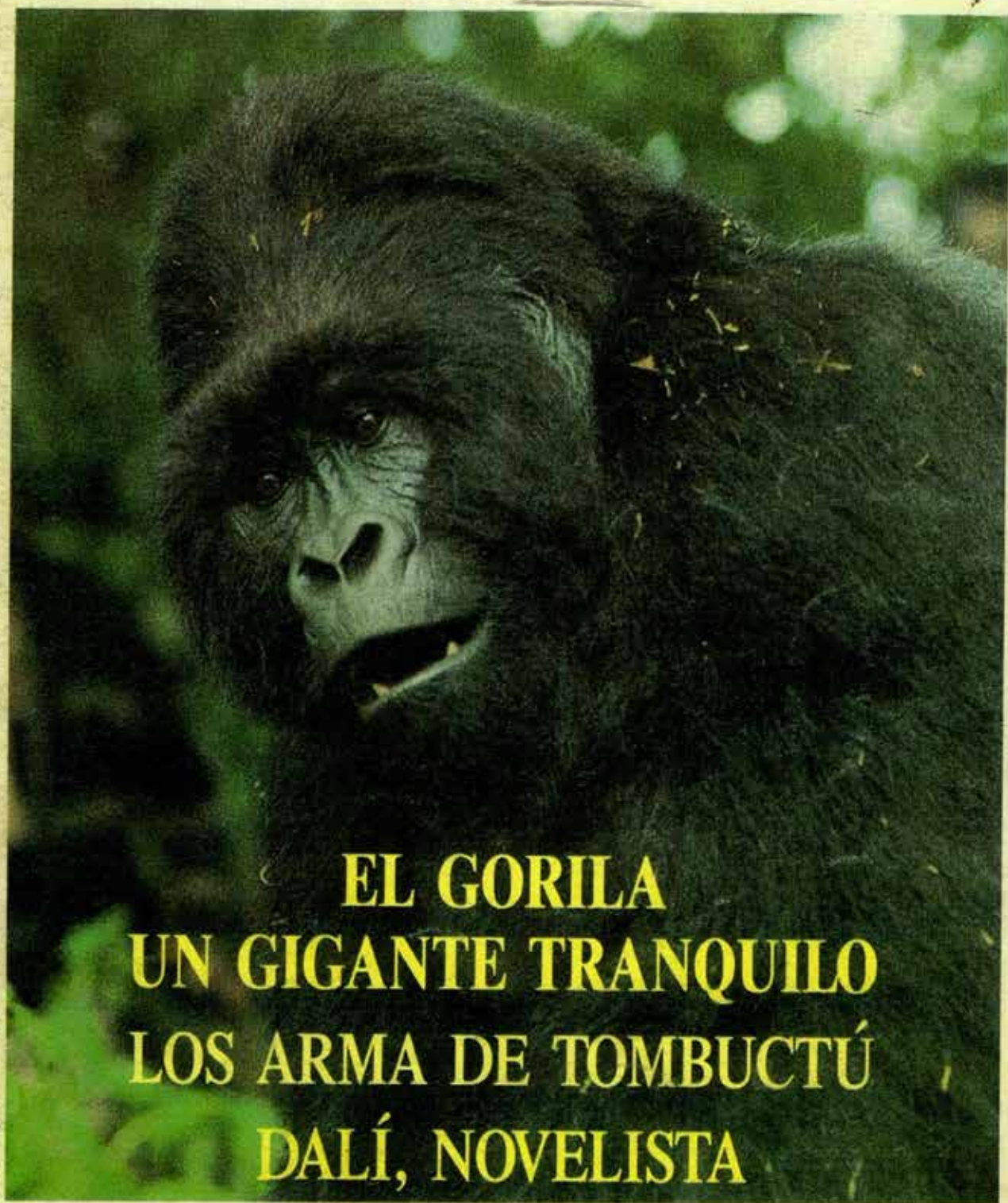


Africa 2000

Revista de Cultura

Año V • Epoca II • Núm. 12 • 1990

Edita: Centro Cultural Hispano-Guineano • Malabo (Guinea Ecuatorial)



**EL GORILA
UN GIGANTE TRANQUILO
LOS ARMA DE TOMBUCTÚ
DALÍ, NOVELISTA**



Edita:
CENTRO CULTURAL
HISPANO-GUINEANO
Apdo. 180 - Teléf.: 2720
Malabo (República de
Guinea Ecuatorial)

Director del Centro Cultural:
Jesucristo Riquelme Pomares

Coordinan AFRICA 2000:
Donato Ndongo Bidyogo
(Malabo)
Gerardo González (Madrid)

Colaboran en este número:
Ciríaco Bokesa
Jacint Creus
Juan Pedro G. Kirchner
Leandro Mbomio
Desiderio Mbomio
Carlos Nsue Otong
Jesucristo Riquelme
Marta Sáinz
Francisco Sánchez Ruano
Salvador Vara Zanca

Confecciona:
David Diego

Imprime:
T. Torreblanca
P.º de las Flores, 3
28820 Coslada (Madrid)

Publicidad:
AFRICA DOS MIL
Apdo. 180 - Teléf. 2720
Malabo (Guinea Ecuatorial)

Depósito Legal:
Ministerio Información,
Turismo y Cultura 3/1986

© Queda permitida la reproducción total o parcial de los artículos y demás trabajos literarios del presente número, siempre que se cite la procedencia. Se agradecerá el envío de dos ejemplares de la reproducción.

África 2000

Revista de cultura
Año V • Época II • Núm. 12 • 1990



SUMARIO

EDITORIAL:

Cultura y desarrollo , por Donato Ndongo-Bidyogo	3
Los Arma de Tombuctú , por Francisco Sánchez Ruano	4
África 2000 en las ondas , por Leandro Mbomio	11
El gorila, un gigante tranquilo , por Juan Pedro G. Kirchner y Marta Sáinz	14

ORIGINALES AFRICA 2000:

Balbucesos , por Carlos Nsue Otong	21
---	----

PREMIOS CENTRO CULTURAL

Kidumu, el aventurero , por Desiderio Mbomio Nchama	22
La leyenda de Lohodann , por Jacint Creus	30

LECTURAS GUINEANAS

Los bubis, ritos y creencias , por Ciríaco Bokesa	36
--	----

Últimas publicaciones de «Ediciones Centro Cultural Hispano-Guineano», por Salvador Vara Zanca

Dalí novelista , por Jesucristo Riquelme Pomares	40
	41

ÁFRICA 2000 expresa su línea de pensamiento exclusivamente en la página editorial. En consecuencia, no se hace responsable de la opinión de sus colaboradores ni se identifica necesariamente con el criterio expuesto en los textos que publica. La ética más elemental aconseja, no obstante, mantener la máxima pluralidad dentro de las normas de convivencia.



CULTURA Y DESARROLLO

SEGÚN el último censo conocido del Anuario Estadístico de la Unesco, correspondiente a 1987, el 54 por 100 de los africanos mayores de quince años son analfabetos. (En estos tristes y fríos datos se refleja también que el 63 por 100 de los habitantes de Guinea Ecuatorial no saben leer ni escribir, o lo hacen muy deficientemente). Tan pavorosas cifras deben necesariamente llamar la atención, sobre todo en este año, 1990, consagrado por las Naciones Unidas como «Año Internacional de la Alfabetización».

Treinta años después de conseguidas las independencias, se observa que no sólo no ha mejorado la situación cultural de los países africanos, sino que en muchos casos, el de Guinea Ecuatorial por ejemplo, ha habido un alarmante retroceso. Y no podemos darnos por satisfechos ante realidades tan desalentadoras, puesto que el objetivo último de las independencias africanas fue el de elevar la calidad de vida de nuestros pueblos, no garantizada necesariamente por el colonialismo, premisa sin la cual la acción política está viciada de origen, y se convierte en mera política sin contenido real.

Varias son las causas que han llevado a esta situación, algunas de carácter exógeno y heredado, pero otras directamente relacionadas con la política educativa y cultural adoptada por los diversos Gobiernos africanos. Se pone muchas veces el acento en conseguir el crecimiento económico como prioridad, pero se olvida que cualquier proyecto de progreso económico y social que no tome en cuenta la necesidad de escolarizar a *todos* nuestros niños, en su ambiente natural y cultural, corre el riesgo de fracasar.

DE esta conclusión se desprende la intención que los ministros de Cultura de casi todo el mundo, reunidos en México en 1982 durante la Conferencia Mundial de Políticas Culturales, propusieron aplicar en el marco del Decenio de Desarrollo Cultural (1988-1997). El programa se articula en torno a cuatro grandes objetivos: tomar en consideración la dimensión cultural del desarrollo; afirmar y enriquecer las identidades culturales; ampliar la participación en la vida cultural y fomentar la coopera-

ción cultural internacional, todo ello con el único fin de situar la cultura en el centro del desarrollo.

Resulta difícil concebir que los planes de desarrollo puedan elaborarse sin tener en cuenta la especificidad de las culturas de los pueblos beneficiarios de tales proyectos, pues, al no participar en el sistema de transformación económica y social, ni en la evolución científica y técnica, la población se considera excluida de ese modelo de progreso, que tiende a hacer caso omiso de su identidad propia.

Del mismo modo que una escolarización deficiente, en la que ni los maestros ni los niños tengan satisfechas sus necesidades básicas, tanto intelectuales como materiales, difícilmente puede beneficiar a la estrategia de mejora de un país. Una escuela sin pupitres ni tiza, sin libros, ni cuadernos, ni los demás medios auxiliares de aprendizaje; una escuela con los maestros sobrecargados de trabajo (con más de 40 niños en un aula), presionados continuamente desde la ideología dominante, desnutridos y mal pagados, no sirve, sencillamente, al objetivo global de elevar el nivel y la calidad de vida, al ser ese modelo directamente responsable de gran parte del fracaso escolar y, por tanto, de que la población se vuelva de espaldas a cuanto signifique la adquisición de conocimientos y, por consiguiente, a la creatividad. Por ello, el primer objetivo de cualquier estrategia de desarrollo es convencer a los responsables de las decisiones que tomen en consideración el llamado «factor humano».

DICHO de otra manera: se trata de propiciar el advenimiento de una nueva mentalidad, más atenta a los aspectos cualitativos y humanos del desarrollo, y de lograr que la opinión pública tome conciencia de la importancia de la dimensión cultural implícita en toda acción de avance económico y social.

A tan sólo diez años del mítico año 2000 duele mucho tener que hablar todavía de estas cosas, pero hay que referirse a ellas para incitar a la reflexión, si no queremos perder definitivamente el tren de la Historia.

DONATO NDONGO-BIDYOGO

Influencias andalusíes, moriscas y españolas en el África Negra

LOS ARMA DE TOMBUCTÚ

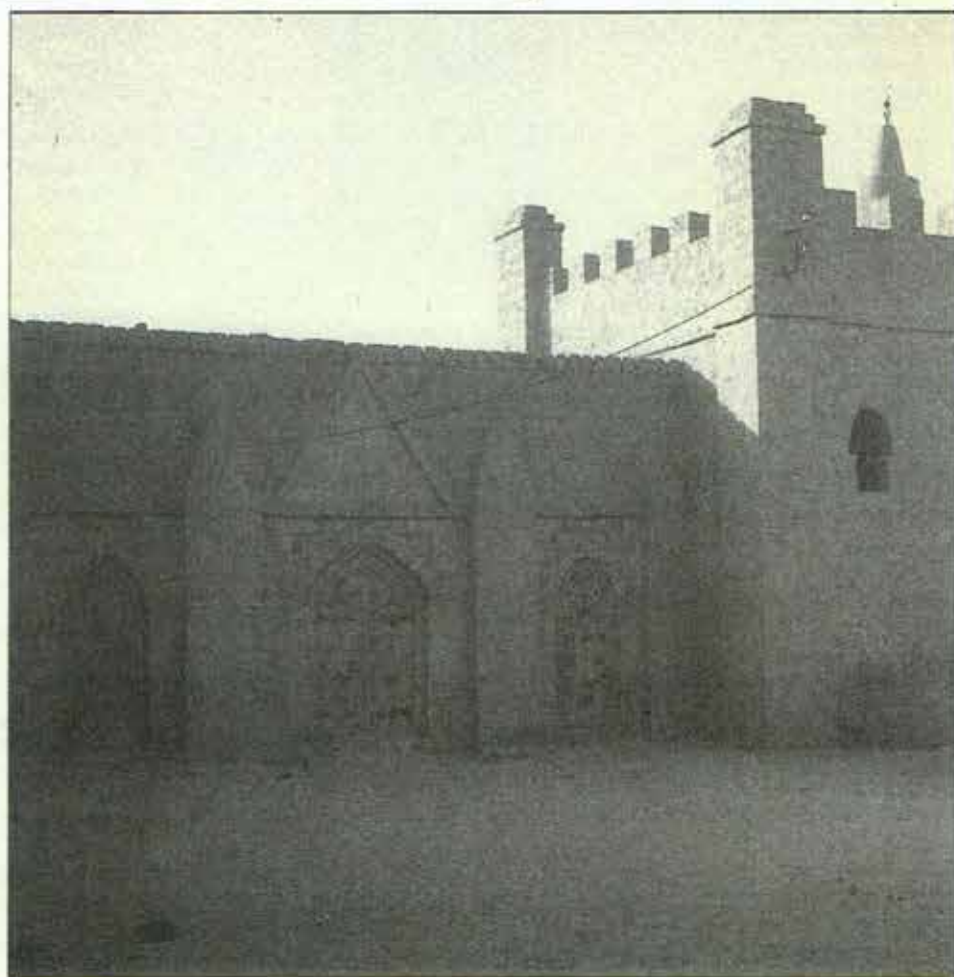
Por FRANCISCO SÁNCHEZ RUANO

Solemos considerar como apogeo de Al Andalus (la España musulmana) el siglo X, por ser la época del Califato de Córdoba y ciertamente es muy real el calificativo, pues la influencia cordobesa llegaría a la curva del Níger, en el Sudán occidental.

Etimológicamente, para los árabes Sudán significaba «tierra de negros» y comprendía toda África al sur del Sahara; es decir, lo que hoy día se denomina Sudán entonces era el Sudán oriental; hacia el Oeste continuaba el Sudán central; y la zona del Níger hasta el Atlántico era el Sudán occidental (objeto de nuestro trabajo).

Los songhay, población negra de la curva del Níger, se componían de diferentes grupos, como sedentarios campesinos (algunos en relación con los Mossi), cazadores (Gow) y pescadores (Soroko). Hacia el 900, una dinastía extranjera denominada «Za» se estableció entre los songhay (el historiador sudanés As-Saadi, del siglo XVI, dijo que los Za venían del Yemen y que eran altos, fuertes y bien formados; mientras que el historiador francés Delafosse, siglo XIX, dijo que eran Lemta y de origen beréber). Su capital fue Kukiya (la actual Bentia), que está al este del Níger, en donde la curva desciende; posteriormente en el siglo X la cambiaron a Gao, hacia el oeste, cerca de donde la curva del Níger hace un ángulo de 45°.

El historiador cordobés al-Bakri describió Gao, en el siglo XI, como dos ciudades, la de los reyes musulmanes y la de la población animista y pagana (según Bovill: «The golden trade of the moors», el hecho lo han confirmado recientes investigaciones arqueológicas), pues si la dinastía gobernante se convirtió al Islam (en 1009 según As-Saadi), la ma-



Mezquita Sidi Yahia, donde están enterrados los pachás que sucedieron al morisco almeriense Yuder.

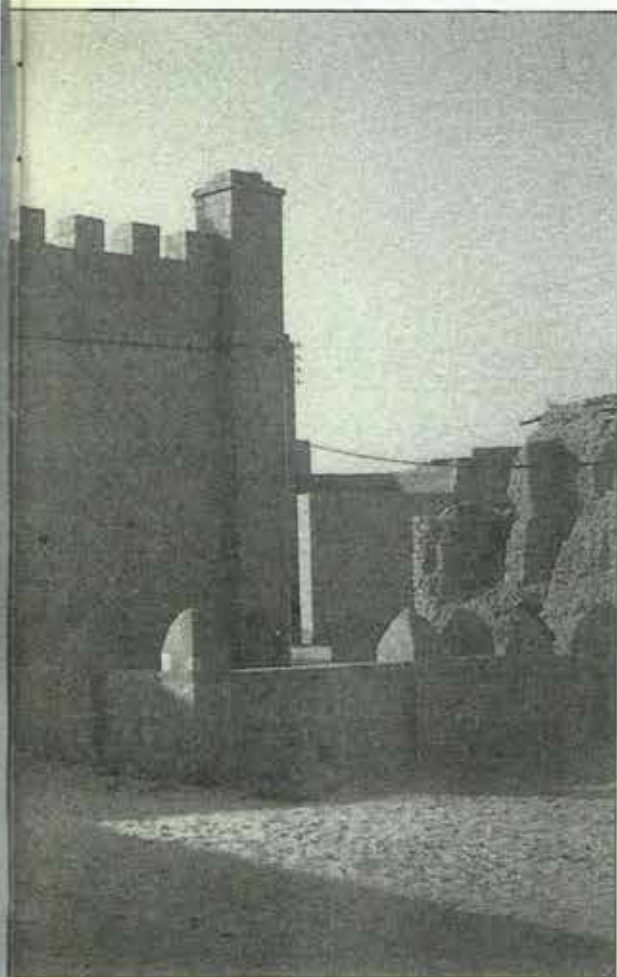
sa de la población no siguió al principio a sus gobernantes. Al-Bakri refiere que al acceder al Trono los reyes de Gao recibían un Corán y una cimitarra del Califato de Córdoba, lo que demuestra el poder del Califato cordobés (aunque fuera en su declive).

Obviamente, tal influencia en Gao era puramente nominal, pues el Califato de Córdoba nunca llegó a enviar tropas al Sudán; pero en cambio sí que hubo un tráfico comercial importante entre Al Andalus y Sudán, pues las caravanas de camellos atravesaban el mayor desierto del mundo y por Sijilmasa llegaban al Magreb al-Aksa

(Marruecos) con oro, sal, marfil, negros (esclavos), plumas de aves (principalmente de avestruz) y la goma arábica, que era muy apreciada en Al Andalus (para el lustro de las sedas). Resulta claro que los soberanos de Gao aceptaban al Califato de Córdoba (en vez de al de Bagdad) como un poder superior espiritual (pues nunca los califas y luego Almanzor enviaron tropas más allá de Marruecos).

Tras el hundimiento del califato de Córdoba, Gao dependió en alguna forma de Ghana (el Imperio negro más importante de Sudán occidental que sucedió a

Es muy conocida la influencia española en Guinea Ecuatorial, pero mucho menos otras influencias hispanas también en el África que se remontan al siglo X. Se trata del Sudán Occidental y de su antigua capital comercial y religiosa: Tombuctú, en el actual Malí.



Audhagost). Tras la conquista de Kumbi-Saleh (capital de Ghana) por los almorávides, en 1077, se produciría una relativa independencia de los songhay hasta su conquista por el Imperio Mali. La influencia cordobesa en Gao fue descubierta en 1939 por dos investigadores franceses (entonces el Sudán francés era parte del África Occidental Francesa o AOF), Bartoli y Chambon, quienes, en Sané (a 10 km. al norte de Gao), localizaron 8 epitafios reales con inscripciones árabes.

El descubrimiento (publicado en el n.º 9 de «Notes Africaines», enero 1941) fue importante; una

de las estelas funerarias es la más antigua muestra de material conocida del Islam en África negra. Fechada el 6-XI-1100 dice literalmente: «... Esta es la tumba del rey que ha protegido la realigión de Dios, que se ha reposado en Dios, Abu-Abdala Mohamed hijo de Abdala hijo de Daí: ¡que la misericordia, el perdón y la gracia de Dios le alcancen!... Dios se apiade de cualquiera, tras haber leído esto, que implore en su favor la misericordia y el perdón divinos: ¡así sea, oh Dueño del Universo!»

De las 8 estelas, dos están firmadas por un marmolista de Almería Ya'ich (en 1108 y 1110), una está sin fecha, otra data de 1265 y las otras tres son de la primera mitad del siglo XII. Todas tienen una anomalía ortográfica característica de la epigrafía árabe de Al Andalus (una en particular de la epigrafía omeya de Córdoba). En cualquier caso, son las estelas con embocaduras decoradas de la región de Almería quienes han servido de prototipo a estas estelas de Gao (que dan los nombres de unos 15 personajes reales que son absolutamente desconocidos por los cronistas árabes). Tal es la prueba material definitiva —hasta la fecha— de la influencia omeya (luego de los Taifas y Almorávides) en el Níger...

MALÍ Y LA ARQUITECTURA GRANADINA

En el siglo XII, una tribu tuareg, los Masha (los tuareg son bereberes y estaban divididos en numerosas tribus), encontraron una especie de oasis en un recodo del Níger y allí depositaron sus mercancías a una vieja o madre denominada Tim (de ahí que al oasis se le denominó «Timbuctú» o pozo de Tim). Pero fue después de

1110 cuando los comerciantes de Yené (importante ciudad comercial e intelectual hacia el oeste del Níger) quienes hicieron de «Timbuctú» (para nosotros Tombuctú) un centro comercial caravanero de importancia que, al lado del Níger, concentraba sus mercancías para su envío en camello al Magreb —a través del Sahara— y de ahí a Al Andalus (como vimos) y a la Europa cristiana, así como al norte de África y al Cercano Oriente.

En el siglo XIV, el Imperio de Malí era el más poderoso del Sudán occidental, pues sucedió al de Ghana y desde su capital, Niani (actualmente en ruinas y no muy lejos de Bamako), el Mansa (Sultán) Kanka Musa fue el más rico y poderoso en la historia de Malí. Dueño del oro sudanés, quiso realizar una peregrinación a La Meca —como buen musulmán— y llevó tal caravana de camellos y caballos cargados de oro que desequilibró los precios hasta tal punto que el curso del oro se hundió en El Cairo, donde 12 años después aún no se había alcanzado el nivel anterior (le acompañó una corte de 15.000 a 60.000 servidores y cortesanos precedidos de 500 esclavos que portaban lingotes de oro, etc.).

Pero lo más importante para la Historia fue que a su vuelta de La Meca, en 1324, encontró en El Cairo a un arquitecto y poeta granadino, Abu Isaac Es-Saheli Al-Ansari, perteneciente a una de las más linajudas familias de la Granada nazari; su fama llegó al Mansa y Mango Musa le propuso llevarse a Malí para construir una mezquita, entre otros monumentos, que recordara a la posteridad su fastuoso viaje a La Meca.

Es-Saheli aceptó y por 40.000 mizcales de oro se fue a Malí con el poderoso Mansa en 1325 (poco antes su general Sagamandía le

había conquistado Gao y Tombuctú). En Gao, Es-Saheli construyó una mezquita que, en mal estado aún se conserva y en Niani (la capital del Imperio) construyó «...la sala de audiencias del Palacio, celebrada por todos los visitantes» (J. L. Cortés: *Introducción a la Historia de Africa negra*). Pero sería en Tombuctú en donde crearía una obra que le catapultó definitivamente en la Historia, «Yinguereiber» o Gran Mezquita en lengua songhay. (Tanto le gustó Tombuctú que allí pasó el resto de su vida y se le enterró. A sus hijos se les dio una pensión y se les trasladó luego a Waddan).

También construyó un palacio, el Madugu, situado en un codo del canal que conducía a Kabara (el puerto que está a 10 km. de Tombuctú); pero, construido en 1325 con materiales importados, no pudo ser mantenido y por falta de atención se derrumbó en el siglo XVI. No obstante, su obra maestra, como se ha dicho, es Yinguereiber, terminada en 1330 y situada en el barrio de su nombre, cerca de la actual plaza de la Independencia (en donde está el palacio del Gobierno, la Alcaldía, la Policía, el cuartel del Ejército, etc.) y en cuyo centro está el Litham o legendario caballero que protege a la ciudad de los 333 santos...

Una polémica, aún no terminada, sobre Es-Saheli da al arquitecto granadino la paternidad de un estilo denominado «sudanés», por la originalidad de su forma piramidal y su fábrica a base de barro cocido con troncos de acacias. Al contemplar tal edificio no puede uno por menos que admirar que un español lo construyera hace 660 años... Autores como M. Delafosse, Ph. Decraene (director del CHEAM y autor de un notable libro, *Le Mali*), E. García Gómez (*Españoles en el Sudán*), M. Villar Raso (*Las Españas perdidas*) estiman que fue el autor de dicho estilo; mientras que otros como el alemán Dr. H. Barth, el francés F. Dubois (*Tombouctou la mystérieuse*), los africanos C. Anta Diop y J. Ki-Zerbo lo niegan, alegando que dicho estilo sudanés es piramidal e influido por las pirámides egipcias, por lo que tal influencia egipcia llegó al Sudán oc-



LOS ARMA DE TOMBUCTÚ

cidental mucho antes de la llegada de Es-Saheli.

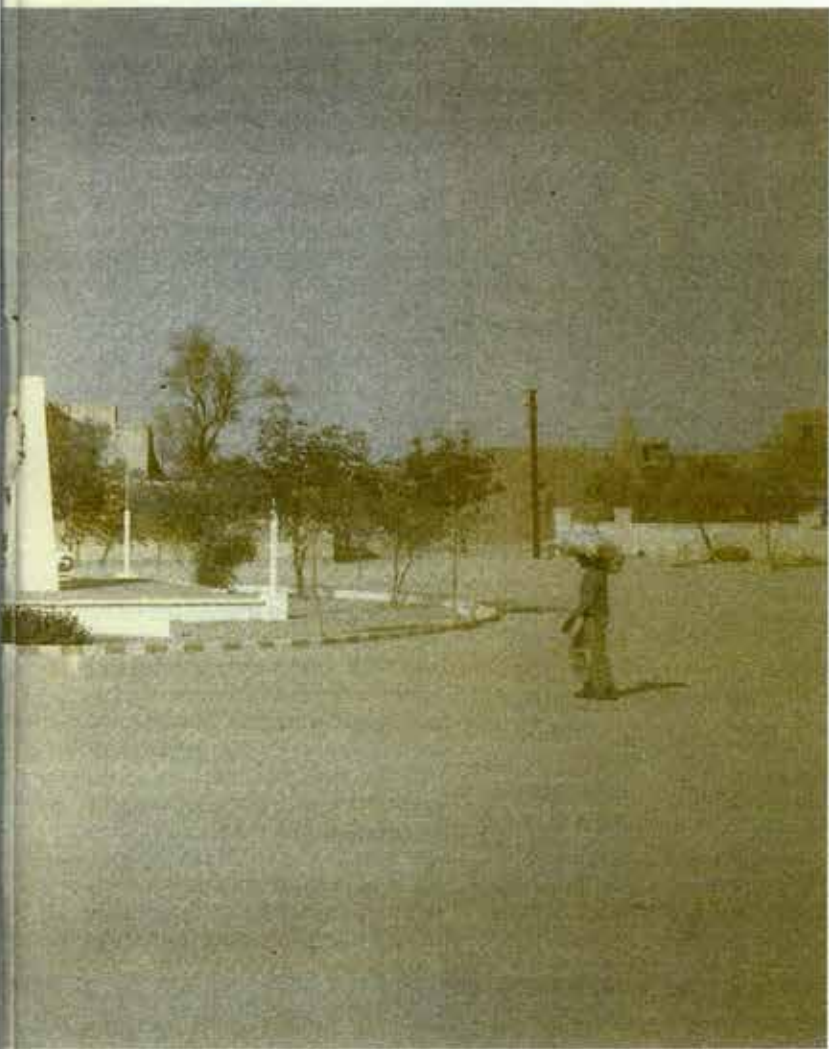
Una tercera hipótesis es la sustentada por los profesores L. Martín Mingorance y A. Díaz (ambos de la Universidad de Granada), así como por el profesor Ferrán Iniesta (de la Universidad de Barcelona) quienes intentan una combinación de las anteriores, pues como dice F. Iniesta: «Es-Saheli... logró combinar genialmente el arte árabe con el austero y esbelto estilo arquitectónico sudanés» (*Yuder Pachá, el andaluz que conquistó Tombuctú*).

Sin entrar en el fondo del problema, si es cierto que Yinguereiber merece una restauración (habiendo algunas parciales) y así nos lo pidieron tanto en el Ministerio de Cultura, en Bamako, como el mismo Abbas Ben Barka, Alcalde de Tombuctú (mensaje que hemos transmitido a varios organiz-

mos españoles y a la UNESCO que parece interesada en la restauración de tal monumento).

LA INVASIÓN DE SUDÁN POR EL EJÉRCITO MORISCO DE YUDER PACHÁ

Como consecuencia de la victoria marroquí contra el Rey D. Sebastián de Portugal en la célebre batalla de los tres Reyes (o Alcazarquivir en agosto de 1578), fue proclamado Sultán de Marruecos, Ahmed Al Mansur (el Victorioso), en el mismo campo de batalla. Las consecuencias de tal batalla fueron múltiples, pues sirvió para aumentar el prestigio internacional, sobre todo en Europa, de Marruecos. Al quedar Portugal sin Rey, la Corona pasó a Fe-



Plaza de la independencia en el centro de Tombuctú, la ciudad que fue un importante centro comercial y caravanero de donde partían expediciones con mercancías hacia el Sahara y después a Al Andalus

lpe II tío del infortunado D. Sebastián (que por cierto había desaconsejado esa invasión). El Imperio español era ya tan poderoso que el Sultán marroquí no podía pensar seriamente en atacarlo, pese a las proposiciones que en ese sentido le hizo la reina inglesa Isabel I (sobre todo tras la derrota de la Invencible en 1588); por otra parte, hacia el este de Marruecos era poco factible ninguna expansión, debido al poderío del Imperio turco otomano que alcanzaba hasta lo que hoy es Argelia (menos el Oranesado en manos de España hasta 1791). Sólo le quedaba al joven y ambicioso Sultán el sur para expansionar su Imperio y extender sus límites por el desierto. Pero ¿qué ofrecía el Sahara más allá de sus arenas y, sobre todo, qué garantías de éxito había en una posible empresa militar?

Ningún ejército había atravesado el mayor desierto del mundo; el Sudán se libró así de cualquier invasión que viniera del norte. Es por lo que Ahmed al Mansur tuvo que convencer a sus consejeros y ulemas, pues todos se mostraban unánimes en rechazar una aventura que nadie había intentado, ya que la expansión marroquí había sido hacia el norte o el este. El Sultán les hizo ver la imposibilidad de repetir los ataques de almorávides y almohades en España (pues Felipe II era demasiado poderoso) o de almohades y benimerines en Argelia y Túnez, por ser el Imperio otomano más fuerte que Marruecos: «Desde hace siglos los comerciantes nos demuestran que pueden atravesar el desierto con sus numerosas caravanas de camellos ¿y vosotros que habláis con tal timidez sois los vencedores de los portugueses en

Alcazarquivir?»

Ante tales razones y reproches irónicos, los consejeros se plegaron ante la voluntad del Sultán, que les hizo ver las riquezas que podían conquistar en Sudán occidental, además de que como «cherife» (descendiente del Profeta) se consideraba jefe espiritual de aquella región.

Si bien es cierto, como señalamos antes, que el Califato de Córdoba era reconocido por los reyes negros de Gao, no es menos cierto que desde el hundimiento de Ghana, los songhay habían recuperado su total independencia en materia religiosa al margen del Islam; la desaparición del Imperio de Malí significó el auge del Imperio songhay, hasta tal punto que una incursión de los saadíes en Waddan (ciudad caravanera en el Sahara), en 1543, siguió una dura reacción del Askia (Sultán de los songhay), pues envió un «rezú» de 2.000 tuareg para que atacaran Marrakech (recién conquistada por los saadíes a los benimerines), aunque sin causar daños personales.

Fue la primera vez en la historia de África, que sepamos, en que una columna militar al servicio de un soberano negro cruzó el Sahara y atacó una importante capital del Magreb (aunque ciertamente se limitaron sólo a saquear los zocos de las afueras de Marrakech sin causar víctimas). Era otro de los motivos que tenía Ahmed para vengar tal insolencia contra uno de sus antecesores. Casi medio siglo tardó en devolver el golpe, pues el Saadí envió primero un ejército, compuesto de unos 20.000 marroquíes, que parece fracasó en su intento de atravesar el Sahara en 1584.

EL MORISCO YUDER

Nadie sabe cómo se llamó originalmente aquel morisco de Cuevas del Reino (Almería), pues *Yuder* es la hispanización del vocablo árabe «Yawdar» (bajo, pequeño), ya que se trataba de un hombre de baja estatura, rubio, de ojos azules.

La historiadora M. García Arrenal relata cómo fue condenado a encierro por una presunta conspi-

ración de los moriscos contra Ahmed el Mansur, lo que le valió un encierro de unos 11 años (de 1578 a 1589), si bien parece que fue un encierro dorado al margen de que lo convirtieran en un eunuco (pues fue castrado). Otros importantes jefes moriscos perdieron la cabeza en aquella conspiración de 1578 y en cambio Yuder fue designado Pachá de Marrakech (la capital de los saadíes) en 1590, pues se reveló como buen administrador y recaudador de impuestos (algún historiador dice que participó en la batalla de Alcazarquivir, pero no se ha demostrado).

Tras el fracaso de la expedición marroquí anterior, el Sultán no desesperó, pues era hombre constante. Había conseguido las salinas de Tegaza, en 1585, siguiéndole a ello nuevas exigencias que el nuevo Askia Isaac II no aceptó (incluso le envió unas armas simbólicas queriendo demostrar cómo estaba dispuesto a defenderse por las armas, pues no había ninguna sumisión política de los songhay a Marruecos). En 1589 llegó a la corte de Marrakech un personaje denominado Uld Kirinfil, que dijo ser el legítimo heredero del Trono de los Askia que había ocupado su hermano menor Isaac II. El Sultán lo apoyó al comprender que tenía otra excusa suplementaria para la invasión de Sudán, por lo que el 16 de octubre de 1590, tras un impresionante desfile de Marrakech ante el Sultán, una columna militar mandada por Yuder (su nombramiento sorprendió bastante a M. García Arenal cree que el Sultán pretendía así deshacerse de los díscolos moriscos, pero no es lógico pues los hubiera despedido con la primera expedición de 1584) parte para la conquista del Imperio Songhay...

Realmente los moriscos (españoles de religión musulmana) eran las tropas de élite del Sultán y su envío hacia Sudán era la última carta que jugaba Ahmed Al Mansur. La columna se componía de 8.000 camellos y 1.000 caballos, con un servicio de unos mil hombres y 600 gastadores, 500 spahis (escopeteros a caballo), dos mil mosqueteros o tiradores a pie (moriscos) y 1.500 lanceros moros (eran los únicos soldados marro-

quíes). Un total de unos 5.600 hombres, más unos 70 mosqueteros cristianos (según Bovill eran ex-prisioneros de Alcazarquivir) y una artillería compuesta por 6 trabucos, 4 esmeriles, 10 morteretes y algunos tiros pequeños (en un camello cargaron dos piezas). Tal era lo que el historiador inglés Bovill llama el Ejército del Desierto, siendo los artilleros renegados en su mayoría y los artilleros jefes posiblemente ingleses cristianos. O sea, unos 4.000 soldados y unos 1.600 auxiliares no combatientes encargados, entre otras cosas, de tiendas, pólvora, plomo, hierro, acero, estopa, pez, alquitrán, picos, cuerdas, etc.

Algunos historiadores dicen que Yuder Pachá perdió muchos hombres en la travesía del Sahara y que algunos enloquecieron y atacaron a sus compañeros y que tuvieron que asaltar una caravana para sobrevivir con sus alimentos. Otro historiador, como T. Pérez Guzmán, dice que no hubo ninguna pérdida durante esta esa travesía. Se ha discutido mucho sobre su itinerario; el que parece más probable es el que señala el historiador Portillo Togores: cruzó el Ued (río) Draa para llegar a la Hamada del mismo nombre y alcanzar después el oasis de Tinduf; luego llegaría a las salinas de Tegaza y Tegaza de las Gacelas (hoy Taodeni); desde allí pasó la columna al este de Arauán (según el Tarik es-Sudán o Crónica) y alcanzó Karabara, en el Níger, el 28 de febrero de 1591 (según Portilla Togores, los soldados que llegaron al Níger serían unos 2.700 de los 4.000 que salieron de la capital saadí).

LA BATALLA DE TONDIBI Y EL NACIMIENTO DEL PACHALIK

El Askia Isaac II no tenía mucha experiencia (llevaba unos tres años reinando) y se equivocó al esperar al Ejército invasor al oeste de Tombuctú (pues sus espías le informaron de la marcha de la columna creyendo que saldría al Níger, si es que alcanzaba el río, cerca del Yenné). Al margen de que no creyera que los invasores atra-

vesaran el desierto (pues nunca antes lo hizo un ejército y menos con la impedimenta y pertrechos que llevaba éste), perdió un tiempo precioso esperando en el oeste y dejando divididas las tropas del Imperio (unos 100.000 soldados), pues al enterarse de que el enemigo presumiblemente se dirigía a su capital tuvo que hacer contramarcha con su corte y parte del Ejército, con lo que en poco tiempo tuvo que realizar una marcha de unos 2.000 km. por terreno desértico, con la consiguiente desmoralización que supuso.

El siguiente error del Askia fue no atacar al Ejército morisco-marroquí en Karabara, mientras se restablecía de la dureza de la marcha por el desierto y sus enfermos se reponían. Un consejo de guerra que se reunió apresuradamente en Gao tampoco supo si los invasores atacarían Tombuctú (capital religiosa, intelectual y comercial) o la misma Gao (capital administrativa de los songhay). El Askia decidió ordenar que se cegaran los pozos de agua, si Yuder atacaba por Gao (sabía medida que no tuvo todo su efecto, pues algunos mensajeros fueron cogidos por malhechores). En su marcha, el ejército invasor fue hosti-

Centro de Estudios Históricos «Ahmed Babá», donde el autor de este reportaje encontró al investigador arma Ismael Diadié.



lizado por los tuareg (que huyeron ante los disparos de los arcabuceros) y por los negros songhay que los atacaron de noche junto al Níger, sorpresa que deshizo el fuego de los mosquetes al matar a algunos de ellos.

Yuder Pachá, que no deseaba una efusión de sangre inútil, escribió al Askia para pedirle que se declarara vasallo del Sultán marroquí, pues tenía armas que podían obligarle por la fuerza y, si bien los songhay ya conocían la mortífera eficacia de tales armas, la carta fue interpretada por los consejeros del Askia como signo de debilidad de un puñado de hombres que ya no sabían qué hacer, habiendo llegado tan lejos y sin posibilidad de retirarse al desconocer la zona (la información que Yuder fue recogiendo durante la marcha, más los informes que llevaba de Marrakech se revelaron como muy valiosos). De ahí que unos 40.000 soldados songhay, de los que unos 11.000 eran avezados jinetes, más la infantería y una Guardia personal del Askia, los «sonna», que tenían el juramento de dejarse matar en el campo de batalla antes que huir, se enfrentaron a unos 3.000 soldados a lo sumo que Yuder dirigió

con auténtico valor y notable pericia, además de con una extraordinaria sangre fría.

En efecto, hacia el 14 de marzo de 1591 se dio la batalla de Tondibi, cerca de unas «piedras negras» (a unas 35 leguas de Gao) y teniendo a su espalda el Níger (en previsión de una posible derrota por parte de Yuder) comenzó por una estratagema de los songhay que enviaron una manada de cebúes para destruir las filas enemigas y saltar luego sobre los desmoralizados invasores. Pero el fuego de la mosquetería y de los cañones asustó a los animales que volvieron hacia atrás y patearon a los songhay (otra versión dice que Yuder ordenó —la lengua de su ejército era el español— abrir las filas para que pasaran los cebúes).

Caben ambas posibilidades a la vez, pues ante el fracaso inicial, la caballería songhay cargó valientemente, pero en desorden, y la mosquetería hizo volver grupas a los caballos arrastrando a los caballeros. Los infantes nada pudieron contra las armas de fuego, excepto la Guardia del Askia que llegó a arrebatarse un estandarte al ejército de Yuder (recuperado luego), por lo que los spahis persiguieron al despavorido ejército songhay; los mosqueteros masacraron a la Guardia selecta del Askia para cortar sus brazos, en donde había brazaletes de oro (a pesar de que los valientes guerreros les decían que eran musulmanes como ellos).

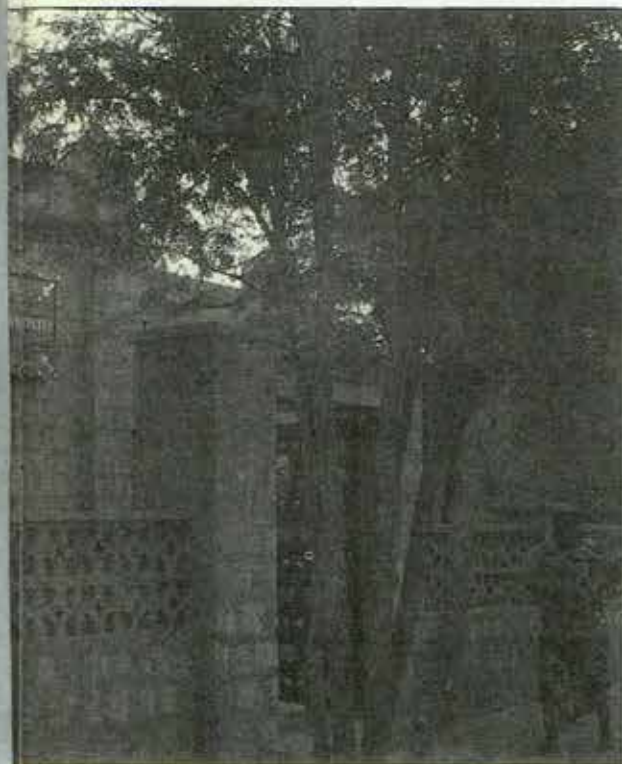
La batalla duró unas dos horas y según Portillo Togores las armas de fuego fueron decisivas (de ahí que los songhay llamaron a los invasores y sus descendientes «arma», en recuerdo de la jornada en que el Sudán occidental conoció realmente su poder por primera vez en su historia (dicho historiador añade que los mosquetes no alcanzaban los 50 metros y lo más que podían disparar serían unos 15 tiros, mientras que los cañones podrían hacer a lo sumo unos 80 disparos durante la batalla). El efecto psicológico fue superior quizás al real y mortífero, y la superior disciplina del Ejército invasor, que se lo jugó todo a una carta.

Yuder fue el nuevo Pachá del Imperio que acababa de conquistar, pasando la capital a Tombuctú, por tener una mayor salubridad y allí hizo construir una alcazaba (fortaleza o alcázar). Su benevolencia con el enemigo vencido le costó su destitución, pues el Sultán envió a otro morisco, Mohamed ben Zarkun, para remplazarle (en Gao los Arma descubrieron un cañón, con las armas de Portugal y del que los songhay ignoraban su uso, una estatua de la Virgen y un crucifijo, probablemente debido a su comercio con los portugueses de la costa de Guinea). Por su parte, M. ben Zarkun prosiguió las operaciones militares contra la última resistencia de los songhay (tras la muerte de Isaac II le sucedió su hermano Mahmed Gao, al que su hijo el Askia Nuh sucedió con notable ardor bélico); pero los envíos sucesivos de tropas (hasta 23.000 o más soldados) terminaron con la resistencia a final del siglo XVI. El Pachalik, o dominio marroquí, iba desde Gao hasta Yenné, con Tombuctú como capital de toda la curva del Níger.

Algunos autores, como M. Villar Raso o el historiador L. Martín Mingorance (ambos profesores de la Universidad de Granada), han afirmado que Yuder Pachá quiso establecer una Nueva Andalucía en Tombuctú y la curva del Níger (hipótesis que afirmó R. Gil Benumeya en su *Marruecos andalusí*, pero no se puede demostrar, pues, entre otras cosas, Yuder volvió a Marrakech en 1.599, ante la insistente llamada del Sultán y siguió obedeciendo las órdenes de Ahmed Mansur Ad-Dhahabi (el Dorado por el oro sudanés). Los Pachás que sucedieron a Yuder están enterrados en la mezquita de Sidi Yahia (se dice que él los mató).

EVOLUCIÓN DEL PACHALIK Y LLEGADA DE LOS EXPLORADORES

Ciertos historiadores africanos, C. Anta Diop (en *Histoire de l'Afrique noire pré-islamique*) y J.





Ki-Zerbo, han estimado la invasión marroquí y morisca como totalmente negativa, afirmando incluso que la corrupción de costumbres y el homosexualismo entraron en África negra con el Ejército de Yuder, lo cual es una evidente exageración.

Ciertamente la llegada del Pachá ben Zarkun significó toda una serie de violencias: robos, violaciones, crímenes, destierros (como el del sabio Admed Babá que junto con otros intelectuales fue deportado a Marrakech), etc. E incluso hubo una mayor frecuencia de hambres, epidemias, pestes, etc.; llegando ben Zarkun a enviar a Marrakech casi todos los libros árabes y andalusíes que encontró en la biblioteca de la mezquita de Sankoré (que era la Universidad coránica cuando llegó el Ejército morisco, pues entonces una buena parte de la población de Tombuctú era estudiante). Por cierto, que el Sultán quiso trasladar la biblioteca a un lugar más seguro y contrató a un capitán de un barco europeo para su traslado, por lo que durante la travesía el barco del mercenario fue atacado por buques castellanos y los libros enviados a España. Tal fue el origen de la Biblioteca árabe de El Escorial...

Los últimos soldados moriscos y marroquíes llegaron a Tombuctú en 1618, por lo que puede decirse que poco después de esa fecha se independizó de hecho del Imperio marroquí y, a raíz del asesinato del último Sultán saadí, en

Mezquita de Sankoré. Antes fue Universidad. Hoy en Tombuctú hay unos 20.000 habitantes, de los cuales unos 2.000 son arma.

LOS ARMA DE TOMBUCTÚ

1659, se dijo la «khubta» (la oración del viernes) en Yinguereiber, en el nombre del Pachá (lo que significó una independencia formal). Pero la dinastía alauita, con el más importante de sus sultanes, Mulay Ismail, consiguió que se le reconociera como Sultán en Tombuctú (la «khubta» se dijo en su nombre en 1688 hasta su muerte en 1727) y que se le pagara el tributo.

La nueva independencia del «Pachalik» (zona del dominio del Pachá) duró poco (los Pachás eran designados por los caides o jefes de las divisiones militares que ocuparon Tombuctú: la de Marrakech, la de Fez y la Chera-ga), ya que los tuareg «tademakka» derrotan a los Arma en la batalla de Toya, en 1737. Al ser los tuareg nómadas se conformaron con cobrar un tributo, precio de su protectorado, por lo que los Arma seguían gobernando la ciudad a través del Pachá; situación que duró hasta que los peules, negros del Imperio de Macina, los derrotaron totalmente en la batalla de Diré, en 1833.

Luego vino la protección de los negros tuculers, en 1862 y su jefe, el Hadj Omar, designó un Arma como gobernante de Tombuctú, pero con el título menos pomposo de «Kahya» o lugarteniente del Pachá... Era ya la época en que los exploradores europeos (punta de lanza de las Sociedades Geográficas de Europa) se adentraban en el corazón de África. Al ser Tombuctú una ciudad prohibida para

los cristianos, los exploradores que entraron se jugaban la vida (así le ocurrió al escocés G. Laing); más suerte tuvo el francés R. Caillié que entró en Tombuctú en 1828 disfrazado de árabe.

Tras el alemán H. Barth (que también entró en Tombuctú engañando a sus habitantes) fue un español, C. Benítez, quien dirigió la expedición del Dr. O. Lenz (comisionado por Alemania); entraron éstos en Tombuctú en 1880 disfrazados de árabes. Benítez fue el primer español en entrar en la mítica y misteriosa ciudad y el primero en escribir sobre los Arma (con excepción de un anónimo español del siglo XVII). En enero de 1894 y tras la muerte del alférez de Navío Aube a manos de los tuareg (en el puerto de Kabara, a 9 km de Tombuctú), la columna francesa del Teniente coronel Bonnie fue casi exterminada por los tuareg; días más tarde es el comandante Joffre quien derrotó y exterminó a los tuareg ocupando luego Tombuctú...

Según Ismael Diadié Haidar ben Guzmán, un investigador Arma que conocí en Tombuctú en el Centro de Estudios Históricos «Ahmed Babá», habrá unos 40.000 Arma en la actualidad, pero parece que hay muchos menos pues pueden contarse ahí los siervos, antiguos esclavos, etc. Desde la Independencia de Mali, en 1960, los Arma son una minoría insignificante (aunque gobernó la curva del Níger durante dos siglos y medio), pues es la etnia bamba; la que manda (es mayoritaria en este país de casi 9 millones de habitantes, dirigido por un partido único que se define como democrático).

Mali es uno de los países más pobres del mundo y la cooperación internacional es fundamental. Hoy Tombuctú es una sombra de lo que fue, pues tiene unos 20.000 habitantes (incluyendo los tuareg refugiados por la sequía de los que habrá cerca de 2.000 Arma, que viven en los barrios de Yinguereiber y Sarakeina (su Akaidi es Babá M. Hasseyé) y según Ismael Diadié hay bastantes vocablos de origen hispano en la lengua, que es la songhay.

F.S.J

ÁFRICA 2000

EN LAS ONDAS

Por LEANDRO MBOMIO

Ministro de Cultura, Turismo y Promoción Artesanal

ASISTIMOS hoy a este importante acto de inauguración oficial de la Emisora Cultural «Africa 2000 de Guinea Ecuatorial», considerada como uno de los Proyectos más importantes de la Cooperación Española en esta República.

La Emisora «Africa 2000» es un Proyecto que tiene una larga historia, con objetivos muy concretos. Para hacer una breve reseña de la historia de esta Emisora, les diré que la misma es el resultado de una intensa labor de seguimiento de las orientaciones del Presidente de la República Obiang Nguema Mbasogo, impartidas al entonces Ministerio de Educación y Cultura, en un acto cultural que tuvo lugar en el Estadio «La Paz» de esta capital, el día 6 de junio de 1982.

En dicho acto, tras condecorar a los artistas e intelectuales nacionales y extranjeros, el Jefe del Estado en su intervención dijo: «La cultura debe ser considerada en mi Gobierno como prioridad absoluta, ya que sin ella el pueblo de Guinea Ecuatorial no podría asumir positivamente el proceso de la Reconstrucción y Reconciliación Nacional».

Por ello, Su Excelencia Obiang Nguema Mbasogo encomendó a los responsables de Educación y Cultura, durante el Gobierno del Consejo Militar Supremo, la conveniencia de establecer un Programa de Política Cultural que tuviera en cuenta la actualización del sistema educativo para que responda a las exigencias actuales de nuestro medio socio-cultural y a los adelantos técnicos y científicos del mundo moderno.

Por otro lado, el Presidente de la República se refirió a la falta de interés que estaba observando en la difusión de la cultura autóctona fruto de una herencia milenaria

de nuestros antepasados que deberíamos respetar y conservar a toda costa.

Con la asistencia del Presidente de la república, Obiang Nguema Mbasogo, del Gobierno en pleno y del Director General del Instituto de Cooperación para el Desarrollo de España, Fernando Riquelme, el 12 de octubre de 1989 se inauguró oficialmente la emisora «Africa 2000», que venía emitiendo desde meses antes en período de pruebas. Con tal ocasión, el ministro de Cultura, Turismo y Promoción Artesanal y presidente por parte guineana del Patronato de la emisora, Leandro Mbomio, pronunció un discurso, que publicamos por su interés documental. «Africa 2000» es una emisora cultural, montada por la Cooperación Española —que la gestionará durante diez años, al cabo de los cuales revertirá al Gobierno de Malabo—, con vocación de difundir en el África Central la cultura hispánica en español así como los valores propios de la cultura guineana.

Para una mejor aplicación de esta Política Cultural encomendada al Gobierno, el Presidente insistió al Departamento competente la conveniencia de realizar gestiones en torno a proyectos de creación de órganos de difusión cultural que pudiesen servir como catalizadores adecuados para la formación del pueblo y para una mejor divulgación de los usos y costumbres nacionales.

Para una mejor aplicación de esta Política Cultural encomendada al Gobierno, el Presidente insistió al Departamento competente la conveniencia de realizar gestiones en torno a proyectos de creación de órganos de difusión cultural que pudiesen servir como catalizadores adecuados para la formación del pueblo y para una mejor divulgación de los usos y costumbres nacionales.

A raíz de estas pertinentes recomendaciones del Jefe de Estado, el Ministerio de Educación y Cultura, que tuvo el honor de dirigir entonces, fijó tres Proyectos como objetivos prioritarios: primero, creación de una Comisión de Textos Escolares, segundo, creación del Centro de Actualización de Maestros; y tercero, creación de una Emisora Cultural destinada a la difusión de la cultura para la formación del pueblo.

El primero de los proyectos se realizó efectivamente a través de la referida Comisión que se ocupa de la revisión y actualización de los textos escolares.

El segundo proyecto relativo a la puesta al día de la formación de los Maestros fue también un gran éxito, gracias a la financiación y asesoramiento de la UNESCO y al apoyo personal, muy valioso, que dio la experta Rubi Buchanam, delegada de la UNESCO para dicho Proyecto, el cual por su interés ha sido valorado y respaldado constantemente por los diferentes responsables que han ocupado la Cartera de Educación.

En cuanto al tercer proyecto de creación de una entidad radiofónica destinada a la difusión cultural, recibimos en Agosto del año 1982 el apoyo de principio del Reino de España, a través de un



AFRICA 2000

Acuerdo firmado el día 12 de agosto del citado año, entre el entonces Comisario de Estado Encargado de Educación y Cultura Ecuatoguineano y el Director General de la Oficina de Cooperación con Guinea Ecuatorial en Madrid.

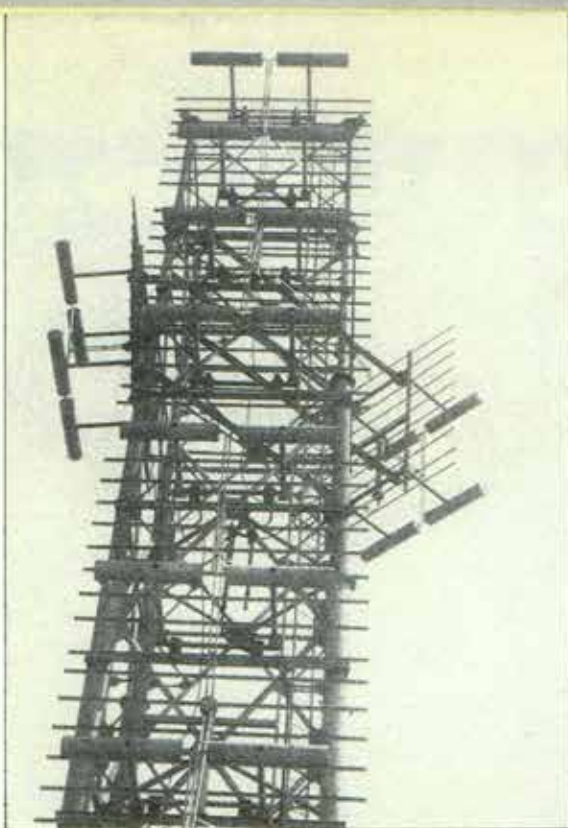
A raíz de dicho acuerdo llegaron a nuestro país varias misiones de estudios enviadas por Radiotelevisión Española y la Oficina de Educación Iberoamericana, organismos que demostraron gran interés en el Proyecto desde su presentación a las autoridades españolas.

Sin embargo, fue dos años más tarde cuando el tema cobró su importancia como consecuencia de las recomendaciones del Primer Congreso Internacional Hispánico-Africano de Cultura, evento en el que los Jefes de Delegaciones de varios países, en especial de Centroáfrica, Camerún y Gabón, manifestaron, siendo francófonos, el deseo generalizado de que se dote a Guinea Ecuatorial de Instituciones y Centros que puedan fomentar no sólo el conocimiento de las culturas autóctonas, sino también el idioma y otros valores culturales de los países hispánicos, lo que permitiría el afianzamiento de esta herencia cultural no sólo en Guinea Ecuatorial, sino también en toda África.

Esta recomendación, considerada como una de las más interesantes, es la que hizo que el Congreso Hispánico-Africano de Cultura en pleno adoptase la propuesta de que Guinea Ecuatorial fuese la sede de la Secretaría de la Comisión Permanente de dicho evento en la ciudad de Bata. Fue también esta decisión la que finalmente trajo consigo la toma de una mayor conciencia en favor de la materialización del Proyecto de la Emisora «Africa 2000» que hoy inauguramos.

En otras palabras, esta importante Emisora, además de figurar en el marco de la voluntad política del Presidente de la República, afecta no sólo a la cooperación entre Guinea Ecuatorial y España, sino que implica también un paso trascendental en la evolución de la presencia de la cultura hispánica en el Continente africano.

«Esta emisora afecta no sólo a la cooperación entre España y Guinea Ecuatorial, sino que implica también un paso trascendental en la evolución de la presencia de la cultura hispánica en el continente africano»



Ello es posible debido a que Guinea Ecuatorial, por su doble identidad, se presenta, como se ha dicho en varias ocasiones, como país puente en las relaciones de cooperación entre los países africanos y la comunidad hispánica de naciones. Realidad que respalda la tesis afroiberoamericanista que propugna Su Excelencia Obiang Nguema Mbasogo, como movimiento que fortalece los vínculos que unen a los pueblos implicados.

En este sentido, el papel que representa Guinea Ecuatorial podría llegar a ser muy importante si España y todos los demás países de África y América tomaran conciencia de ello, asumiendo esta realidad, una realidad que trascendería positivamente en el marco de la Cooperación Hispano-Africana.

En consideración a todo lo expuesto, la Emisora Cultural que inauguramos hoy, en este día trascendental que coincide con la fecha de la accesión de nuestro país a la Independencia Nacional y de la Hispanidad, fija como objetivo prioritario tres programas a desarrollar:

Primero: Educación permanente a través de la Radio, por el Ministerio de Educación, Juventudes y Deportes.

Segundo: Difusión de la cultura nacional y africana en general, bajo la dirección del Ministerio de

EN LAS ONDAS

Cultura, Turismo y Promoción Artesanal.

Tercero: Difusión de emisiones culturales y recreativas referentes al mundo hispánico, a cargo de la Cooperación Técnica Española del Área de Televisión.

Para su adecuado funcionamiento, se ha dispuesto que «África 2000» esté presidida por un Patronato Rector designado por el Ministerio de Cultura, Turismo y Promoción Artesanal y la Embajada del Reino de España.

Asimismo, queremos señalar que esta Emisora contará con un Director que asegurará su normal funcionamiento, asistido por tres Subdirectores de Programación, con competencia sobre los respectivos programas, los cuales se editarán previa aprobación de los Departamentos Ministeriales competentes y de la Cooperación Técnica Española, cuando se trate de temas recreativos y culturales de la Hispanidad.

Después de estas aclaraciones, queremos agradecer en primer lugar a Su Excelencia Obiang Nguema Mbasogo, por los constantes esfuerzos que ha realizado en favor de este Proyecto, que se pone hoy a disposición del Gobierno para potenciar la formación cultural del pueblo, objetivo que Su Excelencia considera como prioritario en su política de reconstrucción y edificación de la Nación.

En este sentido, queremos dar a conocer en este acto que la denominación «Africa 2000» ha sido concebida por Su Excelencia Obiang Nguema Mbasogo, en consideración a la proyección que Guinea Ecuatorial y África deben hacer, dentro de los preparativos que el mundo hace en favor del desarrollo armónico, de cara al reto que presenta el año 2000 para la humanidad.

Nuestro sincero agradecimiento lo hacemos también extensivo a los responsables de la Cooperación Técnica Española, de Radiotelevisión Española y Radio Nacional de España por el entusiasmo demostrado en la ejecución de este Proyecto. De manera especial, queremos expresar nuestro reconocimiento en este empeño al Director General del Instituto de Cooperación Internacional para el

Desarrollo en España, Don Fernando Riquelme, al Excelentísimo Señor Embajador del Reino de España en Guinea Ecuatorial Don Manuel Alabart Fernández, al Delegado de Radiotelevisión en Guinea Don Matías Navarro, al personal técnico ecuatoguineano que desde hace meses participa intensamente con los técnicos españoles de Radiotelevisión entusiastas del Proyecto, así como a todas las personas que directa o indirectamente han participado en la materialización de la Emisora «Africa 2000».

Finalmente, esperamos que es-

ta importante realización, que consideramos ejemplar, sirva como invitación a España, para que siga ejecutando obras de esta envergadura y mayores en nuestro país. Entendemos que la realización de Proyectos de este tipo hacen brillar nuestra cooperación bilateral y saldar la deuda histórica que dijo en su día un gran Ministro ecuatoguineano, Don Pascual Obama Eyegue, refiriéndose a las implicaciones que España tiene con nosotros, como antigua potencia colonizadora que en derecho y desde hace años nos debe bienes de herencia que nos perte-

necen y que nos debió entregar a partir de la fecha de nuestra Independencia Nacional, para garantizar nuestra identidad y progreso socio-económico en el concierto de las naciones libres.

Quisiéramos que estas últimas palabras sean bien interpretadas y sirvan de reflexión a todos cuantos deseamos aprovechar el clima de paz, progreso y concordia nacional reinantes en el país, para potenciar al máximo nuestra Cooperación con España, actualmente en su mejor momento.

L.M.



**ESCUCHE
NUESTROS
PROGRAMAS
EN FM
90.9 MHz**



COOPERACION
ESPAÑA

DEPORTIVOS

DIRECTO 2000 (Domingo-12.30 h.)
LUNES DEPORTIVO (Lunes-21 h.)
En conexión con Radio Malabo

CULTURALES

PANORAMICA 2000 (Lunes a viernes-20 h.)
EL MUNDO DE HOY (Martes a viernes-21 h.)
MENSAJE Y MEDIOS (Martes-19 h.)
TEMAS 2000 (Lunes-19,30 h.)
EL DOMINICAL (Domingos tarde)

EDUCATIVOS

APRENDER A APRENDER (Lunes-19 h.)

DIVULGATIVOS

CHARLAS CON EL DOCTOR «PIPA»
(Sábado-19 h.)
EL LENGUAJE DE LOS ASTROS (Jueves-19 h.)
HABITAT (Domingo tarde)
ATENEO SEMANAL (Viernes-19 h.)
¿SABIA VD.? (Diario-18,55 h.)

MUSICALES

MUSICALES AFRO (Martes, Jueves-21,15 h.
Sábado 20 h.)
RINCON TROPICAL (Lunes, Miércoles,
Sábado-22 h.)
BAUL DE LOS RECUERDOS (Miércoles-19 h.)
LA MUSICA DE LOS 80 (Martes, Viernes,
Domingo-22 h.)
DECADA YE-YE (Martes-19,30 h.)

INFANTILES

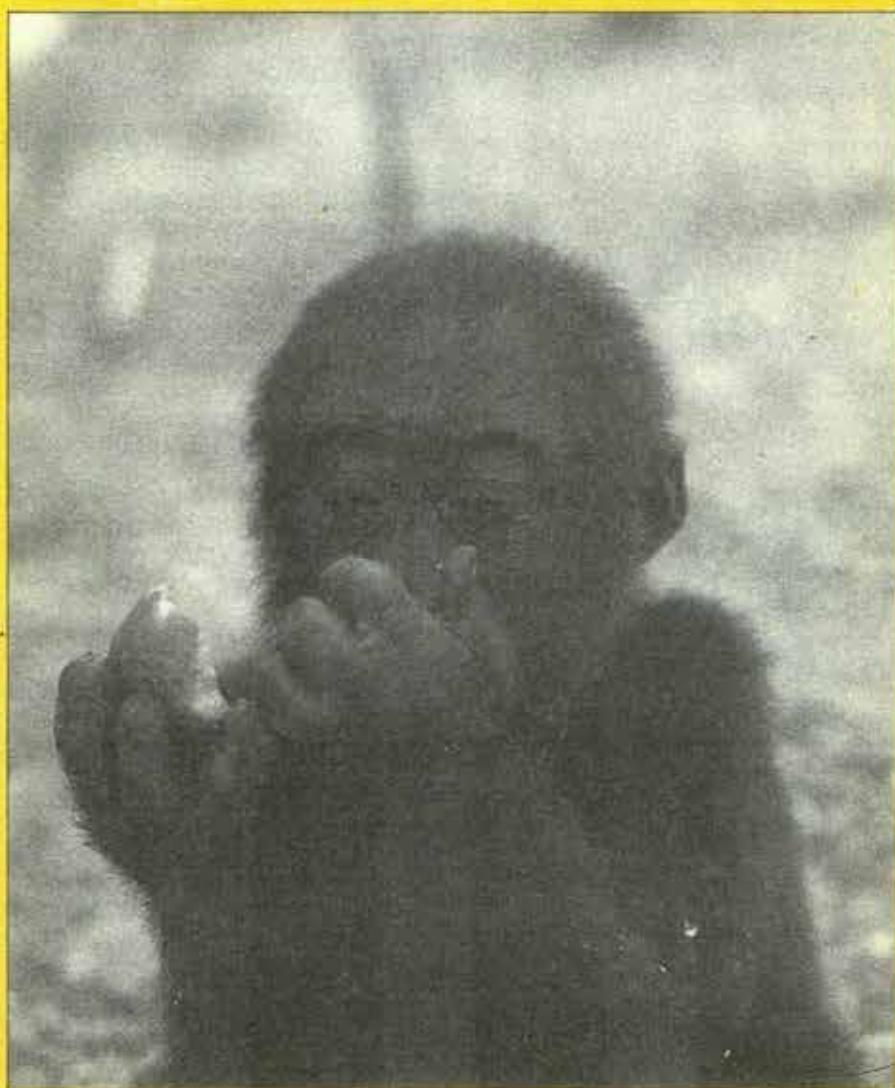
HOLA, PEQUES (Lunes a Viernes-18,40 h.)
LA HORA DE LOS NIÑOS (Sábado,
Domingo-18,40 h.)

EL GORILA

UN GIGANTE TRANQUILO

Hace ahora justamente un año y dentro del Programa de Investigación y Conservación de la Naturaleza se inició un estudio sobre la situación actual de las poblaciones de gorila en Guinea Ecuatorial. Este país es uno de los escasos lugares donde aún es relativamente abundante el gorila de costa. Los autores nos ofrecen el primer resultado de sus investigaciones —a las que seguirán otras— sobre esta familia de gorilas y su relación al anterior estudio realizado en Guinea entre 1966 y 1969.

JUAN PEDRO GONZÁLEZ KIRCHNER Y MARTA SÁINZ DE LA MAZA KAUFMANN



El gorila es una de las especies animales que posiblemente ha provocado más respeto, miedo e incluso pánico en el hombre. Autor de múltiples atrocidades, fiero y sanguinario, raptor de doncellas y asesino despiadado, ha sido el protagonista terrible de sinnúmero de historias y leyendas. Nada más lejos de la realidad. El gorila es un pacífico herbívoro sin más aspiraciones que vivir tranquilo en sus bosques natales, alimentándose de las hojas y tallos que le rodean, y que, desgraciadamente nos está abandonando.

Efectivamente, acosado por el progreso de las máquinas, la destrucción de sus hábitats naturales y la caza indiscriminada, el gorila está desapareciendo rápidamente en todas sus áreas de distribución, siendo en algunos casos su situación irreversible. Este gran desconocido merece nuestro esfuerzo para ayudarle a sobrevivir, y permitir así a las futuras generaciones conocer y asombrarse ante su belleza y su fuerza.

Las similitudes morfológicas y conductuales de los pongidos africanos (gorila y chimpancé) con los humanos ha llamado poderosamente la atención del hombre desde la antigüedad. La primera referencia escrita conocida procede del cartaginés Hanón, que, en el siglo V a.C., a lo largo de un viaje por la costa occidental africana capturó tres «mujeres salvajes», llamadas «gorilas» por los nativos, cuyos cuerpos eran peludos. Siguiendo su relato: «Fueron tomadas tres mujeres... y no pudimos persuadirlas de que nos acompañaran. Habiéndolas matado, las despellejamos y regresamos con las pieles a Cartago» (triste final). El romano Plinio encontró aún dos de estas pieles en el templo de Astarte, cuando los romanos invadieron Cartago el año 146 a. de C.

Durante siglos nada se sabe del gorila, hasta que los marinos europeos de los siglos XVII y XVIII lo «redescubren» en forma de un ser mítico y terrible, como demuestran las descripciones que realizaban:

«Este pasmoso y terrible producto de la naturaleza marcha erecto como un hombre; tiene de



7 a 9 pies de altura y cuando ha llegado a la madurez es fornido y asombrosamente fuerte...»

En el siglo XIX Savage, sin variar mucho los criterios, inició el primer estudio de estos animales. Su descripción sirvió como modelo a los científicos durante los siguientes cien años.

«Son muy feroces y de hábitos siempre ofensivos; nunca huyen del hombre como el chimpancé... al ser descubierto, el macho da un terrible alarido que resuena por toda la selva... se acerca al enemigo con gran furia, dando gritos en rápida sucesión... si no sale el tiro, el cañón es triturado por los dientes y el encuentro pronto resulta fatal para el cazador.»

Fueron Huxley y Darwin los primeros que se atrevieron a afirmar, valientemente y enfrentándose a la opinión hostil mayoritaria, que los grandes pongidos eran filogenéticamente muy próximos al hombre y que sus capacidades cognitivas eran similares a las nuestras.

Estas ideas tuvieron una difusión lenta y difícil, aunque afortunadamente el ambiente científico internacional fue reaccionando poco a poco y, a lo largo de este último siglo comenzaron a surgir grupos de investigación y trabajos que demostraban la afinidad real que existe entre los monos antropoides y el hombre, como bien predijo Darwin.

EL GORILA

Los gorilas han sido especialmente estudiados en África Central, donde se encuentran en biotopos más abiertos y fáciles. Estudios a tener en cuenta son los realizados por George Schaller y Dian Fossey. En África occidental, donde viven en zonas de selva densa, por lo que la investigación se dificulta, los trabajos son muy escasos, limitándose casi exclusivamente a los trabajos realizados por Sabater Pi, durante los años 60 en Guinea Ecuatorial.

Dentro del Programa de Investigación y Conservación de la Naturaleza de la Cooperación Española se ha iniciado, a lo largo del verano de 1989, un estudio acerca del status actual de las poblaciones de gorila en Guinea Ecuatorial.

DESCRIPCIÓN

El gorila es el primate viviente de mayor tamaño; el peso de los machos adultos oscila entre 140 y 180 kg., y el de las hembras entre 75 y 110 kg. En cautividad su peso casi se duplica, llegando los machos a alcanzar los 300 kg. Su estatura es, así mismo, considerable, pudiendo alcanzar los machos, en algunos casos, los 2 m. aunque habitualmente no sobrepasan los 1,55-1,65 m. de altura. Animales muy robustos, la cabeza es maciza, con la frente baja, y en el caso de muchos machos prolongada arriba por una cresta sagital. Esta estructura permite la implantación de los potentes músculos masticadores, una adaptación a la alimentación vegetariana de estos animales.

El rostro y las zonas más expuestas de la piel tienen pigmentación negra. El pelo es también negro, aclarándose con la edad en los machos, cuyas espaldas se van tornando grises (machos de espaldas plateadas o dorsicanos). Los miembros están muy desarrollados secularmente; las piernas son proporcionalmente cortas con relación a los brazos. La locomoción del gorila es, habitualmente, cuadrúpeda, con la particularidad de que las manos apoyan el dorso de los nudillos. Los pies y las manos son cortos y anchos, con los dedos cortos y musculosos.

EL GORILA

La capacidad craneal que presentan los gorilas oscila entre los 440 cc (valor semejante al de *Australopithecus afarensis*) y 725cc, caso este de excepcional capacidad, hallado en 1960 en la región de Río Muni y que superaría con creces los 600cc característicos del *Homo habilis*. En general, la capacidad craneal ronda los 500 cc, lo que supone aproximadamente un tercio de la capacidad craneal humana.

Existe un considerable dimorfismo sexual entre los gorilas, que hace que los individuos machos adultos alcancen una corpulencia muy superior a la de las hembras. Las causas por las cuales sucede esto son básicamente dos: los machos siguen creciendo una vez que las hembras ya han dejado de hacerlo, y la velocidad de crecimiento a partir de los 5 años es superior en los machos que en las hembras.

SISTEMÁTICA

Taxonómicamente, los gorilas se encuentran dentro del Orden Primates, pertenecientes a la Superfamilia Hominoidea, Familia Pongidae. Esta Familia comprende dos géneros, Pan (Chimpancés) y Gorila (Gorilas), existiendo una única especie de estos últimos, denominada *Gorila gorilla* por los científicos. Esta especie cuenta, a su vez, con tres subespecies bien diferenciadas morfológicamente

(Tabla 1) y claramente delimitadas en su distribución geográfica (Mapa 1).

Gorilla gorilla gorilla

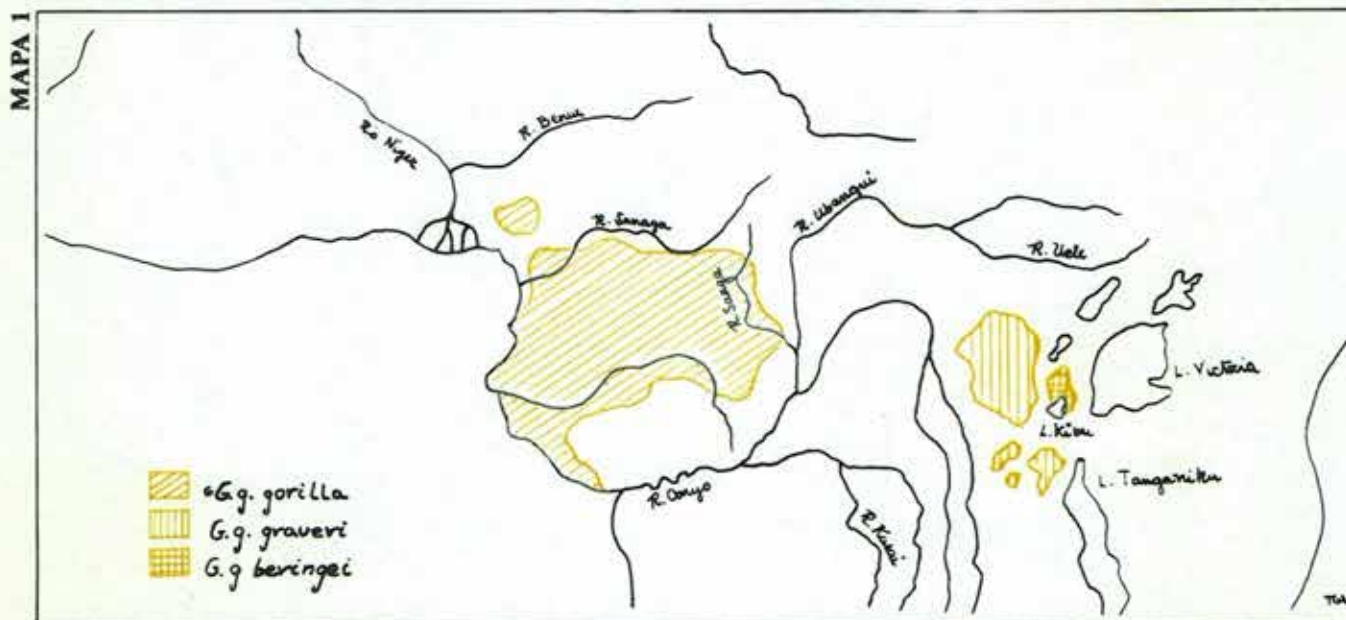
Los límites de su distribución son los siguientes: *Occidentales*, la costa africana, desde unos 100 km. al S de la desembocadura del

río Sanaga; en el Norte, hasta el estuario del Congo en el Sur. *A* Norte sus biotopos se limita aproximadamente con el Sanaga hasta alcanzar su curso alto. *A* Este rebasa el Sanaga, pero no llega el Ubangui, que se supone fue el límite natural hasta principios de este siglo. El límite *Meridional* está condicionado por la exte-

Características morfológicas diferenciales de las tres subespecies de gorila, según Goodall y Groves (1979).

G. g. gorilla	G. g. graueri	G. g. beringei
Cara ancha	Cara estrecha	Cara ancha
Paladar corto en machos y en hembras	Paladar más corto en machos	Paladar más largo en machos
Húmero largo	Húmero largo	Húmero corto
Dedo gordo del pie corto y divergente	Dedo gordo del pie corto y divergente	Dedo gordo del pie largo y paralelo a los otros dedos
Borde vertebral de la escápula recto	Borde vertebral de la escápula recto	Borde vertebral de la escápula sinuoso
Mandíbulas no sobresalientes	Mandíbulas angulosas no sobresalientes	Mandíbulas angulosas muy sobresalientes
Dientes pequeños	Dientes medianos	Dientes grandes
Foramen único bajo los premolares	Foramen múltiple en el 60-75% de los casos. En posición delantera en casi un 20%	Foramen múltiple en más del 90% de los casos. En posición delantera en el 30%
Presencia de un «labio» en la parte del tabique nasal	Ausencia de «labio»	Ausencia de «labio»
Pelo corto, pardo rojizo	Pelo corto negro	Pelo largo negro

Distribución de las distintas subespecies de gorila en África.



sión de la selva ecuatorial, en forma de corredor estrecho hasta alcanzar Cabinda en Angola. Es conocido con el nombre de Gorila de costa o Gorila de llanura.

Gorilla gorilla graueri

Hábitat fraccionado en pequeños grupos desconectados entre sí, las selvas bajas del Zaire oriental, y en Uganda. Esta dispersión debió ser mayor en el pasado, ya que se han encontrado esqueletos de animales (a principios de siglo) cerca de los ríos de Luala al este, y Uele al Norte.

Gorilla gorilla beringei

Vive sólo en dos áreas pequeñas y concretas; la región de los Volcanes Virunga, al noroeste del lago Kivu, y en los montes Kahuzi y Biega, al oeste del lago. Los dos son biotopos de montaña, con alturas que oscilan entre los 2.500 y 4.500 m. Estas dos subespecies, *G. g. graueri* y *G. g. beringei*, se agrupan bajo el nombre de Gorila de montaña.

Las distintas subespecies de gorila, además de diferente localización geográfica, presentan una clara diferencia morfológica, que diferencia a los *Gorilla gorilla gorilla* de los otros dos, denominándose gorilas de costa los primeros y de montaña los segundos.

En el gorila de costa, el cuerpo está cubierto por un pelaje grueso y aspero de coloración pardo rojiza, mientras que en el gorila de montaña, el pelaje es negro y más largo. En ambos casos, los machos adultos van adquiriendo una tonalidad plateada en el pelaje dorsal.

Existen también algunas diferencias en cuanto al tamaño de la nariz de las diferentes subespecies; esto es debido a la variación en la longitud del paladar. Así, la nariz del gorila de costa es más grande, abultada, plana y con más rebordes carnosos que las de los gorilas pobladores del África Central. Estos la tienen más deprimida, larga y fina.

HABITAT

El gorila habita en la zona ecuatorial africana, desde el Océano Atlántico hasta el valle del

FIGURA 1



Macho de gorila. Pese a su gran tamaño y a su parecido con el hombre, el gorila ha sido un gran desconocido hasta tiempos recientes.

T.G.K.

Riff, cerca de la costa oriental, siempre asociados a pluviselvas, desde el nivel del mar hasta los 3.500-4.000 m. No rechazan los bosques secundarios, ni las plantaciones, en las que suelen penetrar en busca de alimento. Habitantes del suelo del bosque, donde desarrollan la mayor parte de su actividad diaria, no dudan, en el caso de los individuos jóvenes y de las hembras, en subir a los árboles (actividad vetada a los grandes machos, más pesados y corpulentos).

Gorilla gorilla gorilla

Ocupa zonas de selva húmeda de mediana y baja altura, con temperaturas máximas entre los 32-37° C, no siendo nunca inferior a los 17° C de mínima, y precipitaciones cercanas a los 1.500 mm. en el interior y los 3.000 mm. en la costa. La humedad relativa es extremadamente alta, variando entre el 51% y el 98%. Se dan dos estaciones secas al año, alternándose con épocas de lluvias.

Gorilla gorilla graueri

Habita las selvas bajas y los macizos montañosos del Zaire oriental y el bosque de Kayonza, en Uganda. Los biotopos bajos, selvas densas y húmedas, se sitúan en laderas de baja y mediana altitud. Sus constantes climáticas son muy similares a las ya descritas, con la diferencia de que las temperaturas mínimas en la estación seca son menos elevadas que en el

área occidental. Los biotopos altos, en los montes ya nombrados, ocupan alturas entre 2.200 y 2.600 m., siendo la vegetación del tipo afroalpina baja, con una formación vegetal en la que destacan por su abundancia los macizos de bambú africano.

Gorilla gorilla beringei

Vive en dos áreas muy concretas de alta montaña con vegetación afroalpina típica. En ambas, los gorilas rebasan en raras ocasiones la cota de los 4.000 m.

La zona de los Volcanes Virunga

Está formada por 6 volcanes inactivos cuyas alturas oscilan entre 3.500 y 4.500 m. Su vegetación se distribuye por estratos a determinada altura:

— árboles comunes hasta los 200 m.

— bosque de *Hagenia* y de *Hypericum* y de *Verninia* entre los 3.500 y los 4.000 m.

— Formaciones de *Lobelias*, *Senecio* y finalmente *Erica* arbórea, hasta los 4.200 m.

— Pastos alpinos, hasta alcanzar las cumbres.

En las vertientes soleadas, los bosques de bambú africano (*Arundinaria*) rebasan los 3.500 m. A estas alturas las temperaturas son muy bajas, llegando en las madrugadas a los 0° C (oscilaciones diarias de 0-30° C).

son mucho más sencillas que las nocturnas, limitándose a una zona de vegetación aplastada en un diámetro que oscila entre 1 y 2 m.

EL GORILA EN GUINEA ECUATORIAL

La República de Guinea Ecuatorial es uno de los escasos lugares donde aún es relativamente abundante el gorila de costa (*Gorilla gorilla gorilla*). El área natural donde se distribuyen es además una de las regiones naturales africanas más interesantes tanto en su aspecto zoológico como botánico, por tratarse de una de las 4 zonas estables, donde se refugiaron, durante las oscilaciones climáticas del Pleistoceno final, gran parte de la flora y fauna del África ecuatorial.

Los únicos datos de que disponemos sobre su población son las estimaciones realizadas por Jones y Sabater Pi (1971) sobre datos recogidos entre 1966 y 1969, que cifran la población de gorila de Río Muni entre 700 y 800 individuos. Desde entonces estas poblaciones no han vuelto a ser estudiadas, pese a que sus posibilidades de supervivencia ya estaban amenazados por varias causas:

a) Incidencia de la captura de animales con fines comerciales, para abastecer a los grandes traficantes de primates, cuyos proveedores están instalados en África. Muestra de esta situación son las continuas confiscaciones de transportes ilegales de chimpancés y gorilas que se producen en nuestras fronteras y la amplia presencia de fotógrafos acompañados por jóvenes chimpancés, en nuestras playas, situación denunciada en varias ocasiones por organizaciones conservacionistas.

b) La caza a la que son sometidos, con fines alimenticios, dado que el gorila es un bocado muy estimado por los Fang, al igual que los chimpancés.

c) La destrucción de los biotopos que ocupan, por parte del hombre, que quema los bosques secundarios y heliófilos para dedicarlos a cultivos itinerantes.

d) La sobreexplotación forestal debida a las empresas madereras que introducen maquinaria pe-

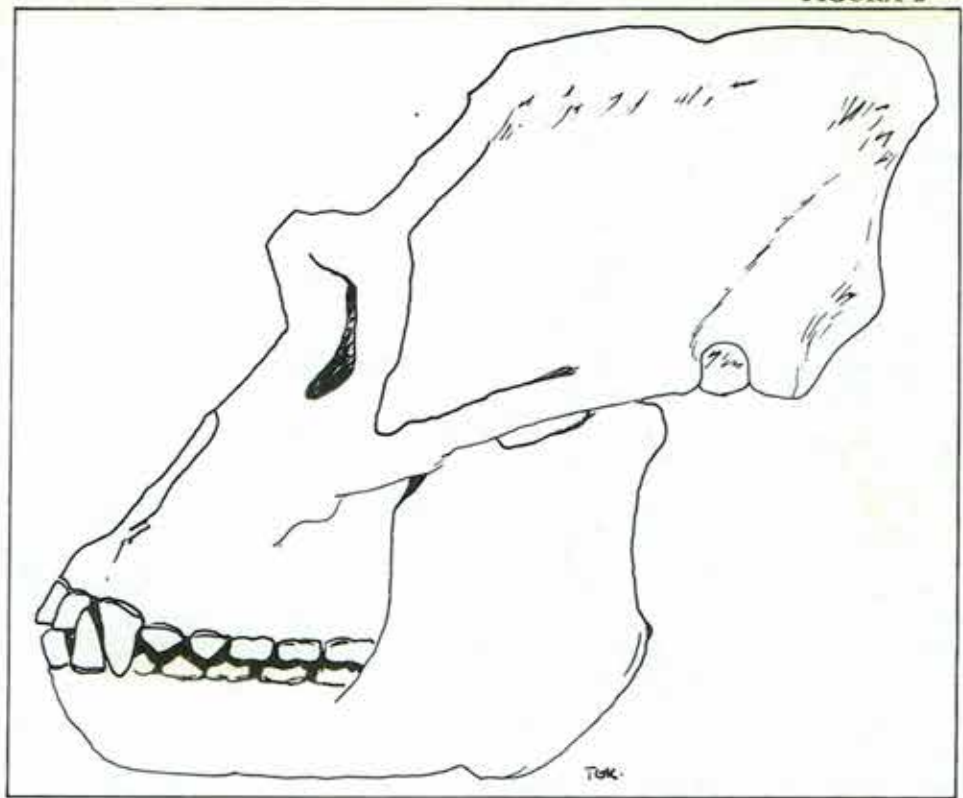


FIGURA 2

sada y muchos hombres al interior del bosque denso y secundario para obtener madera, provocando con ello su degradación y compartimentación mediante las trochas y desbosques que precisan abrir para facilitar el arrastre mecánico de los troncos.

En este trabajo nos proponemos estudiar la situación actual de las poblaciones del gorila de costa (*Gorilla gorilla gorilla*) con relación a la situación descrita en 1969 y ver cómo han evolucionado en estos 20 años.

Para ello se intenta analizar el impacto que han producido los distintos factores apuntados más arriba; caza, tráfico ilegal, roturación y deforestación, y se intentará averiguar qué otros factores pueden incidir en la evolución de las poblaciones de estos primates.

Se intentará redefinir el área de distribución del gorila comprobando si se ha mantenido constante, ha aumentado o ha disminuido.

MATERIAL Y MÉTODOS

Se ha realizado un sistema mixto de muestreo, en el que se simul-

taneaban salidas al campo y encuestas.

Salidas al campo

Se realizaron en 12 localidades de toda la región continental donde se preveía encontrar gorila según la distribución definida para 1969. Las salidas se iniciaban al amanecer, desde un poblado, al que se regresaba a media tarde. En zonas especialmente interesantes se hizo noche en el interior del bosque. Se totalizaron 137 horas de estancia en el campo, en las que se tomó nota de todos los rastros, pistas, huellas, nidos, excrementos, restos de comida, etc..., así como de cualquier otro dato que se consideró de interés. Este método nos permite conocer, gracias a la observación directa o indirecta (rastros), el hábitat ocupado por el gorila, su alimentación, movimientos diarios, composición de los grupos y sus costumbres.

Encuestas

Simultáneamente se realizó un muestreo, por el método de encuestas, entre los cazadores de poblados situados en las carreteras. Se realizaron un total de 56 en-

Cráneo de macho de gorila. Obsérvese la cresta sagital y la robusta mandíbula inferior, muestras ambas de la especialización del gorila para la masticación de la materia vegetal que constituye su alimento.

cuestas. Para dichas encuestas se utilizó el siguiente formulario:

- ¿Hay gorila cerca del poblado?
- ¿En qué dirección?
- ¿A cuántas horas de camino?
- ¿Cuándo se cazó el último gorila en el poblado?
 - 1 semana
 - 2 semanas
 - 1 mes
 - antes o después de navidades

- Medición de cráneos conservados en el pueblo.

- Enumeración de otras especies de Primates consideradas como frecuentes.

Se realizaron también muestreos periódicos en los mercados locales de Bata y Niefang, y muestreos esporádicos en los mercados de Micomeseng, Ebebiyin, Evina-yong y Nkue. Esto nos permite hacernos una idea de los límites de distribución, así como de la abundancia del gorila en las diversas regiones.

DISCUSIÓN

Dado el corto espacio de tiempo invertido (5 semanas), este trabajo ha constituido fundamentalmente una toma de contacto con el terreno, que facilitará el futuro desarrollo de nuevas actividades, no permitiendo obtener conclusiones definitivas.

Si bien los datos de campo obtenidos son relativamente abundantes, en cuanto a diversidad, es difícil poder obtener conclusiones generales a partir de ellos, dado su carácter puntual al haber sido obtenidos en una época de especiales características ecológicas (durante la época seca, el bosque ecuatorial se ve sometido a un intenso stress hídrico). Esto hace que no puedan ser analizados sin conocer las condiciones, y la variabilidad que presentan, a lo largo de todo el año.

La evaluación conjunta de los datos obtenidos en las encuestas y los datos obtenidos en el campo sí nos permite, sin embargo, tener una idea aproximada de la distribución del gorila en la región continental (Ver mapa 2), aunque un análisis fino de la distribución necesitará la inversión de mucho más tiempo de trabajo.

EL GORILA

Las crías de gorila permanecen junto a sus madres largo tiempo, hasta la edad de tres o cuatro años.

En general, se puede concluir que la distribución del gorila ha sufrido pocas variaciones, aunque se puede observar una reducción de las zonas ocupadas por este animal, así como la aparente desaparición de pequeñas poblaciones, que ya aparecían aisladas en 1969. El análisis de las causas de las pequeñas diferencias observadas aporta datos reveladores, como por ejemplo la influencia del cambio de situación de explotaciones forestales, o la abundancia de fincas abandonadas, como factores que influyen en la aparición o desaparición del Gorila en zonas concretas. Sería interesante determinar el tamaño concreto de estas poblaciones, dado que la explotación forestal y la caza inciden de modo notable sobre esta especie que ya comienza a ser considerado como un animal raro por los propios cazadores, en relación con la década precedente, en muchas localidades donde antes era muy frecuente (por ejemplo en la

zona occidental del río Campo)

En definitiva, los resultados obtenidos indican la necesidad de incidir en este tema con mayor profundidad.

BIBLIOGRAFÍA

— BASILIO, A. (1962). *La vida animal en la Guinea Española*, C.S.I.C., Madrid

— BASILIO, A. (1966). *El Gorila en la Guinea Ecuatorial*. *Africa (IDEA)* 29: 16-19.

— CASTILLO-FIEL, C. (1974). *Gorilla*. *Africa (IDEA)* 63-64: 33-35.

— CASTROVIEJO, J., JUSTE, J. y CASTELO, R. (1986). *Proyecto de Investigación y Conservación de la Naturaleza en Guinea Ecuatorial*. Publicaciones del Ministerio de Asuntos Exteriores. Madrid.

— CARO, T.M. (1976). *Observations on the ranging behaviour and daily activity of lone silverback mountain gorillas*. *Anim. Behav.* 24: 889-897.

— DARWIN, C. (1871). *The descent of man and selection in relation to sex*. Modern Library, N.Y.

— FOOSEY, D. y HARCOURT, A.I. (1977). *Feeding ecology of free-ranging mountain gorilla*. En *Primate Ecology*. Academic Press, London.

— JONES, C. y SABATER PI, J. (1971). *Comparative ecology of Gorilla gorilla and Pan troglodytes in Rio Muni, West Africa*. *Bibliot. Primatol.* 13: 1-95.

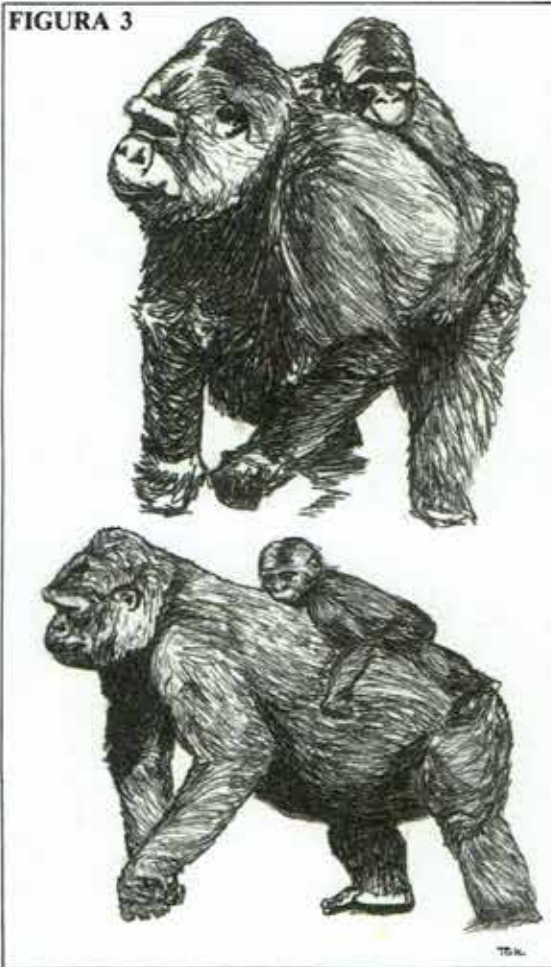
— SABATER PI, J. (1984). *Gorillas Chimpancés del Africa Occidental*. Ed. Fondo Cult. Econom., México.

— SABATER PI, J. y GROVES, C. (1972). *The importance of figs in the diet of the Gorilla of Rio Muni*. *M. Z.* 23: 108-114.

— SCHALLER, G. (1963). *The mountain gorilla*. Univ. of Chicago Press, Chicago.

— SCHULTZ, A. (1979). *Los Primates*. Ed. Destino, Barcelona.

FIGURA 3



ORIGINALES

Por CARLOS NSUÉ OTONG

¡SALUD!

A Nicolás Guillén,
cubano y poeta.

Quisiera tejer mi palabra
con esta emoción que me embarga
y hacerla volar presurosa
a Cuba, mitad africana.

Guillén Nicolás, compañero:
labré con mi canto corona,
Maestro, Cantor y Poeta,
salud a tu egregia persona.

Robé el acento africano,
poeta soñé en la noche
y era cantor pregonero
al ritmo sonoro del bronce.

Recibe mis versos, Guillén,
mi ritmo, mi metro, mi rima
nativos del Africa madre,
en viaje allá por Antillas.

AUTORRETRATO

No soy poeta,
sino ángel
y comulgo con las nubes.

Vivo en el aire
y en el mar me baño
entre las olas.

A veces digo amor,
libertad...

Sueño con ser ave
y me despierto sin plumas,
cargado de ilusión...

TAMBOR

Mis manos violentas
tocaron un tambor en cuero
y madera,
y mi boca entonó una canción
al atardecer.

El eco del bosque
robó mi son y mi cantar
y lo hizo suyo.
Y, atravesando montes, colinas,
el mensaje por doquier se dispersó
solemne
invitando al baile.

Cayó la noche.

Vinieron los vecinos.
Se encendieron las luces.
En el centro del pueblo
se formó un círculo humano.
Volvió a vibrar el tambor
de cuero y madera.
Volvió a vibrar mi voz
toda la noche, al ritmo del tambor
nocturno.

Africa 2000

MI TIERRA INOCENTE

Mi tierra inocente
se ha quemado al sol
y espera en vano la lluvia
que fertilice su campo.

Cada hora que pasa,
cada día que amanece
y se oscurece
es una ilusión en el vacío
de tanta gente mía
que espera cada mañana
su redención.

Y así en cada esquina
aguarda sediento un niño
que quizá no vea el amanecer
de aquel nuevo día
tan esperado.
Aguarda impaciente un labrador
cultivando una tierra seca,
dura.
Aguarda el pueblo entero
en silencio mustio
mirando al cielo
impotente.

Y la noche se hace eterna.
Y el día que nunca llega
atormenta más y más
los corazones
en cada esquina de la calle.

En el horizonte de un mar en furia
una luz frágil, fugaz...
y el eco lejano de una voz
apenas perceptible
repite sin cesar:
«Espera, espera,
espera».

Otra noche
y otra y otra y otra.
Y el día sin amanecer.
Y la lluvia sin caer.
Y los campos sin florecer,
secos, de tanto esperar la lluvia.
Los hombres sin comer.
Los niños sin amamantar
y mi gente toda aguardando
en si-len-cio
mirando al cielo
mudo.

Y mi tierra inocente
esperando en vano cada hora
la lluvia que fertilice su campo.





Primer Premio «Narrativa» VI Concurso Literario «12 de Octubre»

KIDUMU, EL AVENTURERO

Por DESIDERIO MBOMIO NCHAMA

ERAN las cinco de la tarde. El sol iba hacia el ocaso en un caluroso día de fin de Marzo cuando decidió acampar para comer algo antes de regresar al pueblo.

El no la había visto venir, y tampoco la había oído. Astuta, pérfida y sigilosa como si sus patas estuviesen enfundadas en sacos llenos de plumas, la maldita bestia se deslizó hasta su escondite. Sólo cuando se endeizó cuan larga era, echó hacia atrás la cabezota ovoide y, lanzando un rugido sordo, colérico, le asustó de tal forma que hasta se le heló el tuétano. El comprendió que había perdido aquel desafío de varias horas.

Nadie osaría decir que Kidumu hubiese sido jamás una persona miedosa. Años antes, cuando él y su joven esposa Asúnvebe aparecieron en Ntem-Ossi, él, un mozarrón jovial, se escupió de las manos y exclamó: ¡Ahora empieza la vida de verdad!, lanzándose a la construcción de una casa. Roturó un trozo de bosque para ganarse el pan cotidiano y cada habitante de la pequeña aldea se dijo: «He ahí un tipo que no se dejará quebrantar por los malos tiempos, como les ocurre a tantos árboles que se derrumban con gran estruendo durante la sequía».

Y así fué. Kidumu, por entonces un hombre de veintiocho años de edad, de ojos saltones muy despiertos, poderosa musculatura y plácido talante, edificó una hermosa alquería en las afueras de Ntem-Ossi, recorrió el bosque abatiendo antílopes, puercoespines, monos, jabalíes y pangolines, emprendió la plantación de una extensa finca de cacao y la cría de patos y gallinas, e incluso fue elegido secretario para el consejo de poblado.

Gracias a su elocuencia consiguió una y otra vez repartos especiales de comida, medicamentos y herramientas de trabajo para Ntem-Ossi, y en las fiestas, tanto nacionales como patronales, fue él quien se distinguió organizando todos los actos.

A decir verdad, Kidumu y Asúnvebe formaron una bella y laboriosa pareja. La mujercita no se limitó a cuidar el huerto, curtir las pieles de las piezas cobradas y traer al mundo dos criaturas, un niño y una niña. También quiso reservar una habitación de la casa como taller de tejeduría. Al principio sólo para los vecinos de Ntem-Ossi, pero más adelante hizo llegar sus productos incluso hasta Mbam, la localidad grande más cercana, a varios kilómetros del río Ntem, donde fueron admirados sus tejidos. El negocio prosperó tanto que Asúnvebe contrató a cinco mujeres. Fue una empresa arriesgada. El mismo transporte de los telares desde Ebolowa hasta Ntem-Ossi resultó ser una verdadera

aventura. Pues al fin y al cabo, uno no podía servir e pedido con un camión como lo haría en Mbam o en Ebolowa. Ntem-Ossi está situado al Sur del Ntem, en una comarca forestal fértil. Por al este, oeste y norte se abre la inmensa soledad, el bosque interminable cuyos límites son la tundra llana y las vetustas rocas de unas elevadas montañas.

Verdaderamente era una gloria observar al matrimonio Kidumu contemplar su laboriosidad infatigable, admirar cómo roturaba Kidumu sus campos, cómo se la entendía con la caza, cómo prosperaba el huerto, cómo se ampliaba sin cesar la casa. Y, sobre todo, cómo se robustecía Kidumu de un año para el otro, recio como un abeto del bosque, cuya madera se endurece de un invierno al siguiente hasta que, por último, el filo acerado del hacha rebota en ella sin hacer mellisiquiera.

No se le podía llamar endeblucho a Kidumu, ¡ah, no Ni siquiera ahora con sus cincuenta años. Ciertamente, pelo y barba se habían hecho algo grises, y las arrugas se incrustaban en un rostro curtido por el sol y el viento; eran las incisiones del destino, cicatrices de una vida rigurosa, pero él seguía pareciendo tan indomable como el bosque mismo.

Ahora él estaba plantado allí, rígido, inmóvil, con brazos colgantes y manos vacías, sabiendo seguramente que esta vez no le salvarán su bravura y ni siquiera una oración.

A seis metros de distancia humeaba el fuego del campamento, todavía en ascuas. Y un poco más allá, sobre el musgo, él veía su excelente rifle de cañón corto, de mira telescópica y ampliación cuádruple, su viejo y querido amigo que hasta ahora no le había dejado jamás en la estacada. Podría desmontarlo con los ojos cerrados y volver a montarlo. Había practicado tanto con aquel arma que sólo necesitaba enfocar su blanco con la mirada. Y siempre acertaba.

Pero ahora estaba a seis metros de su rifle, una distancia mucho mayor que el camino hasta la eternidad. No eran sólo las tres zancadas que necesitaba dar para alcanzar el arma, no; además requería tiempo para agacharse, alzar el arma y asegurar la puntería. El primer impacto debería ser mortal. No dudaba de que lo conseguiría, pero eso no le acercaba más al rifle. Los seis metros eran como seis eternidades. ¡Cuántas cosas no podrá pensar una persona en dos segundos!

De pronto, Kidumu dio media vuelta y se agachó a zandó ambos puños. ¡Menudo gorila! Era el gorila más grande y ancho de pecho, el más peludo, potente y fe



que jamás viera en su vida. La forma ovoidal de su poderosa cabeza había sido perfecta, si no fuese por la chata y húmeda nariz, sobre la cual relucían, como botones de cristal, los ojos fríos e inquietos rodeados de abundante pelo. El gorila estaba erguido cuan largo era, y las patas delanteras tocando el suelo.

Hacia la madrugada lo había descubierto allá abajo subido a un árbol. El animal se había sentado en una rama buscando frutas silvestres. ¡Dios mío! —había pensado Kidumu ocultándose detrás de un árbol—. ¡Eso sí que es una bestia! Ninguno de nosotros sabía que un gorila semejante viviese en estos bosques; jamás lo había visto yo al cabo de tantos años. Y cuando el gorila se bajó del árbol y se alejaba, Kidumu se había olvidado de disparar.

Eso había sido un error irreparable, que ahora le costaría caro. Apenas se apartó del árbol, el gorila olfateó al hombre, lo avistó y, dando media vuelta, emprendió veloz carrera para adentrarse en la espesura. Fue entonces cuando empezó el duelo entre hombre y bestia.

Kidumu siguió al gorila, lo rodeó, atravesó corriendo espesuras, se puso al acecho tras inmensos matorrales y avanzó a rastras como en la guerra con el rifle sobre el pliego del codo. Pero cada vez que creía tenerlo en el punto de mira, cada vez que alzaba el arma y la forma negra ocupaba el retículo el gorila resultaba ser más rápido, se echaba a un lado y desaparecía entre las peñas, para reaparecer más tarde abajo, en la enmarañada floresta.

Treinta años antes, el método había sido idéntico. Por entonces se había tratado también de hacerse invisible, mantener al adversario en el retículo y, conteniendo el aliento, apretar el gatillo. Y siempre sabía por anticipado si había acertado o no. Pero ahora no tenía la mis-

ma celeridad que tuvo en aquellos tiempos, y eso le asustaba.

Aquí había un gorila. Y este gorila era endiablada-mente astuto. Nueve horas duró el duelo. Durante esas nueve horas, ambos se acecharon mutuamente, rodaron, jugaron al escondite, hasta que Kidumu, resignado, renunció a la lucha. «Este es tu territorio —pensó—. Aquí sabes bien por dónde vas. Pero ahora te conozco a ti, gorila amigo. A la larga, no podrás escapar de mí. Mañana estaré otra vez aquí, y pasado mañana y a la semana siguiente; y, si fuera menester, durante todo el mes próximo. Estaré aquí todo el tiempo necesario para vencerte. No lo hago ya por cobrar tu piel, no. Ahora se trata de honor, ¿comprendes? Nadie que se haya cruzado en la mira de Kidumu ha logrado escapar hasta este día».

Mientras rememoraba tales hechos, Kidumu atizó el fuego, sopló la llama e hizo todos los preparativos para su succulenta comida. El campamento de Kidumu estaba al pie de un aguacatero. De modo que se alejó de la fogata, dejó su rifle sobre la hierba y dio unos pasos hacia el fruto caído. El no era de los que desdénaban aquel postre ofrecido por la naturaleza. Así pues, se agachó para recogerlo, lo probó encontrándolo todavía ácido y duro. Sus pensamientos fueron a su mujer, a sus hijos, y se olvidó por completo del gorila.

Pero éste no había olvidado a Kidumu. Entre las artimañas de los gorilas, figura la de huir ante el enemigo, esconderse, y luego regresar trazando un amplio arco para tender una emboscada. Pero Kidumu no recordó aquella vieja estratagema hasta que oyó a sus espaldas el rugido sordo, tras lo cual dejó caer el fruto y dio media vuelta.

Ahora se miraron de frente. Los ojos del animal exa-

minaron al hombre fríamente, sin misericordia. «No te muevas, Kidumu» —oyó este una voz desde su interior—. Sobre todo, no intentes huir. Cualesquiera sean tus acciones en una situación semejante, él será siempre más rápido. Dile algo, dirígale la palabra como si fuera un buen amigo; él no ha oído jamás la voz humana; quizá le desconcierte. Pues con tu voz has conseguido muchas cosas: has aplacado a perros rabiosos, has distraído a un jabalí desmandado, e incluso cierta vez hablaste con un lobo dejándole tan sorprendido que tuviste tiempo de alzar velozmente el rifle y abatirlo. Y hoy, ¿qué? Seis metros te separan del rifle, y aún necesitas al menos tres segundos más para disparar.

Kidumu le habló:

—Fuiste muy astuto, condenado gorila.

Pero él mismo se extrañó de la ronca voz con que habló. «Sin duda tengo miedo —pensó—. Verdaderamente es el miedo lo que desfigura mi voz.»

Una vez más oyó Kidumu la misma voz en su interior diciéndole: «Serénate, Kidumu. Tu miedo no te liberará de este adversario». Muy astuto —repitió Kidumu—. Sencillamente te aproximas con sigilo por detrás y, de súbito, surges ahí. Sé muy bien lo que harás si me muevo. Veo tus garras. Me rasgarás de arriba a abajo como un muñeco de paja. Lo reconozco noblemente. Pero ahora debemos llegar a un acuerdo, ¿qué te parece? Tú me dejas retroceder paso a paso, y yo te prometo no matarte hoy. ¿Acaso no es un buen trato?

Kidumu miró de hito en hito aquellos ojos fríos, que le devolvieron la mirada inmóviles. Entonces el gorila hizo una inspiración profunda, el inmenso tórax se ensanchó una vez más, aumentando su tamaño, y luego Kidumu oyó atónito que el animal exhalaba un suspiro casi humano. Por fin, el plantigrado se inclinó, y dos manazas con garras enormes se apoyaron sobre los hombros de Kidumu. Este oyó el horrible crujido de las garras en sus omóplatos y dejó escapar un alarido tan estremecedor, que él mismo se asustó, porque jamás había oído nada semejante en boca humana.

El gorila se sobresaltó, apartó las zarpas de su víctima y retrocedió. Luego, ladeando la cabeza, miró caviloso a Kidumu y alzó la chata nariz para ventear.

Kidumu cayó de rodillas. Su cuerpo se estremeció; los nervios le traicionaron. Aunque no quisiera llorar, las lágrimas le desbordaron los ojos y le resbalaron por el rostro convulso. Cayó hacia adelante, sobre la hierba, mordió la tierra y sollozó.

El gorila se le acercó con un breve trotecillo, le empujó cuatro veces con las manos y después se alejó entre gruñidos hondos.

Kidumu alzó la cabeza, escupió hierba y se desplomó de nuevo.

—¡Maldito gorila, condenada carroña! —le impreco—; no me matas, pero me dejas aquí para que reviente.

Se estiró y esperó la muerte.

Entonces pensó en Asúnvebe, su mujer, y le pidió perdón por los treinta años de vida en común, cuyas horas hermosas habían sido tan raras como picante en un bombón.

Cuando los párpados empezaron a pesarle, Kidumu rió tristemente. No hubo más dolores; sólo sintió una leve quemazón en la espalda. Quedó inconsciente.

Lo encontraron por la noche todavía con vida. Era una de aquellas noches oscuras en que el bosque parece ser impenetrable. Asúnvebe esperó pacientemente hasta el oscurecer. Luego se inquietó, se anudó el tocdo y corrió a ver a Nguema Efa, el jefe tradicional Ntem-Ossi.

Nguema Efa era un hombre gordo y bajo. Asúnvebe llamó a la puerta y, sin esperar respuesta, irrumpió el salón gritando:

—¡Kidumu se ha quedado en el bosque! Escuch Nguema, no ha regresado. Ha ocurrido algo terrible presiento en el alma. Jamás se ha quedado en el bosque de noche. Debéis ir todos a buscarle.

Nguema Efa apagó la radio que estaba escuchando y miró perplejo a Asúnvebe.

—¿Por qué no viene Kidumu? —inquirió.

—¡Porque está en el bosque, bobo! —gritó Asúnvebe—. El bosque lo ha engullido.

—No se debe hablar así mientras no se sepa a ciencia cierta que Kidumu ha desaparecido sin dejar rastro. ¿Y por qué había de desaparecer? ¿A dónde ir, pues?

—Tal vez le hayan matado —balbució Asúnvebe torciéndose las manos.

—¿Quién? —preguntó Nguema Efa a su vez—. Sé tiene amigos.

Asúnvebe cerró los ojos y apretó la cabeza contra la pared. Su cuerpo se estremeció hasta la punta de los pies. Casi se desesperó Nguema Efa con su mal hábito de abordar cualquier cuestión haciendo alarde de una impasibilidad desconcertante.

—Por favor, búscale —murmuró—. Sé más o menos dónde puede estar. Antes de marchar me dijo cuál sería la zona donde iría a cazar. Puede pasar inadvertido. Nosotros le encontraremos.

Se le quebró la voz. Cubriéndose el rostro con las manos, rompió en sollozos. Durante un rato Nguema Efa lo miró pasmado, sin decir palabra; luego se puso chaqueta y dijo:

—Vamos, vamos. No está todavía en el ataúd. Se hallará allá fuera, ante una fogata, sano como un novillo urdiendo algún proyecto especial.

—No ha pernoctado allí nunca sin decírmelo de antemano —lloriqueó Asúnvebe—. ¿Y por qué había de estar ante una fogata?

—Yo qué sé...

Una hora después estaban de pie todos los habitantes de Ntem Ossi que podían correr. Sólo se quedaron los niños y los muy ancianos.

Lo que desfiló a través del bosque fue una verdadera exhibición de fuegos artificiales, mientras sonaban cesar voces gritando a coro en la noche: ¡Kidumu! ¡Kidumu!

De no haberse quedado inconsciente, Kidumu oiría sin duda aquel estrépito a gran distancia y daría la respuesta adecuada. Pero no se dejó oír. Asúnvebe, que encabezaba la columna con Nguema Efa y el curandero Ela Acogo, alzó, desesperada, los brazos cada vez que se hizo una llamada y, tras un silencio esperanzador, no llegó la contestación deseada.

No obstante, lo encontraron al fin. El cuerpo estaba todavía derrumbado junto a la pequeña fogata, llevada puesta su cazadora sobre los hombros desgarrados.



y su respiración era muy débil. El curandero Ela Acogo levantó la cazadora; las bocas de las personas dejaron escapar murmullos de horror y alguien dijo con voz enronquecida:

—Recemos, hermanos...

—No, vive todavía —susurró, impresionado, el curandero—. Es un verdadero milagro.

Durante el viaje de regreso nadie abrió la boca para articular palabra.

Al llegar al pueblo, el herido fue llevado a casa del curandero. Poco después Asúnvebe dijo a Ela Acogo:

—Dime la verdad, Ela Acogo. Toda la verdad. ¿Es posible sobrevivir con semejantes heridas?

—Las heridas no son el problema.

—La pérdida de sangre ¿verdad? —musitó con labios prietos Asúnvebe.

—Sí.

—Sin embargo, todavía vive.

—Eso es precisamente lo que me parece inconcebible. Pero toda mi esperanza se aferra a eso.

—¿Sobrevivirá?

—Sólo Dios puede decidirlo —contestó el curandero.

—Yo no creo en Dios, Ela Acogo. ¿Cómo es que tú crees en El?

—Un curandero suele ver a Dios muy cerca de sí. Pero no puedo explicártelo. Nunca lo comprenderías.

Dicho esto, comenzó a aplicar brebajes al desvanecido. Cuando la transfusión empezó a funcionar, Asúnvebe, que se mantenía erguida al otro lado de la cama donde yacía su esposo, esperando que el esternón diera indicios de una respiración más o menos normal, exclamó atropelladamente:

—¡Pero si se le sale otra vez toda por la espalda!

—Ya lo veo.

El curandero Ela Acogo apretó los labios. Ya no sabía qué hacer. Fue como el viejo y estúpido chiste del labrador que, queriendo llenar de agua un cubo, se extrañaba de que el recipiente no se colmara nunca, hasta que alguien le dijo: «¡Miserable! ¿No ves que el cubo no tiene fondo?»

Entre ambos dieron la vuelta a Kidumu y las horripilantes heridas quedaron al descubierto.

—Le ha alcanzado hasta los huesos —murmuró consternado Ela Acogo.

— Ha sido un gorila. Aquí arriba, en los hombros,

se ven todavía las marcas de sus garras. Realmente muy enigmático. ¿Cómo se dejaría Kidumu sorprender por un gorila?

Empezó a lavar las heridas; luego intentó detener las hemorragias más violentas con otras infusiones. Súbitamente, un leve estremecimiento agitó el cuerpo de Kidumu, los músculos se relajaron por completo, y la respiración se interrumpió.

El curandero dejó a un lado las infusiones y se apoyó pesadamente en la columna. Frente a él, Asúnvebe alzó la cabeza y le miró taciturna, con ojos ausentes.

—Sí —musitó Ela Acogo—. Sí. No se dan nunca dos milagros seguidos. Y así ha ocurrido ahora, Asúnvebe. Es preciso aceptarlo, no podemos hacer nada más.

Ella asintió, e inclinándose sobre Kidumu le colocó la cabeza de lado y le besó la mejilla. Cuando retiró las manos manchadas de sangre, las alzó a la luz para examinarlas.

— Me gustaría conservar alguna sangre de Kidumu —dijo inopinadamente.

El curandero dio un respingo, como si le hubiesen asestado una patada en el bajo vientre.

—¿Qué has dicho? —tartamudeó estupefacto.

—Quiero llevarme sangre de él, ya lo has oído.

—¿Sangre suya? —el curandero se atragantó—. ¿Para qué?

—Deseo conservarla.

—¿Cuánta?

—Un frasco pequeño, lleno.

—Se coagulará inmediatamente.

—Tú puedes hacerla permanecer en estado líquido.

Un frasquito lleno será suficiente.

Una vez más Asúnvebe acarició el cuerpo sin vida de Kidumu, y mostró tanta ternura que el curandero hizo rechinar sus dientes. Luego abandonó la casa, no como viuda abatida, sino con la cabeza erguida y paso firme. Fue como si Kidumu le hubiese encomendado una misión importante que ella se dispusiera a cumplir.

El funeral parecía una fiesta. Entonces se hizo patente cuánto habían querido todos a Kidumu y cómo ya se le conocía en lugares distantes de Ntem-Ossi. Además, nadie pronunció ni una sola palabra maliciosa contra él. Asúnvebe escuchó únicamente elogios y expresiones de condolencia auténticas.

Luego todos se encaminaron hacia la sepultura. Detrás del ataúd descubierto marchó Asúnvebe, cogida al brazo del curandero Ela Acogo. Ella no había necesitado ningún apoyo, pero Ela Acogo había creído necesario que un hombre caminase a su lado en ese recorrido.

Llegada ante la fosa, Asúnvebe avanzó unos pasos hacia el ataúd descubierto, contempló el rostro serio y rugoso de su marido, y le hizo una breve inclinación de cabeza diciendo con voz serena:

—Te quiero. ¡Qué felices fuimos durante media vida, tú y yo! Un amor como el nuestro no se repetirá jamás en este mundo.

Luego retrocedió y, mirando al maravillado curandero, que no había comprendido esas palabras de despedida, alzó la mano y levantó la voz diciendo:

—¡Adelante! Dale su descanso.

Se descendió el ataúd a la fosa, se echó tierra encima y, seguidamente todos regresaron a la aldea para

el convite del funeral. Sólo Asúnvebe y el curandero permanecieron ante la tumba. Todo el mundo lo tomó por una última y silenciosa despedida, de modo que nadie se molestó. Sólo Ela Acogo podría estar mejor informado, pero la verdad era que él no sabía nada de nada.

—¿Por qué no nos vamos? —susurró él cuando el último asistente abandonaba el cementerio.

—Todavía espero algo —contestó la mujer.

Ten por seguro que él no levantará la tapadera y volverá a reunirse con nosotros —refunfuñó el curandero— ¿A qué esperas?

Ella le miró petrificada.

—¿Qué haré ahora sin ti, Kidumu querido? —exclamó. Y de súbito rompió en un llanto amargo. Ela Acogo la sujetó por detrás, temiendo que se fuera de cabeza a la tumba.

—Sin ti no habrá ya nada más para mí. Nada más.

Por la tarde, mientras todos se saciaban y emborrachaban, Asúnvebe se acomodó en el extremo más distante del banco junto al hogar y miró la lejanía con ojos vacíos.

Ela Acogo, manteniéndose cerca de ella se preguntó: «¿Qué estará pensando ahora? ¿Qué vida ha tenido, Dios mío! Hace mucho que ambos llegaron aquí, en Ntem-Ossi, con sus energías por todo equipaje. Construyeron la casa, crearon un pequeño imperio, tuvieron dos hijos: un chico y una niña. El chico murió a los diez años de un estúpido sarampión, y la chica a los diecinueve de una pulmonía. Y ahora un gorila atrapa a Kidumu».

En algún momento de aquella noche, ella le preguntó a Ela Acogo:

—¿No te habrás olvidado del frasquito con la sangre de Kidumu?

—Lo tengo en casa. ¿Acaso crees que lo llevo conmigo por todas partes, como si fuera una botella de vino?

—¿Se ha coagulado?

—No. Le he añadido un disolvente. Está en estado líquido tal y como tú la querías.

—Gracias, Ela Acogo. Mañana temprano iré a recogerla.

A la mañana siguiente, Asúnvebe se puso unos pantalones, un chaquetón y unas botas altas cosidas a mano. Luego se encasquetó en el cabello una gorra redonda de cuero con ancha visera y se acercó con paso firme a un armario. Lo abrió y cogió su fusil del armario. Era un arma bien engrasada y cuidada con evidente esmero.

Asúnvebe alzó el fusil hacia la ventana de modo que lo iluminaron los primeros rayos solares, hizo funcionar el cerrojo y aplicó el ojo a la mira telescópica incorporada. Acto seguido echó mano a un cajón repleto de cartuchos y cargó el arma. Metió otros tantos cartuchos en una bolsa de cuero que se había colgado al cuello, cerró el armario y se echó el fusil al hombro.

El curandero Ela Acogo ya estaba informado cuando Asúnvebe llamó a su puerta. La viuda de Kidumu —le habían dicho— va por el pueblo con un fusil al hombro. Esa hembra es una diablesa. Tal vez vaya al bosque para desahogar su dolor.

—¿Has visto qué aspecto tienes? —vociferó el curandero señalando con la mano extendida el viejo fusil y meneando la cabeza.



—No te preocupes por eso —replicó ella inmutarse—. ¿Dónde está el frasco con la sangre de mi marido?

—¿A dónde vas?

—¿Preguntas! ¡Siempre preguntas! ¿Es que no se de hacer nada sin necesidad de escuchar preguntas? ¿Qué te importa a dónde voy yo? Dame ese frasco

—Vas por el gorila —masculló Ela Acogo aprensivo—. Quieres vengarte de él, ¿no es eso?

Ella calló y, extendiendo la mano derecha, chascó los dedos. Ela Acogo sacó un frasco de la vitrina y lo puso en la mano. Esta apretó los dedos alrededor del vidrio. Un estremecimiento sacudió su cuerpo, pero dominó al instante y metió el frasco en la bolsa de cuero que guardaba la munición.

—Eres un amigo de verdad, Ela —barbotó turbado—. Resultó evidente que le costaría hablar.

—Avisaré a Nguema Efa —dijo el curandero— irás sola a por el gorila.

—Olvidate de que lo sabes, Ela Acogo. Si no lo consigues, deberé olvidarme de que algún día te conocí

Ela Acogo percibió en sus ojos un resplandor extraño, que no había visto nunca.

—¡Sola con el gorila! ¡Tú! ¡Jamás lo permitiré! —gritó Ela Acogo—. ¿No te basta que él haya matado a Kidumu? ¿Quieres superarle en astucia?

—Yo podría contarte muchas cosas...

Durante un largo momento, Asúnvebe lo miró en sus ojos la intranquilidad acuciante y se sintió entristecida.

—Debo encaminarme hacia el bosque —dijo—. Se lo prometí a Kidumu mientras sostenía su cabeza cuando agonizaba. Más tarde habrá mucho que contar, Ela Acogo.

—¡No serás tú quien cuente nada, si te atrapa el gorila! —aulló Ela Acogo en su desesperación.

—A mí no me sorprenderá.

—¿Sabes disparar? —le gritó— ¿Has aprendido lo menos a sostener una escopeta?

Ella lo miró casi con pavor, pues aquellas preguntas le habían desconcertado. Por fin, asintió varias veces y se llevó la mano a la culata del fusil.

—Quisiera estar sola —dijo muy seria—. Sola en el bosque. ¿Lo entiendes, Ela Acogo? ¡No me envíes a nadie! Te lo advierto. Quien mate a mi gorila, será mi enemigo para siempre.

—Estás loca, Asúnvebe. Absolutamente loca. La muerte de Kidumu te ha hecho perder el juicio. Deberías estar atada con correas a la cama.

El curandero contempló impotente cómo Asúnvebe daba media vuelta y se encaminaba hacia la puerta, con su fusil de cañón largo a la espalda.

—¿Es que dispara todavía ese abuelo de todos los fusiles? —vociferó Ela Acogo—. ¿O acaso te propones destrozar la cabeza del gorila con la culata? El cráneo del gorila es tan duro como el hierro.

—¿Abuelo —Asúnvebe se volvió y pasó el pulgar derecho por debajo del portafusil apretando fuerte. Su expresión fue muy seria, casi solemne—. Ya te contaré cosas acerca de él a mi regreso, padrecito.

Dicho esto, abrió de un tirón la puerta y abandonó la casa del curandero con paso vivo.

Durante cuatro días con sus noches, Asúnvebe permaneció sola en el bosque. Apenas se alejó del lugar donde Kidumu encendiera su fogata para asar la carne. El suelo estaba aún empapado de sangre en el mismo sitio donde le atacara el gorila.

Pasó el tiempo y Asúnvebe esperó paciente. No se molestó en explorar el bosque y buscar el rastro del gorila para perseguirle. El gorila volvería allí. Eso estaba fuera de duda. Cada animal tiene su territorio, por donde deambula de unas zonas a otras.

En el quinto día apareció el curandero Ela Acogo. Traía consigo a su perro que soltaba unos ladridos sordos que llegaron a Asúnvebe desde la lejanía y le hicieron prorrumpir en juramentos nada femeninos. Ela Acogo irrumpió como un huracán en la calma reinante. Llevaba un anticuado traje de caza, un gorro azul y un rifle moderno.

—¡Cuatro días desperdiciados! —exclamó encolerizada Asúnvebe cuando Ela Acogo se plantó ante ella...—. Has echado todo a perder. Si estaba en las cercanías, ahora habrá puesto tierra por medio.

—Sólo así me fue posible venir aquí sin Nguema Efa y diez hombres más. Hube de jurar, mano en alto, que no venía a tu encuentro.

—Entonces, ¿pretendes quedarte aquí? —preguntó muy excitada Asúnvebe.

Paseó alrededor de la agonizante fogata, asestó un furioso puntapié al perro, que ladró una vez más, y se esforzó por no repetir las maldiciones que profiriera antes al oír los primeros ladridos.

—¿A quien le has quitado ese rifle?

—A Nguema Efa. Es un arma muy reciente. Con él podrás disparar mejor que con tu vetusta escoba —contestó el curandero.

—Mi vetusta escoba, como tú la llamas, tiene un alcance de dos mil metros —replicó Asúnvebe—. Con un proyectil del calibre doce, tipo «H-1» puedo perforar cualquier cráneo. La bala tiene una velocidad inicial de ochocientos cincuenta metros por segundo.

Atónito, el curandero abrió los ojos como platos y se rascó la cabeza. Luego se apoyó en el hermoso y moderno rifle como si fuera un bastón.

—Me faltan las palabras —pudo decir al fin—. ¿Es que nos has estado tomando el pelo durante este tiempo?

—No necesitas vigilarme como un mastín, por el simple hecho de que ahora sea viuda —aclaró ella—. Lárgate, yo no estoy enferma. Jamás me he sentido tan bien.

El curandero miró parpadeante a Asúnvebe, acercóse al fuego, se dejó caer al suelo y estiró las piernas.

—Ahora me gustaría tomar una tacita de café —dijo con tono cansino.

—Que te la haga el diablo —bufó ella.

—También podría hacérmela una diablesa —Ela Acogo soltó una risita—. Déjate de reproches, Asúnvebe. ¿Por qué te exaltas tanto? Si Kidumu pudiese vernos ahora, seguramente me abrazaría y diría: Tienes razón, amigo mío. No abandones a mi mujercita.

Fue un argumento falaz, para el cual Asúnvebe no halló respuesta. «Si Kidumu pudiese vernos ahora», esta frase la dejó indefensa.

En la madrugada del séptimo día compareció el gorila. El primero en olfatearlo fue el perro. Paseaba cerca del campamento cuando, de pronto, se asustó y vino corriendo donde su amo.

El curandero salió presuroso al encuentro de Asúnvebe que acababa de lavarse allá en el riachuelo y le gritó a media voz:

—El gorila está ahí.

—Cierra el pico —replicó ella, calmosa—. Ya lo sé.

—Ahora se deja ver. Y mira hacia nosotros.

—No le hagas caso.

—Menudo tipo, Dios mío. Jamás había visto un gorila semejante. Ni siquiera en fotografía.

—Ningún otro podría haber vencido a Kidumu.

Ella se volvió y, manteniéndose muy tranquila cerca del fuego, miró hacia el gorila. «Conque estás ahí, ¿eh? —se dijo—. Pareces lo que eres, un asesino. Has matado a Kidumu, pero sólo porque le sorprendiste por detrás. No te reprocho que hayas sido astuto; uno debe atacar al enemigo con todos los medios disponibles. Así lo practicábamos nosotros, y hubo un tiempo en que una fracción de segundo solía decidir entre la muerte y la supervivencia. Jamás se me hubiera ocurrido que algún día necesitaría una vez más esta sangre fría. ¡Cuánto tiempo hace de eso!»

El gorila intuyó el peligro. Se inmovilizó en la linde del bosque rodeado por una muralla de bruma. Ahora el gorila se sintió seguro protegido por troncos y matorrales, y avanzó silencioso en dirección al riachuelo.

Con mucha lentitud, Asúnvebe alzó el fusil. El curandero, parapetado detrás de un árbol, susurró acalorado:

—Pero si no pudes ver nada.

—Veo lo suficiente —contestó ella.

—Ese bicho está aún demasiado lejos —bisbiseó Ela Acogo—. ¿Cómo pretendes alcanzarle?

—¡Cierra el pico de una vez! Tú no tienes ni idea. Para mí está tan cerca que podría acariciarle.

Su índice derecho, descansando sobre el gatillo, se encorvó hasta el punto de presión. En el retículo apareció la cabeza del gorila. «Vuélvete, asesino» —pensó Asúnvebe—. Así de costado está muy mal. Mi costumbre ha sido siempre la de disparar sólo cuando veo los ojos».

Para Ela Acogo el animal fue sólo una sombra borrosa en la niebla matinal.

El disparo fue seco, no muy ruidoso. Se dispó sin eco en el bosque. Ela Acogo se estremeció, miró a Asún-

vebe y observó que ésta había abatido ya el arma. Luego exclamó en tono de reproche:

—Se ha ido.

—Sí, se ha ido —contestó la mujer.

—Nadie puede disparar a esa distancia. Se acabó la caza.

—Sí. Se acabó.

—Volvamos al pueblo. Esto ya no tiene sentido. El gorila no reaparecerá.

—No. No reaparecerá.

Cierta ironía en la voz de Asúnvebe irritó al curandero. El hombre se quedó inmóvil, echó otro vistazo al lindero del bosque y se mesó una vez más los cabellos con ambas manos.

—Acompáñame —le dijo ella.

Asúnvebe cogió la bolsa, dejó el fusil junto al fuego y se encaminó hacia la pendiente. Ela Acogo empuñó su rifle y corrió tras ella. «Eso es imposible —se dijo lleno de confusión—. A esa distancia y con semejante niebla se ve tan sólo una sombra. ¿Quién me creará cuando lo cuente? Ni yo mismo lo creería. Pero acabo de presenciarlo hace unos instantes.»

El gorila estaba tendido de costado. El proyectil le había perforado el cerebro entrando por un ojo.

Asúnvebe, sin preocuparse de Ela Acogo que seguía contemplando, atónito, el certero balazo y su víctima, se sentó en la hierba junto a la cabeza del gorila. Abrió la bolsa y sacó el frasco con la sangre. Luego abrió las mandíbulas del animal y aplicó el frasco abierto a los colmillos.

—Dios mío —balbuceó Ela Acogo—. ¡Cuánto puedes odiar, Asúnvebe!

Por la tarde ambos regresaron al poblado y mandaron traer al animal.

—Es preciso prepararlo y disecarlo —dijo Asúnvebe más tarde en su casa—. Lo quiero tener para siempre ante mí. Le escupiré, le golpearé y le maldeciré. Y no se deberá reemplazar el ojo. Quiero ver el boquete.

El curandero Ela Acogo se sentó junto a Asúnvebe en un banco del hogar e inquirió haciendo crujir una vez más las articulaciones de los dedos:

—¿Querías contarme algo!

Ella asintió. Echó hacia atrás la cabeza y comenzó a hablar.

—Hacia ya un par de años que nos habíamos casado Kidumu y yo en tiempo de la revolución. Por entonces ninguno de nosotros dos tenía ya más familia que su cónyuge. Vino una comisión hasta nuestro poblado para llevar a todos los jóvenes a la academia militar. La orden era obligatoria y nos fuimos también. Allí aprendimos todo lo que se relaciona con la milicia (te habrás dado cuenta de cómo disparo muy bien). Permanecimos tres años internados. Luego Kidumu planeó nuestra fuga y, con la ayuda de uno de nuestros compañeros, logramos evadirnos.

»He ahí que al llegar en la localidad de Nsie, después de dos semanas vagándose por el bosque, decidimos pasar la noche. Ninguno de nosotros supo cuándo salió Kidumu de casa, y eso que no debíamos hacer tal cosa, porque éramos fugitivos. Solamente apareció a la noche siguiente, vestido con uniforme de oficial y un fusil. Nada más llegar entregó otro uniforme completo al otro amigo y nos dijo que saliéramos rápidamente. Fue una vida arriesgada y dura.



»Según me contó él mismo, había salido a la caza porque no lograba conciliar el sueño, lo detuvieron y fue llevado a la cárcel. Al llegar a su celda exclamó:

»— ¡Demonios! Aquí hace mucho frío. ¿No había un sitio donde dormir?

»— Ahí tienes el banco —contestó el carcelero.

»— ¿No me podrían traer un jergón y una manta para tenderme?

»— Si pagas...

»— Está bien —replicó Kidumu—. Pagaré lo que me traigan un jergón y dos mantas.

»El carcelero se fue, dejando a oscuras a Kidumu y vino después con todo lo pedido. Le dio Kidumu tres billetes, y el carcelero, amansado, le preguntó:

»— ¿Qué has hecho para que te traigan aquí?

»— Nada —contestó Kidumu—. Venía distraído, salí por la calle. Y me dijo un centinela: «No se salte el Me callé, y sin más ni más me han traído a la cárcel.»

»— ¿No te has resistido?

»— No.

»— Entonces será por otra cosa por la que te encerraron.

»Kidumu dijo que así se lo figuraba también él. Pero lo cierto es que había mentado. Bien sabía lo que había hecho, y se trataba nada menos... que descausar ofensa a la autoridad. Pues hizo caso omiso a las órdenes del guardia al decirle que no se paseaba a aquellas horas.

»— Bueno —se disculpó Kidumu—. Si no te importo me dormiré y ya veremos lo que se haga mañana.

»Cuando despertó, vio que entraba un rayo de luz por una alta ventana, iluminando la destartalada estancia. Llamó a la puerta, acudió el carcelero y le preguntó:

»— ¿No te han dicho por qué estoy preso?

»— No.

»— ¿De manera que me van a tener encerrado por algún motivo?

»— Quizá sea una equivocación —aludió el carcelero.

»— Pues es un consuelo.

»— Cosas de la vida. Aquí no te puede pasar nada —agregó el carcelero.

»— Si te parece poco estar en la cárcel...

»— Eso no deshonor a nadie en estos tiempos.

»— ¿Me traerás algo de comer?

»— Sí. Hay hambre, ¿eh?

»— Ya lo creo —contestó— Kidumu.

»— Pues ahora te traerán la comida.

»Y el carcelero se fue, cantando alegremente.

»Comió Kidumu lo que le trajeron, se tendió de nuevo y, después de un instante de siesta, se levantó para tomar una resolución. «¿Qué podría hacer yo? -se dijo- «Sobornar al carcelero exigiría mucho dinero. Esperar aquí a que me suelten es exponerme a cárcel perpetua; si quiero salir de aquí, tengo que escaparme, no hay otra solución».

»Con esta firme decisión comenzó a pensar un plan de fuga. Salir por la puerta era difícil, porque ésta, además de ser fuerte, se cerraba por fuera con llave. Había que escaparse por la ventana. Era el único recurso. Pero ¿a dónde dará esto? -se preguntó-. Arrimó el banco a la pared, se subió a él, se agarró a los barrotes y se levantó a pulso hasta poder mirar por la reja. La ventanilla daba a la calle donde le detuvieron. Saltó al suelo y se sentó en el banco.

»La reja era alta y pequeña, con tres barrotes sin travesas. Arrancando uno, quizá pudiera pasar -se dijo Kidumu-. Luego necesitaría una cuerda. ¿De dónde la sacaría?... La manta, cortada en tiras me podría servir.

»Dicho y hecho. Volvió a subir. Se hallaba la reja empujada a la pared, pero no tenía gran resistencia. Se agarró con la mano izquierda a un barrote, y con la derecha, armada de un pequeño cortaplumas, la única herramienta de que disponía, comenzó a roer la madera del marco.

»La postura no era cómoda, ni mucho menos. Pero tras una hora de duro trabajo, logró arrancar el barrote de su alvéolo. Cuando lo tuvo ya suelto, lo volvió a poner como antes, ocultó las astillas arrancadas de la ventana en el jergón y esperó la noche.

»El carcelero le llevó la cena, y Kidumu le preguntó con empeño si no habían dispuesto nada respecto a él. Por toda respuesta el carcelero se encogió de hombros y se retiró enseguida.

»En cuanto Kidumu se vio solo, puso manos a la obra. Tenía la absoluta seguridad de poderse escapar. Sacó el cortaplumas y comenzó a cortar las dos mantas de arriba a abajo. Hecho eso, fue atando las tiras una a otra, hasta formar una cuerda larga.

»Después, para cubrir las apariencias, cogió el cantarillo de agua, le puso su boina y lo dejó envuelto en el trozo que quedaba de manta.

»— Cuando se asome el carcelero creará que sigo durmiendo -pensó-. Luego subió a la reja, ató un cabo de la cuerda a los dos barrotes y echó fuera poco a poco el otro extremo. Cuando toda la cuerda quedó a lo largo de la pared pasó el cuerpo con mil trabajos por la abertura que dejaba el barrote arrancado y comenzó a descolgarse, resbalando por el muro.

»Estaba a dos o tres metros de la calle, cuando oyó ruido de pasos. Se detuvo en su descenso, y ya comenzaban a dejar de oírse los pasos cuando cayó en tierra metiendo algún estrépito. Uno de los nudos debía haberse soltado, porque le quedaba un trozo de cuerda entre los dedos. Se levantó. «No hay avería. No me he hecho daño» -se dijo.

»Luego, de prisa, se dirigió a casa donde quedamos su amigo y yo. Iba marchando, volviéndose para mirar hacia atrás, cuando descubrió a dos hombres armados con fusiles dirigiéndose hacia él. Se escondió detrás de un muro.

»Al llegar cerca donde estaba escondido, lo dos guardias se separaron. Uno siguió el camino y el otro quedó rezagado en una esquina.

»— Seguramente me buscan a mí -se dijo Kidumu-. Debo hacer algo.

»— A continuación halló una gran piedra. La cogió y, sigilosamente, la estrelló contra la nuca del guardia, que cayó fulminado. Le arrastró hasta la oscuridad. Se desnudó con rapidez y se puso el uniforme del muerto. Salió de la oscuridad y se plantó donde estaba el guardia. Y cuando apareció el otro, le dio tal culatazo que también murió en el acto. Le despojó asimismo del uniforme, del fusil y de la munición.

»Salió corriendo de allí y llegó a casa.

»— ¿Dónde has estado desde anoche? -le pregunté-. Estábamos ya inquietos y... ¡oh! ¿De dónde has sacado ese atuendo? No me digas que te has liado otra vez con las autoridades.

»— Todo os lo contaré -contestó-. Vámonos antes de que amanezca y descubran mi fuga.

»Cargamos con el equipaje y de nuevo nos internamos en el bosque. A la mañana siguiente fuimos a dar en la guarnición de Bibeñ. Todo estaba tranquilo, por lo que supimos que no conocían todavía la noticia. Kidumu se los arregló para conseguir un uniforme y un fusil para mí, y abundante munición y algo de comida para los tres.

»Sin perder más tiempo reanudamos la marcha con intención de dejar tierra por medio antes de que conocieran el suceso. Pero enseguida nos vimos perseguidos por militares de la guarnición de Bibeñ armados hasta los dientes. No había duda de que ya les había llegado el comunicado.

»Estalló la batalla. Nos defendimos como pudimos, y, por desgracia, fue alcanzado nuestro acompañante y los dos logramos escapar y llegamos hasta aquí. Naturalmente escondimos los fusiles y los uniformes hasta que obtuvimos esta casa.

»Uno de esos dos fusiles es el que ha matado al asesino de mi marido. El resto de la historia ya la conoces». Amanecía ya cuando Asúnvebe dejó de hablar.

— ¿Quién más sabe todo esto? -le preguntó el curandero.

—Nadie. Sólo tú. Ela Acogo -contestó Asúnvebe.

¿Y por qué precisamente yo?

— Porque eres diferente de todos los demás. Tú asististe al nacimiento de nuestros hijos; tú viste morir a los dos. Tú sostuviste la mano de Kidumu cuando moría. Estuviste siempre en todos los momentos de felicidad y en todos los de pesadumbre, no sólo como curandero, sino también como amigo. Has permanecido conmigo mientras mi familia, mi pequeño paraíso, se desintegraba. ¿Una venganza del destino? ¿Quién sabe! No quiero pensar en ello. Pero dime, ahora que lo sabes todo: ¿Cómo era esa vida? Yo era tan feliz con Kidumu...

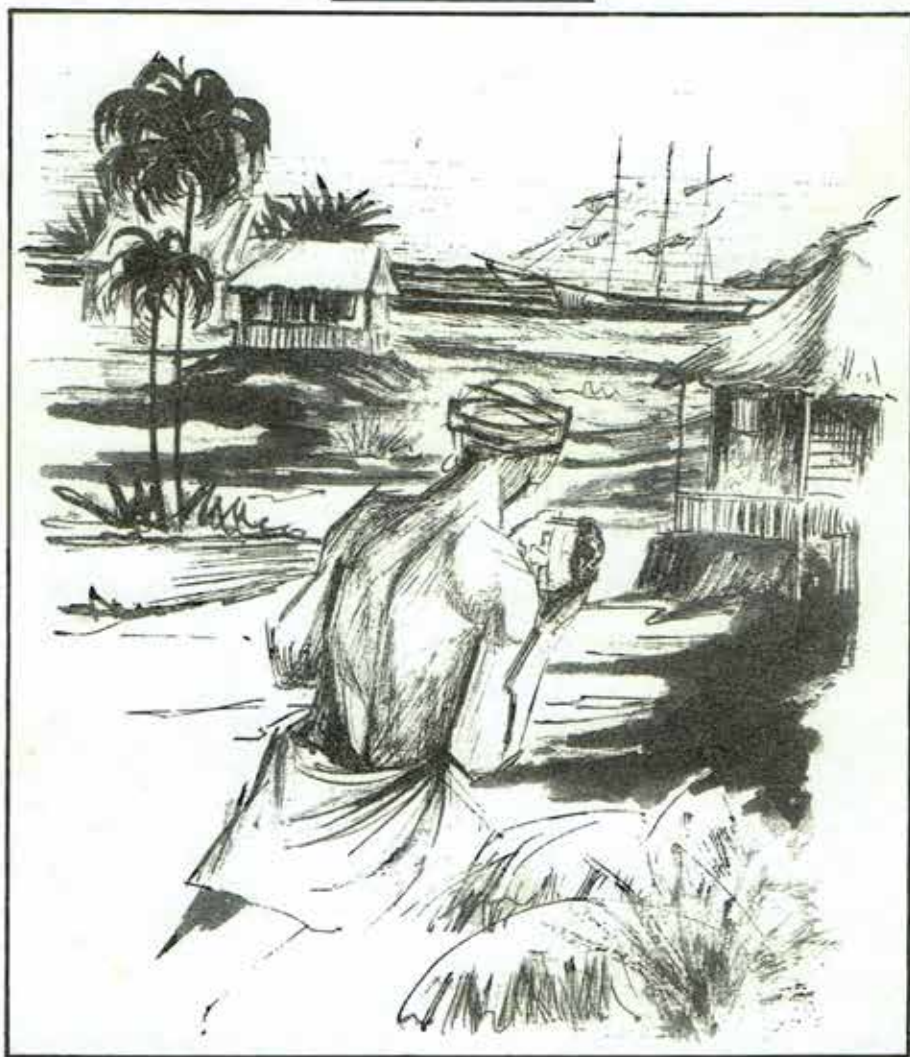
— Está bien, hija -contestó Ela Acogo con voz consoladora—. No hay motivo para tener miedo. Nadie más conocerá esta historia. Te lo prometo. Tienes todavía un buen trecho de camino ante ti. Recórrelo con la cabeza alta.

«Lo que ha pasado, pasado está».

D. M. N.

LA LEYENDA DE LOHODANN

Por JACINT CREUS



EN el poblado vivían el rey Hala Manyi, la reina y su hija la princesa Beedji. El rey había hecho oír su voz para decir: «Hala Manyi fa Beedji na ha toomef, mandji Beedji hatoomé». O sea: «Declaro que mi hija no se casará con nadie, pero puede casarse con alguien».

Muchos pretendientes intentaron acercarse a la casa del rey para recabar la mano de la princesa Beedji. Acudían con la esperanza de ver cumplido un gran deseo; pero Hala Manyi rechazaba todas las proposiciones; «Para que alguien pueda casarse con mi hija, deberá tener sus soldados». Na-

die era capaz de comprender el significado de tal frase.

Cierto día se reunieron los príncipes de los poblados cercanos, más toda la gente adinerada y de buena posición; se declaró una gra fiesta y todos celebraron la llegada de un nuevo pretendiente para la princesa. «Deseo la mano de su hija, la princesa Beedji». La respuesta era la misma de siempre: «Para que te cases con mi hija, deberás tener tus soldados».

El pretendiente replicó: «Ya ves que yo también soy príncipe; significa que ya tengo soldados». Pero el rey Hala Many no le hizo el menor caso: «Esos soldados,

no; deberá tratarse de verdaderos soldados». La princesa observaba la escena desde su casa, situada enfrente del palacio de su padre. Y el pretendiente abandonó el lugar, igual que los otros, sin comprender las razones del rechazo real.

Apartado y abandonado, en las afueras del poblado, vivía un anciano de edad muy avanzada. Se ganaba la vida dedicándose a la pesca: iba a la costa y pescaba desde las rocas, tal como hacen los niños, con un anzuelo. Sacaba pescados pequeños, que más tarde vendía para poder comprar lo que necesitaba. Y sucedía que

cada día, para ir a pescar, tenía que pasar por delante de la casa del rey.

Un día, cuando regresaba a su casa, oyó que alguien le llamaba: «¡Sit, sit!» El viejo miraba en todas direcciones, sin advertir la presencia de nadie. Empezó de nuevo la marcha, y otra vez empezaron a llamarle: «¡Sit, sit!» El pobre viejo vacilaba: «¿Quién será el que me está llamando?» Nuevas indagaciones y nuevo fracaso: por allí no había nadie. A la tercera vez, se le ocurrió mirar hacia arriba y, entonces, encontró a una chica muy bella, la princesa Beedji, haciéndole señas para que se acercara.

El viejo estaba estupefacto: «¿Cómo puede ser que la hija de un rey llame a un pobre viejo como yo?» Y se dirigió a la princesa de esta guisa: «No soy quién para acercarme a ti; y tampoco sabría cómo llegar ni cómo sorrear a los guardianes que tienes en tu puerta». La princesa mandó a una de sus sirvientas para que el anciano pudiera llegar sin dificultad hasta su habitación, y le dijo: «Véndeme estos pescaditos que traes. Mañana vuelvo con más pescado y te lo pagaré todo».

A la mañana siguiente, el anciano volvió a pescar. Se pasó todo el día en la costa; y a la vuelta, la princesa volvió a llamarle y a comprarle el pescado capturado, de nuevo sin pagarle: «Vuelve mañana con el pescado que hayas conseguido, y te lo pagaré todo. Así tendrás un buen dinero». De vuelta a casa, el hombre meditaba: «¿Qué querrá de mí la princesa? Soy un pobre viejo que a duras penas alcanzo a comer. ¿Qué puede pretender, si ni siquiera me paga lo que le doy?»

Al tercer día, el viejo observó que los soldados estaban dormidos: la princesa Beedji les había suministrado tanto aguardiente, que todos estaban completamente borrachos. El hombre subió y la princesa ordenó a la sirvienta que se lo llevara al cuarto de aseo. Allí lo lavó y le cambió de ropa. De regreso a la habitación, la princesa le había preparado una mesa llena de comida: la bella Beedji se había enamorado del viejo, pese a que podía tener la edad de su abuelo.

Una vez terminada la comida, la princesa sugirió que podían

«Así transcurrieron las cosas, hasta que la princesa empezó a quejarse de un dolor en el vientre»

echar una siesta. El viejo espetó: «No soy quién para compartir tu habitación. Iré a dormir a otro lugar». La preciosa Beedji se negó a ello, y se acostaron juntos. Por la mañana, la sirvienta sirvió de nuevo aguardiente a los guardianes, para que el viejo pudiera salir sin problemas.

Así discurrieron las cosas durante muchas semanas, hasta que la princesa empezó a quejarse de un dolor en el vientre. La reina llamó al médico, que le recetó un tratamiento. Todo inútil, porque el dolor continuaba. Y la princesa empezó a comer tonterías y caprichos: papayas, mangos y otras cosas raras. La reina habló seriamente con su hija, sin obtener una respuesta satisfactoria: «Es que no tengo mucho apetito y prefiero comer estas cosas pequeñas».

De vuelta a casa, ya la esperaba el viejo. Se acostaron juntos, como tenían por costumbre, y el hombre se fue. Entonces entró la madre en la casa de la princesa y le exigió una explicación: «Lo único que ocurre, mamá, es que estoy encinta». La madre se lo tomó con resignación: «Deberías haberlo dicho antes, en lugar de dejar que sufriéramos por ti. Si es verdad que estás encinta, lo único que podemos hacer es esperar a que llegue el momento de dar a luz».

Por la noche, la reina se lo contó al rey. Hala Manyi se sintió engañado, pues había proclamado que su hija no se casaría con nadie. Y replicó: «¿Mi hija está embarazada? ¿Quién es el autor de

tal fechoría?» La reina no lo sabía. Y Beedji no quiso denunciar al viejo. El rey estaba muy enojado: «Investigaré hasta saber quién es tu amante, el que te ha dejado embarazada. Y los dos iréis a la horca, porque habéis faltado a mi ley».

Al llegar la hora de la cita cotidiana, la bella chica se arrojó sollozando en brazos del viejo: «Mi padre nos quiere matar a los dos, porque estoy encinta». El viejo empezó a llorar, también, a lo que la princesa exclamó: «Nuestra única posibilidad es intentar la huida. Confía en mí, porque todo está en mis manos».

La sirvienta, al anochecer, volvió a dar mucho aguardiente a los guardianes de la casa. Cuando todos estaban dormidos, los dos amantes salieron: la princesa iba delante, cautelosa, y el viejo la seguía: donde la chica había puesto el pie, allí pisaba el viejo; de manera que se advertía una sola huella. Y, en lugar de dirigirse a otro poblado, emprendieron el camino de la finca.

EL EXTRAÑO COMPORTAMIENTO DE LOHODANN

Al pasar cerca de la casa del viejo, éste entró un momento y regresó con su bastón y su rosario. Siguió el camino del bosque, hasta que apareció ante ellos la roca llamada *Basu Haadji*. Vieron que había allí una gran cueva, y decidieron instalarse en ella para utilizarla como vivienda.

Al cabo de un tiempo, se les terminaron los víveres. El viejo, una mañana cogió el bastón y el rosario y dijo a la princesa: «Mujer, no te preocupes. Volveré pronto. Voy a ver si consigo alguna limosna». Después de caminar largamente por un sendero, fatigado y deshecho, divisó a lo lejos el pequeño poblado de *Djigidadji Saan*, con sus tres casitas. En cada una de ellas vivía una mujer: Magida Me Daty vivía en la primera; en la segunda se encontraba Magenna; y la tercera mamá, que vivía en la tercera casita, se llamaba Mambo Mahaal.

El viejo se arrodilló frente a la primera puerta, que estaba entreabierta, y empezó a rezar en voz alta. Las tres mujeres eran también

cristianas; de manera que, al oír las plegarias, salieron de sus casas y acudieron al lugar donde el hombre se había postrado. Rezaron los cuatro y, después, el anciano les pidió limosna: «Os pido como limosna un poco de aceite, o de bananas... lo que sea». Las mujeres entraron de nuevo en las casas y le trajeron aceite, bananas, malanga, unos zapatos y unos calcetines.

El viejo recogió todo lo que buenamente pudo y regresó a casa, donde su mujer le recibió con alborozo. A partir de aquel momento, decidieron que los viernes de cada semana el hombre saldría a pedir limosna. De manera que el viernes siguiente el anciano se presentó en casa de Magida Me Dady; al segundo viernes, en casa de Magenna; y al tercero, en casa de Mambo Mahaal. Al regresar de esta última casa, empezó a caer una lluvia torrencial, un chaparrón que empezó a inundar la cueva, hasta que vieron que debían abandonarla.

Con lo poco que les quedaba, emprendieron de nuevo la marcha. La mujer preguntó: «¿Hacia dónde nos dirigimos?» Respondió el hombre: «No hemos matado a nadie. Volvamos a nuestro poblado». Prosiguieron hasta el riachuelo de *Luba da Budu* y, al llegar ahí, se dieron cuenta de que iba tan crecido que no había forma de cruzarlo.

El viejo se dio cuenta de que la rama de un guayabo que estaba en la otra orilla llegaba hasta muy cerca de donde se encontraban. Dio un paso hacia la rama, pero con su peso y la fuerza de la corriente, aquélla cedió y el hombre fue arrastrado hacia la desembocadura. La mujer rompió en sollozos, al ver que se podía quedar sola en la vida, y en su estado.

Sucedió que el riachuelo se secó casi al instante. Y ella se quedó pensativa: ¿debía cruzar el surco y seguir su camino, o seguir el curso del riachuelo para saber qué le había sucedido a su marido? Resolvió sus dudas al decidir que no haría ninguna de las dos cosas, sino que volvería a la cueva. Al llegar ahí, vio que ya estaba todo seco y en orden, y ahí se quedó. Al pasar el tiempo sin que el viejo regresara, comprendió que había muerto en el accidente.

Se acercaba el momento del

parto. La mujer se preparó tan bien como pudo, y al llegar ese momento todo discurrió con normalidad. Pero su hijo, después de salir del vientre de la madre, en lugar de echarse a llorar —tal como suele suceder— empezó a dar vueltas dentro de la placenta, mientras que la madre se quedaba sin saber qué hacer ante algo tan insólito. Hasta que el hijo dejó de dar vueltas, empezó a llorar como todos los críos, y la madre lo recogió, lo lavó, lo envolvió en unos trapos y lo dejó en la cama.

El niño fue creciendo sano y robusto. A los pocos años ya iba solo al bosque, de donde traía man-

«Al ir dando vueltas dentro de la placenta, después de nacer el niño había aprendido todo lo que había sucedido en el mundo»

gos y piñas para su madre, que estaba sorprendida por los progresos que su hijo hacía. A los diez años, ya iba a la pesca y regresaba a casa con buenos pescaditos que su madre preparaba.

Cierto día, regresó con las manos vacías. Levantó la vista hacia lo alto de la cueva y divisó el rosario y el bastón del viejo. Preguntó «Mamá, ¿estos son el rosario y el bastón con los que mi padre salía a pedir limosna?» La madre le miró extrañada: «¿Qué clase de persona eres? ¿Cómo se te ocurren tales cosas?» Porque nunca le había contado la historia de su padre.

Pero es que, al ir dando vueltas dentro de la placenta, después de nacer el niño había aprendido todo lo que había sucedido en el mundo; y todo lo que iba a suceder. Por este motivo, al ver el rosario y el bastón había podido adivinar la historia de su padre. La madre quedó en silencio.

Los días transcurrían con normalidad. El chico volvió al bos-

que y trajo bananas silvestres, plátanos, malanga, mangos... Volvió a la pesca y trajo pescaditos. Y así un día y otro. Hasta que una mañana tomó el rosario y el bastón de su padre y despertó a la mujer diciendo: «Mamá, no te preocupes. Volveré pronto. Voy a ver si consigo alguna limosna». La madre protestó: «¿Cómo vas a irte, si no conoces a nadie?» Pese a las protestas maternas, el hijo emprendió la marcha.

Tras una buena caminata, llegó al poblado de *Djigidadi Saan*, se arrodilló frente a la primera puerta, que estaba entreabierta, y empezó a rezar. Inmediatamente acudieron las tres mujeres: Magida Me Dady, Magenna y Mambo Mahaal: «Hace mucho, un anciano venía igual que vienes tú ahora. ¿Quién eres? ¿De dónde sales?» El chico siguió rezando, sin responder nada. Las mujeres rezaron con él y, al terminar le dieron limosna y le dijeron: «Ojalá podamos verte con frecuencia. Mañana vuelve por aquí, porque estamos solas y nos hace falta compañía». El hijo volvió a casa cargado de víveres, y dejó el bastón y el rosario en el lugar acostumbrado.

A partir de entonces, el niño no acudió al poblado de las tres mujeres cada viernes, tal como había hecho su padre; sino que iba allí siempre que necesitaba comida: un día a casa de Magida Me Dady, otro día a casa de la anciana Magenna, el siguiente a casa de Mambo Mahaal, y así sucesivamente.

Y un día, cansado ya de ver a las tres mujeres, se levantó por la mañana y despertó a su madre con estas palabras: «Mamá, quiero ir a tu poblado». La madre también protestó: «Hijo, ¿qué te pasa? ¿Por qué quieres ir a un lugar al que nunca te he llevado?» De nuevo la mujer había hablado en vano: el hijo cogió el rosario y el bastón y emprendió la marcha hacia aquel poblado desconocido.

EL RECONOCIMIENTO DEL PRÍNCIPE

Al llegar al riachuelo de *Luba da Budu* se paró un momento a reflexionar: «Aquí es donde murió mi padre». Y, en lugar de cruzarlo, lo siguió hasta la laguna de



Aboba, donde desemboca. Siguió la laguna hasta la playa, y empezó a pasear por la playa. Unas mujeres le vieron: «¿Qué niño más hermoso! ¿De dónde vendrá?» El no les contestó nada y siguió su camino.

Después de caminar durante largo rato, encontró a otros niños que jugaban en la arena. Construían barcos de arena, tal como se hace en Annobón, y se repartían los cargos como si fueran marineros. El chico se paró un momento al verlos; pero enseguida corrió hacia ellos y, situándose en el centro del juego, proclamó: «Me llamo Lohodann, y seré el capitán de este barco».

Los demás niños se extrañaron mucho; pero accedieron a que él fuera el capitán, puesto que era nuevo, aunque era de los más pequeños. El juego se desarrolló con normalidad; y, antes de terminarlo, los niños prepararon bolas de arena para poder destruir el barco. Lohodann les prohibió que las usaran, y el barco de arena fue destruido con las manos. Des-

pués, Lohodann los reunió a todos y les dijo: «Que cada uno de vosotros tome una bola de arena».

Los niños lo hicieron así, aunque ya empezaban a estar furiosos por la actitud arrogante del nuevo compañero. Lohodann les dijo: «Echadme vuestras bolas». Y los niños, deseosos de escarmentarle, le atacaron con todas sus fuerzas. Las bolas golpearon muchas partes del cuerpo de Lohodann, pero éste ni siquiera se inmutó. A su vez, Lohodann empezó a atacar a sus compañeros: lanzaba las bolas de arena sin ningún esfuerzo, y éstas golpeaban severamente a los niños; algunos pudieron aguantar los golpes, otros arrancaron en mil sollozos.

Lohodann se dio cuenta de que se encontraban junto a la casa de la plalabra de *Bassu Hadji*. Reunió allí a todos y los separó: a un lado los que habían aguantado los golpes; a otro lado los que habían sucumbido. Y, una vez seleccionados, ordenó que cada cual volviera a su casa.

Lohodann poseía una gran sa-

biduría; y por eso sabía a qué hora comía el rey, que era su abuelo. Se dirigió al poblado y entró en el palacio en el mismo momento en que estaban llevándole a Hala Manyi su mejor plato. Lohodann cogió la bandeja que llevaba el criado y se disponía a salir cuando el rey le preguntó: «¿O kis twe?» («¿Quién eres?»). A lo que el chico respondió: «Nanker fa fur djime» («Esta casa es nuestra»), y salió del palacio.

El rey ordenó a un soldado que lo persiguiera. Este salió tras el muchacho; y, a pesar de que éste andaba tranquilamente, no podía alcanzarlo. Al llegar al campo de fútbol, Lohodann se paró, dejó la bandeja en el suelo y esperó al soldado; cuando éste estuvo a su alcance, le dio una soberana paliza y le dejó tendido en el suelo. Tras lo cual tomó de nuevo la comida y se dirigió a la cueva de *Basu Haadji*, donde estaba su madre. «Toma, mamá. Te he traído comida de tus padres». La bella *Beedji* la rechazó rotundamente: «Cómetela tú, si la quieres. A mí no me hace ninguna falta».

Al día siguiente, Lohodann volvió a despedirse para volver al palacio del rey. Al llegar a la playa, dijo a los niños: «Mañana vendré otra vez. Pero en lugar de preparar la barca cerca de esta casa de la palabra, la prepararéis cerca de la siguiente, la casa de la palabra de *Plaba Haus*».

Cuando, al día siguiente, volvió, se encontraban en la playa unas mujeres que habían ido allí a hechar la basura. Le preguntaron con curiosidad: «¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Quién es tu padre? Lohodann no contestó a ninguna de sus preguntas y siguió su camino hasta llegar a *Plaba Haus*, donde los otros niños habían construido la barca de arena.

Al llegar allí, se repitió la misma escena de juego y de lucha; hasta que seleccionó de nuevo a un grupo de niños de entre los muchos que habían venido, puesto que la noticia se había extendido. Lohodann no les dijo otra cosa más que se fueran a casa y prosiguió su camino hasta la casa del rey. Al llegar ahí, cogió la bandeja de su manjar preferido y el rey le preguntó: «¿O kis twe?» A lo que Lohodann respondió: «Nanker fa fur djime», sin que Hala Manyi comprendiera lo que le es-

ta ba diciendo, y salió del palacio.

El rey ordenó que le siguieran dos soldados. No le pudieron alcanzar de ninguna manera; y, al llegar al campo de fútbol, corrieron la misma suerte que su compañero. Lohodann prosiguió el camino hasta la cueva de su madre, que nuevamente rechazó la comida de su familia. Y Lohodann, impertérrito, se zampó toda la comida que había traído.

Por la mañana siguiente, Lohodann se dispuso a repetir la misma operación por tercera vez. Se despidió de su madre, y se encontró con los otros niños en una tercera casa de la palabra, la casa de *Vidji Ngaadji*, donde ya habían construido una tercera barca de arena. Después de jugar y de tirarse las bolas de arena, seleccionó otra vez a los muchachos. Y, sin decirles nada, se dirigió por tercera vez, puesto que las cosas siempre las hacía tres veces, al palacio de su abuelo Hala Manyi. Llegó en el preciso instante en que le iban a servir su comida preferida, y cogió la bandeja que un criado estaba a punto de servir al rey.

Este le preguntó: «¿O kis twe?» A lo que respondió el chico con una voz llena de soberbia: «Nanker fa fur djime». Esta vez el rey ordenó a sus soldados que le siguieran, pero que no le tocaran. Al llegar al campo de fútbol, Lohodann siguió su camino, seguido por los guardianes del rey, hasta llegar al lugar donde estaba su madre. En ese momento, los soldados se abalanzaron sobre ellos, les prendieron y les llevaron al palacio del rey para que éste les interrogara.

Hala Manyi se dirigió en primer lugar a Lohodann: «¿Cuáles son tus intenciones? ¿Por qué razón entras cada día en mi casa y te haces con la mejor comida que encuentras?» También se dirigió a la mujer, para preguntarle: «Y tú, mujer, ¿quién eres?» Lohodann, entonces, tomó la palabra: «Esta es mi madre, que también es tu hija; y yo soy tu nieto». Y le narró toda la historia, la de sus padres y la suya propia. El rey, satisfecho por haber recuperado a su hija después de tantos años, preparó una gran fiesta a la que invitó a todo el pueblo. Y todos acudieron a la fiesta del rey por la princesa Beedji.

EL PRÍNCIPE LOHODANN, HÉROE DE LA ISLA DE ANNOBÓN

En el poblado había un viejo que cada día iba al bosque a preparar tope. Subía a las palmeras con un cántaro atado a la cintura. Y el viento hacía que dentro del cántaro se produjera un sonido parecido a la sirena de un barco. Al primer día, el hombre no dijo nada: volvió al poblado y despachó su tope a la gente que lo quiso comprar. Al día siguiente, percibió de nuevo aquel sonido; y, de vuelta a casa, lo comentó con sus vecinos: «Efectivamen-

**«Mientras bebía el agua
que su madre le había
dado, su cuerpo se fue
tumbando hacia atrás...
Su cabeza tocó el suelo
y Lohodann murió.»**

te, también desde aquí se ha oído un sonido tal como el que explicas. Pero parecía muy lejano». Al tercer día, el viento soplabla con mucha fuerza; y a todos les pareció que el sonido era muy cercano. De manera que corrieron a Lohodann para contarle la noticia.

Lohodann volvió a la playa que existe después de la laguna de *Aboba* y reunió a los chicos que había seleccionado: Orde, Olvelu, Dongdumel, Konkudjia, Pep, Antonyi, Ximan, Batyita y otros cuatro: de suerte que eran doce los chicos seleccionados; los cuales, con el propio Lohodann, formaban un grupo de trece muchachos. Lohodann se dirigió a ellos en estos términos: «Ya está llegando el momento». Los chicos no le comprendían: «¿Cuál es el momento que está llegando? ¿Qué ocurre?» Lohodann no quiso darles tantas explicaciones: «Vosotros debéis estar preparados. Cuando llegue el momento, ya os diré lo que tenéis que hacer».

Pasaron unos días. Cada vez aquel sonido se hallaba más cer-

ca; y se oían también otros ruidos. El viejo del tope, desde lo alto de la palmera, divisó de pronto que se acercaba un gran ejército, con muchos hombres armados hasta los dientes. El anciano bajó tan deprisa como pudo y fue a dar la noticia a Lohodann. Este acudió a la casa del maestro *Pudul Taty* y, al llegar ahí, comprobó que lo que decía el viejo era cierto. Reunió a los doce muchachos y, armados con sables, salieron al encuentro de aquella gente hostil.

Al acercarse, se dirigió a ellos preguntando: «¿Quiénes sois? ¿Qué es lo que venís a hacer aquí?» El jefe de aquel ejército respondió: «Hemos venido a hacer la guerra contra vosotros». E inmediatamente se revolvió contra Lohodann que, muy fácilmente, le derrotó. Después se dirigió al lugarteniente, que también fue vencido. Y, al instante, la batalla se generalizó. Lohodann poseía una fuerza sobrenatural, y al cabo del día habían hecho retroceder a aquel ejército, ya fuertemente diezmado, hasta el poblado de *Awal*.

A la mañana siguiente, a las puertas de *Awal* se postraron frente a Lohodann dos mujeres, *Fiip* y *Fililipie*, con estas palabras: «Creemos en Dios, somos cristianas». Lohodann las dejó pasar, y con su doce compañeros prosiguió la lucha contra el ejército forastero, en el que cada vez iban quedando menos hombres.

Ya durante el tercer día, los trece muchachos empezaron a desfallecer. Entonces Lohodann suspiró: «¡Dios mío! ¡Hambre!» Al instante, tanto su estómago como el de sus compañeros se llenaron de comida; sacieron su hambre y su sed y, recuperadas sus fuerzas, provocaron de nuevo el retroceso de sus rivales hasta el naranjo de *Laansa Kwin*. Al llegar allí, los enemigos volvían a ser tantos como el primer día y la batalla se recrudeció. Lohodann y sus compañeros sacaron fuerzas de flaqueza; y el enemigo fue vencido de manera que, al cabo de un tiempo y después de haber avanzado unos kilómetros, ya no divisaron a nadie más.

Subieron una cuesta. Desde allí, Lohodann vio el pequeño pueblo de *Mabana*; y, en él, algo que parecía del tamaño de una ba-

llena. Sus compañeros le preguntaron: «¿Tienes miedo?» «No tengo miedo», replicó Lohodann, y empezó a avanzar tranquilamente. Cruzó el riachuelo de *Luba da Xim* y llegó al pueblo. Entonces se dio cuenta de que aquello no era una ballena, sino un gigante tan enorme que en cada pie llevaba una almohada grande.

El gigante se llamaba Menedji Tublon. Lohodann empezó a dar vueltas en torno a él, y a la tercera vuelta le espetó: «¡Oh, Menedji Tublon! ¡Lavanta tud bos spera dam, fidja du put!» («¡Oh Menedji Tublon! ¡Levántate que te estoy esperando, hija de puta!»). Pero el gigante no le hacía el menor caso. Lohodann se encolerizó por esta actitud, y le repitió: «¡Lavanta tud bos spera dam, fidja du put!» Hasta que, a la tercera vez, el gigante le contestó, despreciándole: «Batoha konkornodjia pa kutyiba bastiya» («Vete a pegarte con aquella cabra»).

Lohodann repitió: «¡Lavanta tud bos spera dam, fidja du put!» Y el gigante, cansado de sentirse insultado, se levantó y extendió el brazo. Sus soldados le pusieron una espada en la mano y le trajeron un caballo. Iba a ser una pelea entre Lohodann y Menedji Tublon. Después de diversas embestidas, el gigante asestó un duro golpe que partió la espada de Lohodann; éste, con sólo media espada y agotado, volvió a suspirar: «¡Oh, Dios!» Y al instante recuperó sus fuerzas y, pegando un salto enorme, hundió la media espada en el cuello de Tublon, cortándole la cabeza. Los soldados del gigante atacaron entonces a Lohodann, quién resultó de nuevo victorioso sobre toda aquella gente.

LA MUERTE GLORIOSA DE LOHODANN

Al llegar la noche, entraron en una casita a descansar. Y sucedió que el gigante a quien Lohodann había dado muerte era hijo de los diablos del mismísimo infierno. Hasta allí llegó la noticia de la muerte de Menedji Tublon. Y la madre, enfurecida por la muerte de su único hijo, decidió vengarse de Lohodann y de toda su banda.

Al filo de la medianoche, la



madre del demonio se dirigió a la casita donde dormían Lohodann y sus compañeros. Abrió la puerta, tras la cual se encontraba Batyita, y con un hierro al rojo vivo asestó un gran golpe al pobre chico, que murió atravesado por la barra de hierro y fuego. Después, regresó al infierno.

Por la mañana, al despertarse, todos los compañeros se extrañaron de que Batyita no se moviera del suelo. Se acercaron y comprobaron que había muerto. Batyita tenía el rostro quemado y un gran boquete en la cabeza. Enterraron el cuerpo del desgraciado compañero y por la noche, también cerca de la medianoche, la madre del demonio volvió a acercarse a la casita. Esta vez era Ximan el que dormía junto a la puerta, justamente donde Batyita había encontrado la muerte. La mujer abrió la puerta suavemente; y nuevamente, usando la barra ardiente a guisa de lanza, dio muerte al infortunado Ximan.

Entre lloros y sollozos, el cuerpo de Ximan encontró también sepultura. Alarmados y atemorizados, los compañeros restantes vieron cómo se acercaba la tercera noche. Lohodann estaba dispuesto a descubrir lo que sucedía, y permaneció al acecho mientras sus amigos dormían profundamente. Al llegar la medianoche, empezó a sentir que la tempera-

tura de la casa aumentaba considerablemente. Lohodann vio los ojos luminosos de la mujer diablo y se dio cuenta de que se dirigía a la casa donde estaban durmiendo. Salió de la cama y se colocó detrás de la puerta con su media espada. La mujer se aprestó a entrar en la casa. Y, cuando levantaba la barra de hierro para hundirla en el cuerpo de otro de los compañeros, Lohodann se abalanzó sobre ella y le hundió la espada en su enorme vientre.

La mujer, sorprendida y herida, emprendió la huida; mientras que Lohodann despertaba a sus amigos para perseguirla. La mujer se defendía con uñas y dientes, y fue retrocediendo hasta llegar a la puerta del infierno, a donde se bajaba por una escalera. Empezó a bajar. Lohodann y sus compañeros continuaron la persecución, hasta llegar al mismo centro del infierno. Lohodann, haciendo uso de su fuerza sobrenatural, rebatió a la mujer contra el suelo y, a pesar de estar en su casa, la venció.

En vez de retroceder y volver a subir por la escalera, siguió por un túnel que había allí dentro. Y, por aquel túnel, llegó a la playa de *Pala Padjil*, desde donde pudo regresar al poblado del rey sin más dificultad. Pero la gente ya no le conocía: «¿Quién es ese chico?» La mayoría de la gente se encontraba en la iglesia, porque era domingo; de manera que el joven Lohodann se dirigió allí. Al entrar en la iglesia, sacó su espada y empezó a matar a toda la gente que encontraba a su paso, excepto a los que acertaban a proclamar su fe en Dios.

Entonces volvieron a aparecer las dos mujeres, Fiip y Fililipie, que decían, «Creemos en Dios, somos cristianas». Las dejó pasar, y continuó matando a quien encontraba hasta llegar al altar mayor. Allí dejó su espada en el suelo, se arrodilló y lanzó un nuevo suspiro: «¡Oh, Dios mío!» Y pidió a su madre Beedji que le diera algo para beber. Ella le trajo un jarro de agua. Mientras bebía el agua que su madre le había dado, su cuerpo se fue tumbando hacia atrás. Y, justamente cuando tomaba la última gota, su cabeza tocó el suelo y Lohodann murió.

Y así termina la leyenda.

Por CIRÍACO BOKESA

El libro del P. Amador Martín del Molino, «Los bubis, ritos y creencias», es el resultado de un gran esfuerzo de investigación, realizada con gran tesón a lo largo de muchos años. Es lo más profundo sobre el universo de los bubis y un libro de obligada referencia para futuros estudios. No es, desde luego, un libro fácil; pero sí merece la pena consultarse, para conocer a un pueblo que tiene un rico patrimonio cultural enraizado profundamente en la cultura bantú. Obra cumbre y clave la llama el autor de este comentario, Ciríaco Bokesa.

M

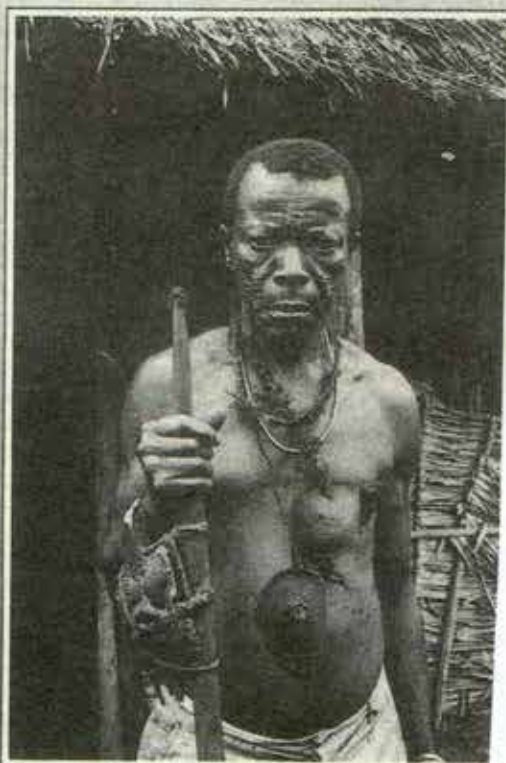
e tiembla en el alma —y con razón— un agua difícil de identificar, al tener que hacer, para los lectores de AFRICA 2000 la presentación de una obra única en su género: *LOS BUBIS, ritos y creencias*, de Amador Martín del Molino.

—¿...?

LOS BUBIS

RITOS Y CREENCIAS

A. Martín
del Molino

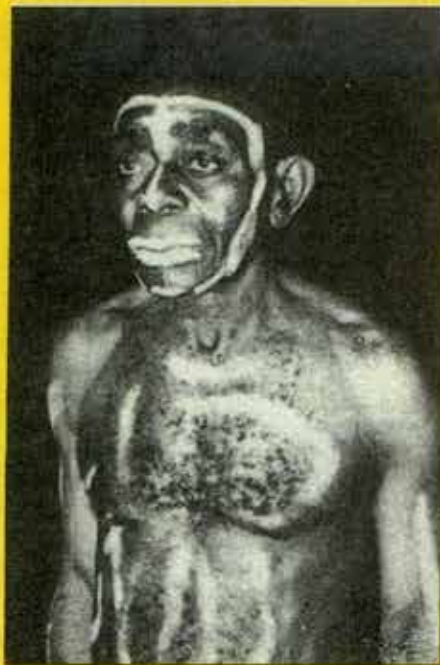



CENTRO CULTURAL
HISPANO-GUINEANO
MALABO

—Muy sencillo: en su día tuve que prologar, y cerrar en un abrazo mental, un cuadro sinóptico la esencia del contenido del libro que nos ocupa. En ese mismo momento, tuve que puntuar por notas a pie de páginas unos comentarios que, al juicio recto y

providencia gracias, c

quién, no vieron la l
Y me tiembla en
—repito— el agua de
a ti, lector exigente, c
das siempre por los
de mi sierra con tu so
terrogativa y quizá
burlona. Porque no s



Dos de los grandes colaboradores en la obra del P. Amador: a la izquierda, Bernabé Eopi, anciano de Batoicopo, sacerdote de Rupé. Abajo, Félix Bioco, hijo del gran jefe Bioco.



Gregorio Bobepari, entusiasta de los estudios de la antigua religión bubi.



ni el autor ni yo tenemos que ver en este asunto. El, en Madrid, escribiendo sus cuartillas, y, yo, en Malabo, ensombrecido por nubes cargadas de lluvias, a pie entre una y otra calle de la vida, camino de la brega.

—¿Puente de unión?

—¡El matadero!

—No. Nuestro único puente de unión es el común hervidero de inquietudes culturales hispánico-africano-guineánico de Malabo: El Centro Cultural, que a fuerza de escasez de voluntarios, echa mano, en sus aprietos, de lo que le viene a mano. Porque los que están cerca,

no se acercan; y los que están lejos, congelan ante el vuelo su ilusión. Una ley, pues, de rudimentaria economía —cual es la del espacio y el tiempo— impone su vorágine sobre las espaldas del mulo menos avezado en trotes de indole público/publicitario.

Y... aquí me tienes, lector, de nuevo, para entregarte no el tomo —¡lo tienes ya!—, sino el lomo sólo en aperitivo, del magnífico arranque de una trilogía, pronósticos inclusive, que se ha iniciado con *LOS BUBIS*, ritos y creencias, y que veo ya cómo un día ascenderá por la ladera izquierda del tiempo/his-

toria (el tiempo va siempre por la izquierda, no se por qué), para luego, otro día, descender por la ladera derecha, la de las palomas de mensajes azules, o rosas o verdes... que es la palabra hecha un haz de identidad comunitaria: la literatura bubi. Amador Martín lo deja entrever, y yo me uno a él sediento de ver cumplido su sueño, con este desvelamiento que es, a su vez, un

«Rupé» es el Creador; «Potó» lo entiendo como el Dios —digno— de gratitud. «Eri», su dimensión gloriosa.

Pronto, entra en escena dinámica y maternal, la respuesta a la obra creadora de Rupé: *Bisila*, la Gran Madre, la como *mujer* de Rupé; pues el bubi concibe en la creación una potencia activa, de autoría, y otra receptiva, pleromática. Ambos son personales. *Bisila* es esa respuesta a la creación, en cuanto que «de ella brotaron en primer lugar todos los espíritus particulares... y por ella la tierra, como energía, es madre fecunda que dio el ser a los hombres, a los animales y a las plantas» (pág. 63-64).

Una vez tejidos en unidad de acción los dos principios vivos y personales de lo existente: Rupé, principio activo, ponente, y *Bisila*, principio activo receptivo, con sus respectivos ejércitos de espíritus, (los *Botoribo*), toca ahora bajar de la esfera celeste —de una y otra de sus riberas— a los *Bochoribo* (personas-espíritus): *Ebio*, *Lombé* y *Chibá*, héroes de origen sobrehumano.

Los héroes humanos son los *Babiaoma*, los *Basosolo* y los *Barakaita*; estamos ante los héroes de una épica que, debido al carácter ágrafo de la tradición literaria bubi, se ha relegado al incógnito mundo del mito.

Los capítulos quinto, sexto y séptimo de esta primera parte son centrales para la comprensión de lo que cabría llamar los fustes de la antropología bubi; es decir, el bubi en sí mismo como ser humano puesto en el mundo por la acción de los espíritus —mmo-oró—, que nace de unos antepasados, que si bienidos, aún están presentes por sus espíritus —mmo-a-táo—, vive bajo la acción solícita del «buaibibo», inserto en una comunidad de seres que recorren juntos el mismo trayecto de vida a distintos niveles y tiempos. Huelga decir que el autor deja bien claro el equívoco de la palabra «mmo». En efecto, «mori-

jadelante!

¡¡Que los «Babiaoma» protejan su «Lotubia» con la infusión del espíritu —¡uff!—, para que, lleno del «bojulá» emprenda vigoroso, como *Chibá*, el camino de triunfos hacia el pico de la gloria: eri!!

* * *

Quinientas redondas páginas; amén del índice, que se apunta otras diez. Y comienza el volumen con un desfile de capítulos repartidos en torno a dos núcleos bien definidos, si bien complementarios.

Los primeros capítulos, bajo el epígrafe de *creencias*, analizan y estructuran la idea bubi de Dios desde la única dimensión aprensible: Ser Creador, sus nombres o mejor, su innombrabilidad; su sede —la bóveda azul— su gobierno y el culto a El debido. Los nombres de Dios:

mó» o «mmo» es un concepto genérico que abarca una larga cadena de específicos, a concretar en cada caso y contexto, y no es reducible a la última de sus posibles interpretaciones: la peyorativa que, en su última escala, recoge el binomio al que suele el vulgo aprendiz agarrarse: diablo o demonio («mmo obe»: espíritu malo).

Esta primera parte — *Creencias*— es fundamental para la recta comprensión de la segunda —*Ritos*—, donde una gama de objetos, ceremonias, lugares sagrados, fórmulas de bendición o rechazo, etc. revelan, en la tradición bubí, la existencia de una conciencia de causalidad eficiente de los fenómenos naturales en dependencia y subordinación de las causas invisibles del mundo del misterio.

Amador Martín del Molino ha llevado a cabo un trabajo de coloso: a la hondura complicada del pensamiento tradicional bubí ha unido la claridad, transparencia y sencillez de un lenguaje inteligible para el lector más profano; a la imbricada serie de los ritos ha unido la concordancia del texto primitivo y su respectiva traducción en un relevo en cadena de secuencias que se aclaran y confirman unas a otras. Y es tal la compenetración, fruto del dominio conceptual de nuestro autor, que casi se diría verle una pizca de intentar convencer al lector no sólo de la veracidad de sus investigaciones, sino incluso de la ortodoxia, en su nivel de pueblo protobantú, de una filosofía bautizable, por su misma estructura fundamental, por el cristianismo. Así se desprende de las «Conclusiones», y así queda proyectado desde la «introducción», cuando Amador Martín del Molino, citando a otros autores que le precedieron, nos dice citando a Boetber: «... Pues bien, no hemos hallado pueblo tan salvaje en su aspecto exterior y tan singular en sus costumbres como el pueblo de Fernando Poo»



Arriba, ceremonia del «lotobia», comida ritual para poder comer la comida de los espíritus. A la derecha, una danza que supone el punto culminante de la convivencia de los hombres con los espíritus. En la otra página casa-capilla del espíritu *Riaco*.



(pág. 20). A quien contradice la expedición del Níger de 1841: «Si este oficial hubiera tenido tiempo y oportunidad, le hubiera llamado la atención la anómala combinación de su barbarie con su especial grado de civilización» (pág. 20). Impresión que comparte Oscar Baumann, siempre desde las citas de nuestro autor, al escribir: «Un famoso viajero e investigador llamó a África el País de los contrastes. Pero hay quizás pocas tribus para las que esa palabra sería tan adecuada como para los bubis, pueblo por un lado tan atrasado y por otro con una mentalidad tan alta y una paz en el país y una justicia popular que le colocan sobre otros pueblos cuya cultura material es más elevada» (ibídem).

Los Bubi, ritos y creencias testimonia esa elevación mental desde los fueros de la idea bubí de Dios y el modo có-

mo el bubí entiende el universo visible en relación con el universo del misterio.

Ese es el mérito de Amador Martín del Molino, y ya nadie se lo arrebata. Su obra es cumbre y clave, y marca el ritmo y abre la puerta al sol de la verdad en los campos de la investigación sobre lo bubí.

Hemos creído de interés para el lector de la obra que comentamos, y por expreso deseo de los editores de AFRICA 2000, incorporar a esta presentación las notas que en principio anunciamos y que se hicieron para los pies de página de *Los Bubi, ritos y creencias*.

1. OPUA. (Pág. 35-36) Es arriba, pero en sentido más bien horizontal. En sentido perpendicular, arriba es Oboo. Más aún; opúa, conlleva el significado de sur. En este sentido, el pico está opue («arriba en el pico», por ejemplo), pero no «arriba en



del cielo, que es, como hemos dicho *oboó* (*oboó* o *lobako puá*: «arriba en el cielo encima», traduciríamos). Por eso acierta el autor, dado que el pico se supone lugar de residencia de los espíritus, y, en definitiva, de Dios, *Rupé*. El pico viene a ser, por tanto, signo natural de la misma «piedra azul», bóveda azul, del cielo.

2. «**POTO**». (Pág. 38) Un poco gratuito me parece hacerlo derivar del portugués; si bien el autor explica coherentemente las razones de derivarlo del portugués, más fácil sería para el mismo *bubi*, que se derivara de una palabra muy *bubi*, respuesta al saludo y agradecimiento por los dones recibidos, en especial los espirituales. Esta palabra es *potoo*, que, analizada semánticamente, vendría a ser trasunto de la expresión «*po-to* o *ó* («éste es Dios»), el don. Ahora bien, una expresión tan de uso corriente como es dar las gracias, no puede derivarse de una palabra que supone la presencia de la colonización portuguesa, por muy de largo que haya venido en el tiempo.

3. **ERI**. (Pág. 36) *Eri*, con acento en la «i», significa, literariamente, humo. El primer nombre de la isla, el que debieron darle los primeros inmigrantes en ella, al descubrir desde la costa camerunesa —posible punto de origen de los *bubis*, según los etnólogos y prehistoriadores—, una señal de vida, el humo, signo natural del fuego. Era, seguro, el volcán en erupción,

del pico. Apenas llegados a feliz término, ya en la isla, debieron llamarla la isla del **HUMO**, **ERI**. Por ende, el humo providencial que les guió pasaría a ser un signo visible de la protección del espíritu; de Dios, en definitiva. De ahí parte el que el pueblo *bubi* llame con la palabra «*eria*» el conjunto de vidas humanas unificadas en un lugar y espacio comunes: el pueblo.

1. **LOBAKOPUA**. (Pág. 39) Al pie de la letra significa *encima del cielo*. *Rupé*, Dios, no está en el cielo, no; está *encima*. De aquí se desprende que «*lobako*» es, como ya señala el autor, el firmamento, la bóveda azul. El concepto del cielo de la teología cristiana estaría mejor «*o ommo*», por muy raro que parezca.

2. **RIJATA**. Asamblea, dice A. Martín del Molino. Bien, pero con un matiz propio. Yo lo traduciría por *consejo*. En efecto, la raíz «*ri*» encierra en *bubi* una riqueza de significados muy profunda, que giran en torno a la idea de conjunto unido, algo compacto en torno a una línea de valores concretos, definidos. Por ejemplo: «*rijele*», amor; «*rijuá*», *cartucho*, *envuelto*, *paquete*; «*riuá*», suerte; «*rijué*», familia; «*rikupí*», oído; «*riboló*», rencor; etc...

A la irrepresentabilidad de Dios para el *bubi*, sigue la irrepresentabilidad de todo espíritu y de todo lo espiritual. Sólo los espíritus malos, y en casos raros, se aparecen a los hombres. Tal vez por

ello, las artes plásticas, y en especial, la pintura y mucho más la escultura, es apenas conocida por los *bubis*, a diferencia de los demás pueblos del continente africano.

A BARIBO BA PURI O OMMO BALEKA ALOKO LAMMA. (Pág. 42) Es un dogma *bubi*, cuya mejor traducción sería ésta: *Los espíritus procedentes del ESPIRITU velan por todas las cosas*.

BOETCHA, KARICHOBO, ROJIA. (Pág. 56) Estamos ante tres palabras de honda significación en la tradición cultural del pueblo *bubi*.

1. **Boetcha**. Una especie de casa de campo. Lugar de refugio fuera del hogar familiar, bien sea en la finca, bien sea en la playa. También los espíritus tienen su *boetcha*.

2. **Rojia**. Es propiamente el lugar del culto.

3. **Karichobo**. Es la casa-domicilio, por vía matrimonial; es la casa de la madre, y por extensión, de todos los que son consanguíneos por línea materna. Su importancia entre los *bubis* es tal, que consanguíneos de línea paterna pueden unirse en matrimonio; cosa que jamás se consentiría a los consanguíneos matrilineales. Se enojarían los espíritus por tal profanación de la tierra y su fecundación, de la que es trasunto y signo la mujer.

REY DIKUASA. (Pág. 56) Resulta enigmático el que *Dikuasa*, tal como suena hoy, aparezca como rey *bubi* del pasado, por ser extranjero y no originalmente *bubi* el nombre. Probablemente debamos transformar el nombre. *Rikuése*, por ejemplo, o *Rikuasa*. Teniendo en cuenta el modo como el *bubi* pronuncia la «d» y la «r», cercana a una vibración de la lengua («*rioko*», por *dioko*; y al revés, «*dinero*», por «*ri-nero*», etc.) podemos conjeturar que la *D* de *Dikuasa*, debió ser una *R*, que los ingleses transcribieron en la enigmática «*D*».

LOS BARI BE EBIO (Pág. 97) Son siete vírgenes. Aún hoy se reconoce en Basuala la

piedra sobre la cual faenaban con el palmiste.

(Pág. 159) No se concreta con qué, dónde, por qué, a *mmo-óro*: No se sabe si el espíritu que se dirige a Dios a pedirle semilla humana ha de ofrecerle algo. Traer algo nuevo es ya comprar y precisamente antiguamente el motivo más común del mercado *bubi* era pedir semillas o tubérculos para plantar» (161). Por eso cuando de una unión ilegal o no querida por los parientes de los afectados nace un fruto, el *bubi* calla ante ello, para no oponerse a algo que los mismos espíritus han llevado a la consumación.

EBETA. (Pág. 199-200) Conjuración de enemistad por causa grave o leve, pero ciertamente fuera de todo chanco; sellado con la voluntad expresada en la palabra «*ebeta*», adquiere rango cultural, y es de difícil superación a menos que se recurra a los espíritus que fijarán los ritos conducentes a borrarlo; pese a todo, queda siempre entre las personas afectadas la imborrable huella y cicatriz de aquel sello.

ABBA (SUR), APPA (NORTE). (Pág. 278) Quiere decir «dos». *Riabbá* o *Riappá* es la región situada al sur de la isla de Bioko, donde tenían su poder político-sacerdotal dos hermanos. Por extensión, *Abbá* llegó a ser el nombre de aquel hermano que ostentara el máximo poder sagrado. **ELODYI y BOJIAMMO**. (Pág. 292) Difícil de fijar las fronteras que señalan estas dos palabras tan hermanadas como cuasi sinónimas. Con el mayor respeto a la distinción que sugiere el autor, creo que en resumen sólo queda claro el concepto al darle su interpretación actual: que son indistintos. Pese a todo, cabe puntuar: el «*bojiammo*» es un término genérico que designa a todo aquel que ejerce profesionalmente la función profética; mientras que el término «*elodyi*» designa al individuo concreto con respecto al *concreto espíritu* en cuyo nombre y bajo cuya acción

ejerce la función profética. El «bojiammó» capta el aspecto social del servicio a la comunidad; el «elodyí» revela el aspecto de dependencia en relación al espíritu bajo el cual se actúa.

MOE (SUR) BOE (NORTE). (Pág. 117-118 y otras). No es exacto que siempre coincida con espíritu maléfico.

«**ES PELO DEL DIABLO**». (Pág. 359). No sólo es superficial la visión del P. Pereda. Los primeros misioneros, con eso de que escribían para hacer sensacionalistas su heroico quehacer entre los negros, iban muchas veces más a hacer gracia que a reflejar la verdad que presumían saber. La expresión que cita A. Martín del Molino, en bubi tiene una traducción hasta poética: «*Es el vello del espíritu*».

(Pág. 361) El cuello y los brazos son los lugares preferidos por los espíritus para colocar objetos simbólicos de defensa, protección o señal de pertenencia al espíritu del que se trata. (1)

ICHONOTOPE. (Pág. 410-411 y 474). *O topá* = atar. Es el *chono* un fruto silvestre, que nace probablemente de una mazorca o tal vez de una enredadera. (No hemos podido dar con el verdadero qué; pero debe descartarse la interpretación del autor al referirse al «topé» = vino de palma, que el autor conoce como *bau*, y que en otra parte ya señala el autor.

Y ya está bien de aperitivos, amigo lector. Pasa al banquete de compartir a la mesa del saber —en su doble sentido de conocer y saborear— algo nuevo y definitivo, pero abierto, sobre un pueblo tan desconocido, el pueblo bubi, leyendo a Amador Martín del Molino en su obra, pionera por demás *LOS BUBIS, Ritos y Creencias*. Léelo, y verás qué de aires puros y qué de rosas te llenan los ojos y el alma.

C.B.N.

(1) **LOBERI** (Pág. 404). Traduce «cántico», «sonata»; y no «danza», que es *Lobileri*.

ÚLTIMAS PUBLICACIONES DE «EDICIONES CENTRO CULTURAL HISPANO-GUINEANO»

«**E**DICIONES Centro Cultural Hispano-Guineano» va llenando poco a poco el vacío editorial de Guinea Ecuatorial. Los títulos, ahora brevemente reseñados, ven a la luz en el marco de los programas de Cooperación entre España y Guinea Ecuatorial. Se trata de títulos con contenido diverso, a los que seguirán otros, algunos ya en proceso de edición en la moderna imprenta del Centro Cultural Hispano Guineano de Malabo.

«Ediciones CCHG» va consiguiendo paulatinamente su propósito, y con una gran calidad editorial. Se trata de ediciones *no venales*, cuya primera misión es la de servir de apoyo a los programas de Cooperación, sin olvidar la función divulgativa de algunos textos entre los estudiosos e interesados en el mundo africano en general y guineoecuatorial en particular.

Así, hay títulos como *LOS BUBIS: RITOS Y CREENCIAS, EL ESPAÑOL DE MALABO*, de alguna manera *GUIA DE PLANTAS MEDICINALES DE GUINEA ECUATORIAL*, cuya función excede el estricto marco de Guinea Ecuatorial, pudiendo interesar a un público diverso, de aquí y de fuera de Guinea.

El cuento ilustrado titulado *EL TAMBOR* o el *CURSO DE LENGUA FANG*, aparte de poder interesar a los antropólogos aquél y a los filólogos uno y otros, de dentro y fuera de Guinea, van destinados más directamente al lector o estudioso guineoecuatorial. El *TAMBOR*, al margen de su interés filológico, pretende deleitar en español con un cuento tradicional fang, bellamente ilustrado a todo color por Eva Alcaide. El *CURSO DE LENGUA FANG* es una gramática de la lengua fang, realizada con rigor científico y con-

forme a las modernas teorías filológicas; libro de difícil edición, pero con excepcional resultado por su cómoda utilización como manual de aprendizaje de dicha lengua.

El resto de las publicaciones forman parte, más directamente, del material de apoyo al desarrollo de los programas de Cooperación. Así el *MÉTODO DE LECTOESCRITURA DEL ESPAÑOL (LIBRO DEL PROFESOR Y LIBRO DEL ALUMNO)* y el libro de *BUENOS DÍAS* (2.^a edición) van destinados a la enseñanza del idioma español, con textos, ilustraciones y fotografías en color, y adaptados a la realidad sociocultural guineoecuatorial. El libro *EL BOSQUE DE GUINEA ECUATORIAL* pretende ser un libro de apoyo, casi un libro de texto, para uso de profesores de Ciencias Naturales, principalmente; este libro es una pequeña guía, con ilustraciones y fotografías en color, de la flora y fauna de la naturaleza de Guinea.

Teniendo en cuenta que, hoy en día, la primera causa de mortalidad infantil en el mundo es la deshidratación y otros males secundarios producidos por las numerosas diarreas (60 días al año de media por niño), la publicación de *LA CANCIÓN DE LA DIARRREA* es una esperanzadora aportación de «Ediciones CCHG» a la solución de este grave problema. Libro de gran tamaño (50 x 70 cms.), transformable, al abrirlo, en autotrípode, servirá a los Agentes Primarios de Salud para difundir la educación sanitaria. Se compone de treinta láminas a todo color y se acompaña de folletos y diapositivas con el mismo contenido pedagógico.

SALVADOR VARA ZANCA

SALVADOR DALÍ



NOVELISTA

DESPUES de Picasso, Dalí (1904-1989) es el pintor más famoso del s. XX, aunque no sea el más estimado. Ello se debe a su innegable talento para la publicidad (por la creación de su mejor obra: el personaje de su propio yo público, surrealista, excéntrico, provocador, hilarante) y por sus extraordinarias dotes de pintor (no sencillamente surrealista, ya que del Dalí pintor lo que más interesa es la concepción y el dibujo, esto es, su combinación de motivos pluscuamsurrealistas (oníricos, imaginativos, premonitores) y la fasci-

nación de una técnica depurada académica, siempre figurativa (compleja de interpretar, subyugadora para el espectador). En definitiva, lo que ejerce el mayor poder de atracción es la idea daliniana expresada en unas imágenes que proporcionan a la pintura un nuevo campo de experimentación¹.

Salvador Dalí se ha mostrado casi siempre discolo y habilidoso, porque tras su mofa y su burla a los convencionalismos hay toda una filosofía práctica de integración y éxito en la sociedad consumista del capitalismo. Su cinismo

La personalidad de Salvador Dalí superó todos los límites como hombre y como pintor. Menos conocida es su dimensión literaria, a pesar de que él mismo dijo que era mejor escritor que pintor. Quizá sea una exageración; pero esta novela de «Rostros ocultos» ayuda a profundizar en el mundo daliniano y a desvelar algunas claves que aparecen en su obra pictórica. Dalí fue lo que quiso ser, con la particularidad de que, además, era un genio. Y una novela suya no podía ser como las demás.

Por JESUCRISTO RIQUELME

está compuesto de grandes dosis de humor y sinceridad (llegó a ser incluido en la *Antología del humor negro* por Breton): en efecto, su egoísmo y su megalomanía le hacen afirmar: «A los 6 años quería ser cocinero. A los 7 quería ser Napoleón. Y mi ambición ha ido aumentando sin parar desde entonces». No obstante, su exhibicionismo y su ambición no deben permitirnos hablar de fraude: sería preciso para analizar el personaje y su personalidad acudir al psicólogo y al sociólogo.

El propio Freud sucumbió ante la avalancha de Dalí: «Nunca he conocido un espécimen de español más completo. ¡Qué hombre más fanático!». No se han escatimado elogios hacia nuestro pintor de Figueras por su relevancia en el arte del fin de milenio: «Ha sacado a la superficie los monstruos del subconsciente, ha hecho un despliegue de delirante fantasía que es alucinarite», ha sabido plasmar «complejos que antes había expresado con tanta violencia y justeza».

Ahora bien, la característica más sobresaliente de Dalí ha consistido en erigirse en el artista polifacético de mayor renombre del novecientos. Su trayectoria supone un repaso a través de la vertiginosidad de los «ismos», de la variedad de las siete artes, en una sorprendente síntesis (y simbiosis, las más de las veces) entre el clasicismo y la vanguardia. Hablar de Dalí es hablar de la historia del arte del s. XX y además del XIX y además del XVII y también del medioevo: Tanguy, Vermeer, Velázquez, Leonardo, Rafael o El Bosco, en pintura; pero Disney, Dante, en cine o literatura: «Me complemento no solamente con la literatura, sino con mis bastones, mis adornos, con todo lo que forma el resto de mi personalidad. Hay que conocerme en la totalidad de mi manera de ser para darse cuenta de qué va el personaje. Es esencial el mito. He dedicado toda mi vida a hacerme un mito». Pero en esta ocasión lo que nos mueve a tratar de Dalí, en merecido homenaje, es su vertiente literaria, oscurecida por la sombra de su fama de pintor. F. García Lorca, su gran amigo, ya predijo que Dalí estaba destinado al cumplimiento de una misión literaria, y sugirió que su porvenir reposaba, precisamente, en la novela pu-

ra. Adelantemos algunos datos que ayudarán a comprender mejor sus escritos.

DALÍ, ALMA ANGELICAL

El ambiente familiar recae sobre Dalí ya seis años antes de nacer (hasta ahí llega la originalidad de nuestro egregio personaje): cuando nace su hermano, también Salvador; al morir éste, se le bautiza con el mismo nombre: él será no él sino lo que no pudo ser su hermano, confiesa. Desde el día de su nacimiento (Figueras, Gerona, 11 de mayo de 1904) se deja sentir en Dalí el peso último, afectivo e ideológico de su entorno familiar y del paisaje que lo envuelve: el Ampurdán. Ello se plasmará en su vida y en su obra, en su modo de pensar y de actuar. Las paradojas y las ambigüedades forjarán su carácter: frente al escepticismo de su padre, notario de ideas librepensadoras, convivía el catolicismo ortodoxo de la madre; así, si primero acudió a un colegio donde su maestro, reloj en mano, demostraba la inexistencia de Dios (porque ante su desafío, no destruía el reloj en 5 minutos), después asistió a un colegio de frailes.

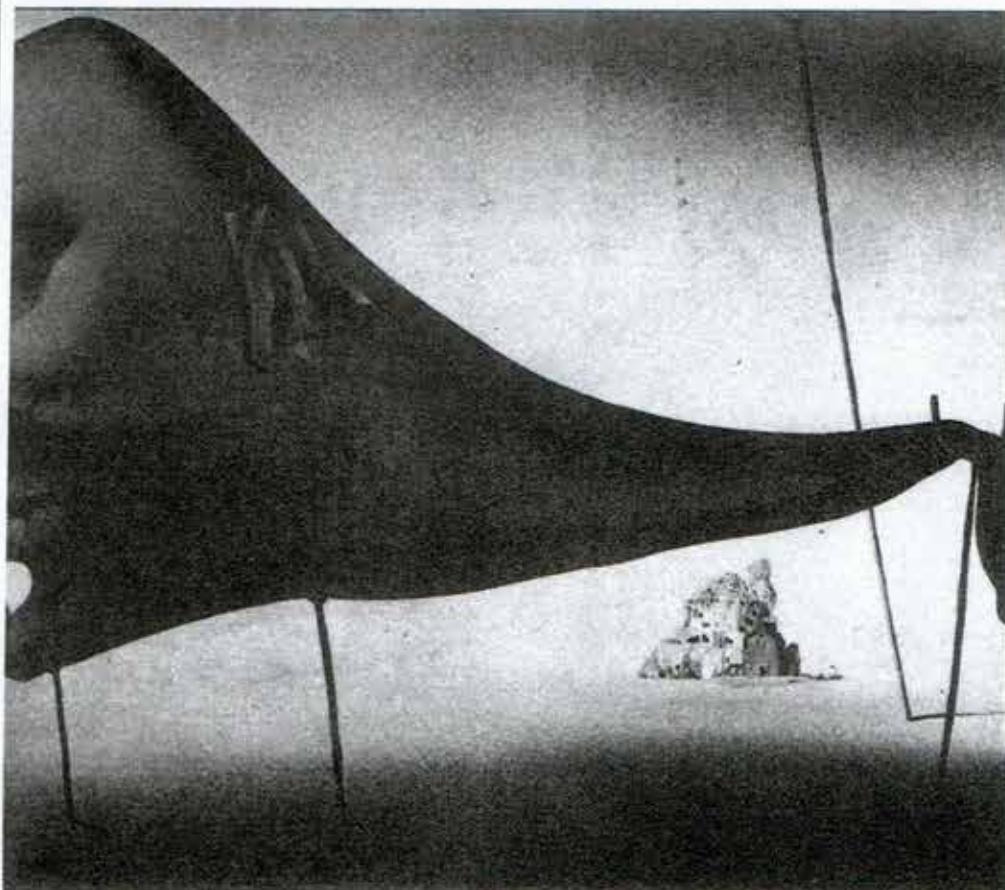
Muchos episodios de su infancia y de su juventud aparecen recreados en la *Vida secreta de S. Dalí*, autobiografía en que incluso lo simulado, lo exagerado o lo tergiversado maliciosamente es tan rabiosamente chocante que no deseamos pensar que no fuera verdadero.

Con todo, siempre se ha destacado la natural timidez de Dalí junto a sus actitudes exhibicionistas de un humor delirante. Ya desde niño mostró un talento inusual y una desbordante imaginación para llamar la atención sobre él y conseguir despertar tal expectativa que todos estuvieran pendientes de lo que hacía o iba a hacer: p. ej., en el colegio, ocasionalmente, cambiaba monedas por otras de menor valor. (Es fácil imaginar al resto de compañeros a su alrededor esperando tamaña locura en cualquier momento). Pero, aunque este exhibicionismo estaba exento de agresividad externa, sí manifestó ya desde joven ciertos impulsos masoquistas como la complacencia que experimentaba al precipitarse por la es-



calera del colegio y caer bruscamente; la satisfacción por lo incierto era tal que no se rendía a la tentación de repetirlo de vez en cuando. (De nuevo la expectativa).

Su enigmática personalidad se debatirá siempre entre el histrionismo y la contradicción; su natural tendencia megalomaniaca creará una imagen desorbitada de sí mismo. No soporta, pues, pasar desapercibido, y ello implica excentricidades y situaciones límite constantemente. Frente a la exquisitez de un dandy y al buen cuidado en su casa con una asistente, rodeado de mujeres, pronto alterna —en el sentido contestatario de «épater au bourgeois» con luengos cabellos y largas patillas, insólitos atuendos, etc. en la Residencia de Estudiantes en Madrid; o cuando en Londres, 1936, pronunció una conferencia vestido de buzo y está a punto de asfixiarse; o cuando en París, 1958, se presenta con una barra de pan de doce de metros para su coloquio; o cuando en 1970 se lanza a los medios de comunicación de masas con sus declaraciones explosivas como calificar al Genera-



Franco y al pintor Velázquez como «el colmo de la calma», o en 1971 dejar caer que «los reyes no son monárquicos» o anunciar la peregrinación «hippie» a Santiago de Compostela con John Lennon a la cabeza.

Todos estos detalles serán importantes para entender su vida y su obra, y sobre todo para captar la esencia última de la novela que nos incumbe, *Rostros Ocultos*, de 1944. En la realidad (psicoanalista) más profunda, todos sus actos son «una búsqueda de sí mismo o una reacción de violenta afirmación personal que tiene un fondo de autodefensa». Ello se vislumbra en las obsesiones recurrentes de sus cuadros: a la idea de la homosexualidad y la castración de sus primeros años de pubertad y juventud, sucede la de impotencia al conocer a Gala, a sus veintidós años. Además, en su egoísmo exhibicionista cuando está en Madrid y pronto en París y más tarde en Estados Unidos, subyace una latente nostalgia del paraíso perdido que para Dalí supuso sin duda esos instantes de la regalada vida infantil llena de mimos y atenciones de las mujeres de ca-

«El sueño» (1937). Las muletas que sujetan el rostro son un símbolo del apoyo y la seguridad que necesita; si un día le falta el apoyo de una persona, puede tenerlo en un objeto.

sa, como afirma Antonio D. Olanó; el anhelo del claustro materno (de lo confortable y protegido), del paisaje envolvente y cautivador de Port-Lligat: el éxtasis de la calma. Y a pesar de que en alguna etapa de su vida (irreverente y blasfema) repudiara la religión, pronto dejará de renunciar al paraíso católico, aunque sólo fuera por su sed de infinito. (Unamuno ya lo había sentenciado: «Dios es una necesidad del hombre»).

Prueba del amor hacia su madre representa el gran dolor al morir ésta, cuando Dalí cuenta sólo 17 años. En la *Vida secreta* expresa con una emoción en la que su desgarrada pena interior recuerda pasajes anteriores de la famosa «Elegía a Ramón Sijé» de Miguel Hernández: «La muerte de mi madre me sorprendió como una afrenta del destino —una cosa así no podía ocurrirme a mí, ¡ni a ella ni a mí!—. Sentí en el centro de mi pecho crecer sus ramas gigantes al milenario cedro del Líbano de la venganza. Con mis dientes apretados de tanto llorar, me juré que arrebataría a mi madre la muerte con las espadas de luz que algún día brillarían bru-

talmente en torno a mi glorioso nombre». Las conocidas muletas de los cuadros dalinianos no representan otra cosa que la salida a su necesidad subconsciente de apoyo y la seguridad que le ofrece el hecho de que si algún día le falla el apoyo de una persona puede tenerlo en un objeto.

De la despreocupación de lo fútil o vacío de la existencia materialista, debido a una plácida vida asegurada en familia, Dalí pasará dificultades económicas durante los primeros tiempos de Gala, al final de los 20; sin embargo, jamás escatimó los ambientes caros y las generosas propinas. Quizás de esta penuria proceda su inmediata obsesión por el dinero que le hizo ganarse tantos enemigos como el propio Andrea Breton que lo bautiza con el anagrama de AVIDA DOLLARS, tras marchar Dalí en 1940 a Estados Unidos al estallar la II Guerra Mundial.

DALÍ, PREMONITOR: EL DIVINO

Entre las genialidades de Dalí cabe destacar una: su carácter profético, al que pronto sumará su parcela de extraño catolicismo externo (superficial, casi exhibicionista). El genio estriba en adelantarse a la historia, no en copiarla. Redordemos, en este sentido, su cuadro «Premonición de la guerra española», titulado así antes de iniciarse el conflicto *incivil* español de 1936.

En 1921 ingresa Dalí en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando en Madrid, de la que es expulsado en dos ocasiones. (La segunda y definitiva por considerar de modo airado que el tribunal que le examinaba era incompetente sobre el tema que él debía defender: Rafael, uno de sus favoritos). Se incorporó en la Residencia de Estudiantes al círculo de L. Buñuel, F. García Lorca, Rafael Barradas, Pedro Garfias, etc., y en 1928 fue elegido miembro de la Academia de Bellas Artes.

Conoce a Breton en 1928 y se incorpora al surrealismo. Como definición más popular del efecto surrealista se ha estudiado la valoración —de fuerte simbolismo erótico— de Lautréamont: «Tan hermoso como el encuentro fortuito entre una máquina de coser y un paraguas sobre una mesa de

Dalí

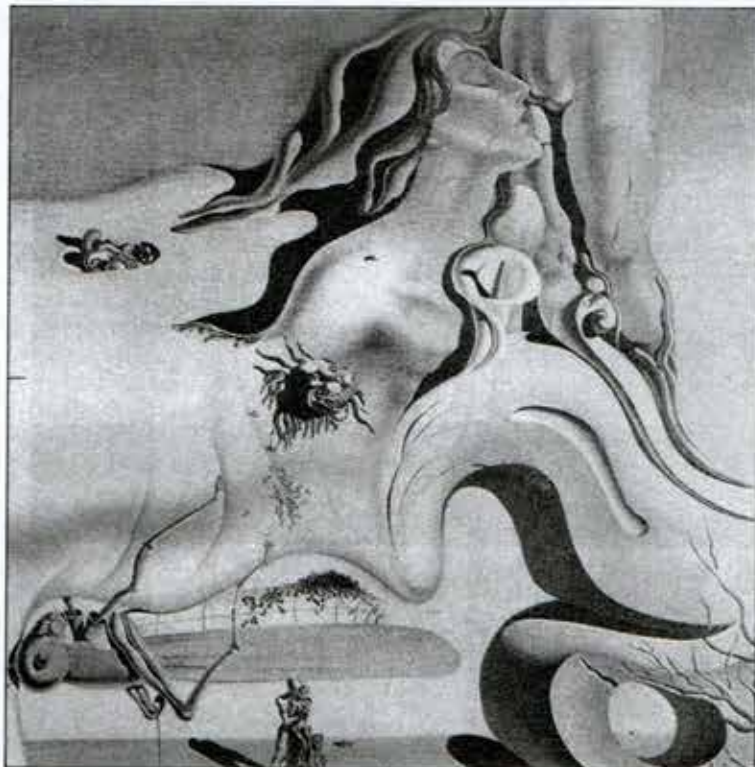
NOVELISTA

diseción». En abril de 1928 (*El Gallo*, nº 2) publica Dalí el «Manifiesto antiartístico catalán» (el *manifiesto groc*, firmado también por L. Montanyá y S. Gasch): «Junto a una fuerte dosis de futurismo —comenta D. Ades—, en sus líneas latían todavía los ecos del dadá, del ultraísmo— movimiento que tuvo corta vida y de *L'Esprit Nouveau*. Las máquinas, se afirma en él, han revolucionado el mundo, pero la mayoría de los artistas y escritores no han sabido responder a la nueva sensibilidad; las ferias automovilísticas y aeronáuticas son más dinámicas y vivas que las exposiciones de pintura paisajística, y lo que en realidad debería estar formándose es una «inteligencia posmecánica». El cine, el boxeo, el jazz, la luz eléctrica, el gramófono y las cámaras fotográficas han sustituido al arte decorativo, lírico, tradicional o folklórico».

Ya a fines de 1929, le sobreviene el descubrimiento del psicoanálisis que incorpora Dalí sin freno al surrealismo. En especial le subyuga lo que se relaciona con la libidinosa postura ante el sexo en cuanto a aberraciones y perversiones se refiere.

Las dos corrientes surrealistas de los años 20 fueron el automatismo y los sueños narrados, vinculados a Freud. Breton definió el primer término: «Automatismo físico puro, por el cual se pretende expresar, sea verbalmente, sea por escrito, la esencia netamente real del pensamiento; el pensamiento transcrito en la ausencia de todo control ejercido por la razón, y al margen de toda preocupación moral o estética». Con los sueños y el monólogo del paciente durante el psicoanálisis pretendía Freud acceder a las áreas ocultas de la mente humana. Dalí anula visual e imaginativamente ambas corrientes (sueños narrados y monólogo libre); más tarde, admitirá (como surrealista pero sin adscribirse al grupo) la intervención de lo que podríamos llamar la transposición poética del subconsciente más puro y del instinto más libre, en clara sintonía con lo que el surrealismo oficial valoró del médico vienés: la liberación de la imaginación y la importancia del inconsciente como fuente inagotable de imágenes poéticas.

En el momento en que el auto-



matismo, como esencia de los surrealistas, ya perdía fuerza, Dalí lo revitalizó con su aportación más personal, el *método paranoico-crítico*, ya perfilado en el invierno de 1929-1930; consiste en el «medio espontáneo de conocimiento irracional, basado en la asociación interpretativa crítica de los fenómenos delirantes», es decir, la relación entre la percepción y los estados mentales (deseos, complejos, frustraciones, ansiedades...). Su versión más nítida y popular es la de ver imágenes ocultas sobre otras imágenes más inmediatas o intuir, ¡conos concretos en objetos naturales con formas azarosas (nubes, manchas...). La pasividad del automatismo, sentencia Olano, se vio enriquecida y desplazada en Dalí por el delirio de interpretación, reforzado por la participación crítica de la inteligencia.

Gustaba decir a Dalí que «la única diferencia entre *mi* y un loco es que yo no estoy loco». En 1952, aún Breton sostenía que Dalí no se servía del psicoanálisis para solucionar sus (muchos) complejos y obsesiones, sino para explotarlos en profundidad y plasmarlos con la mayor riqueza de detalles posible. Dalí, siempre de acuerdo con la tesis de Lacan, 1932, aplica el concepto de *paranoia* no entendiéndolo como com-

plejo de persecución sino como locura razonadora. Una nueva anécdota: cuando, en 1939, en la Feria Mundial de Nueva York le impiden que coloque en la entrada principal una reproducción gigantesca de la *Venus* de Botticelli con cabeza de pez, profirió por escrito su «Declaración por la independencia de la imaginación y de los derechos del hombre a su propia locura» (en clave de transparente parodia de la Declaración norteamericana de los Derechos Humanos).

En 1934, acusado de fascista, de inclinado en exceso al dinero y porque sus formas pictóricas eran demasiado tradicionales, es expulsado del grupo surrealista. Y no es que le importe sobremanera, «porque el surrealismo es él». Ya dejó sentado, por otra parte, 1951, al iniciar una conferencia en el Teatro María Guerrero de Madrid, que «Picasso es comunista, yo tampoco». En 1948 se produjo la ruptura total con el surrealismo. Desde 1936, en efecto, Dalí muestra una sospechosa indiferencia ante lo político y lo social, y adopta una postura nada revolucionaria (frente al surrealismo que Breton pretende conducir e identificar artísticamente con el comunismo), redescubre España y el clasicismo, adora la forma y adopta una posición sobre todo desde

1942 cada vez más reaccionaria (aunque él mismo se declarara apolítico). Se convierte religiosamente y pasa —de ser un no creyente irreverente— a exteriorizar una actitud conservadora muy próxima a la Iglesia. De 1951 data su «manifiesto místico». No es de extrañar que se le tachara de integrado, colaboracionista y oportunista durante el régimen del General Franco en España.

OPERA OMNIA DALINIANA

La obra artística de Dalí es inmensurable (y ello ha propiciado lamentables fraudes). Dalí ha empleado cualquier manifestación expresiva para aflorar su genio y exteriorizar catártica o provocadoramente sus motivos estéticos. Ha participado de la poesía, de la novela, del ensayo, del guión cinematográfico, de la ópera, ha pintado y modelado, diseñado joyas, adornos y objetos surrealistas, decorado teatro y ballet, ilustrado libros, ha hecho incursiones en la publicidad y en el cine. Una personalidad artística más polifacética no se ha conocido en la historia de la humanidad.

Entre sus maestros de *pintura*, después de Juan Núñez, destaca Fortuny, amigo de la familia, que contamina de su estilo al neófito: barroquismo poblado de motivación subconsciente. Dalí convulsionará y retorcerá o estilizará sus figuras pictóricas bien por medio de un hiperbolizado manierismo barroco bien implantando el más puro realismo fotográfico, común objetivo estético constante: la sorpresa en la novedad. Pero más que los pintores le influyen sus lecturas (de la biblioteca paterna): Voltaire, Nietzsche preparan la asimilación temprana de Freud y establecen la base de su fecunda facultad literaria. «Los pintores de ahora... escribimos porque no somos buenos pintores —confesaba a Antonio D. Olano—. Ya Picasso decía que él pasaría a la historia como *famoso escritor español que, además pintaba*». Solana dejó unos preciosos escritos; Goya escribía; Manuel Viola también; Buero Vallejo abandonó la pintura por el teatro...

Ciertamente, Dalí siempre ha sostenido que le era indiferente expresarse mediante el pincel o la pluma. Y con ambos instrumen-



tos fue prolífico: desde 1927 a 1930, p. ej. publica al menos un artículo mensual. A lo largo de su dilatada vida ha dejado escrito casi tanto como pintado.

Si las primeras telas se fechan en 1913 (el primer autorretrato data de 1914), los primeros escritos salieron a la luz en 1918 (con sus exiguos 14 años) en la revista *Studdium* editada por él y otros amigos en papel de embalaje: se trataba de estudios sobre los grandes maestros de la pintura. Después de su primera exposición individual (1921, Galerías Dalmau de Barcelona), prepara los decorados para la pieza teatral de F. García Lorca, *Mariana Pineda* (1927).

Pasemos revista a continuación a algunos títulos del Dalí escritor, poco conocidos en general por el público, para concluir centrándonos en la novela de 1944 *Rostros Ocultos*. Obviando las numerosas incursiones ensayísticas en artículos dispersos, resaltamos la prosa narrativa, la poesía, el teatro y los guiones para el cine, el ballet y la ópera. Dalí publicará en varias lenguas: castellano, catalán francés o inglés como *editio princeps*.

De 1927 (*L'Amic de les Artes*, n.º 20) son «Dues proses: la meva amiga i la platja y Nadal à Bruselles». Gala se une a Dalí en 1929 y permanecerá con él hasta su muerte (10-6-82) como musa ins-

Retrato de su hermano, que se llamó Salvador. A Dalí se le puso el nombre de su hermano, que falleció de niño. Dalí será no él, sino lo que pudo ser su hermano. En la otra página, detalle de «El gran masturbador».

piradora; le ayuda en la ordenación de las notas para confeccionar entre 1929 y 1930 *La femme visible*, libro de poemas con ilustraciones, muy exaltado por los surrealistas, en el que anuncia Dalí que transformaría el mundo con su «actividad crítico-paranoica». Este poemario de tremendas y espectaculares distorsiones fue presentado así por Georges Hugnet: «La poesía de Dalí es tan impresionantemente auténtica que desconcerta a cualquiera. Es una especie de confesión a lo largo de la cual el poeta describe su amor, sus delirios y sus obsesiones. Libre y violenta, se ciñe a la más clara expresión, la exteriorización de los deseos (...) Sus poemas ponen un marco a sus anécdotas, dan a conocer sus anhelos, reflejan sus sueños y juegan con un completo simbolismo de objetos». En 1931 aparece *L'amour et La Mémoire* y un año después escribe el libro guión *Babou* (et critique de Cinéma), como un guión filmico. *La Conquête de l'irrationnel* es de 1935, y de 1937 *La Métamorphose de Narcisse*, nuevo libro de poemas. Paul Eluard (el primer marido de Gala) destaca este libro como cristalización de ternura y simplicidad, pasión y rebeldía; por su lado, Julien Allen lo reseña diciendo del arte de Dalí que «su poesía es, en especial, mística, influida por la lectura de los místicos españoles San Juan de la Cruz y, en menor escala, Santa Teresa. También lee a Paracelso, cuyo mundo, dice, pese a las burlas de los materialistas del s. XIX, se está introduciendo rápidamente en la realidad contemporánea».

En la década de los 30, empezó Dalí su *Torre de Babel*. Confesaba años más tarde —entre la leyenda y el humor— que cuando ya llevaba quinientas páginas y todavía no había salido del prólogo... le desapareció toda ansiedad sexual. Movido por impulsos a los que da rienda suelta, apenas controla su prolífica verbosidad: «El erotismo es el principio monárquico que cibernéticamente fluye por la estructura molecular del ácido desoxirribonucleico».

Al poco tiempo de instalarse en Estados Unidos publica el libro más escandaloso de todos *The life secret of Salvador Dalí* (1942, New York), que conocerá su versión en español en Buenos Aires dos años después; este libro (pseu-

do) autobiográfico iniciará una colección sobre el personaje Dalí: *Diario de un genio* (1964), París y Barcelona), con el subtítulo de «la apoteosis del dólar» será la segunda parte de su autobiografía. Ambas obras pueden considerarse complementadas por otros textos de géneros literarios diversos, pero clarificadores del mito Dalí: *Dalí moustache*, de 1946, la ópera *Si j'étais Dieu*, cuyos preparativos parten de 1971², y en 1972 aparecerán con éxito los definitivos *Recetas de Eternidad* y *Como se convierte uno en Dalí*.

Concluyendo la II Guerra Mundial da a conocer su novela *Hidden Faces, (Rostros Ocultos)* 1944, New York.

Dos ensayos cierran este bloque literario: *Los cornudos del viejo arte moderno* de 1956, contra las feroces censuras de los críticos, y *El mito trágico del «Angelus» de Millet*, de 1963, libro capital en la aplicación del método paranoico-crítico.

Entre su labor teatral figura en lugar preeminente sus trabajos para el ballet. La tarea artística de Dalí no se reducía sólo a confeccionar el decorado o los bocetos, sino que también aportaba los argumentos. Así *Tristán Loco*, según Dalí, su mejor obra teatral que no pudo ver en las tablas por declarársele irrepresentable; la transforma entonces en el ballet «Venusberg» destinado al ballet Ruso de Montecarlo, pero la II Guerra Mundial impidió su puesta en escena. Sí se estrenó *La Bacanal*, sobre 1939, en el Metropolitan Opera de Nueva York, al parecer con un importante éxito. En pleno conflicto bélico, 1942, realiza el ballet *El Laberinto. Salomé*, 1948, supone una experiencia renovada en el teatro, pero su estreno fue recibido con críticas y abucheos. Esta disparidad de opiniones se mantuvo con *El Coloquio Sentimental*, montado por su patrocinador en el ballet, el Marqués de Cuevas; previamente maltratado por los comentaristas nacionales, fue acogida en Londres con elogios: «La imaginación de Dalí, siempre fuera de lo corriente y, en este ballet, sorprendentemente efectiva». En una película inacabada se convertirá su pieza teatral de 1954 *Historia prodigiosa de la divina encajera y el rinoceronte*. Finalmente, en 1961, crea el Ballet de Gala en Venecia, al que aporta



la coreografía y el libreto.

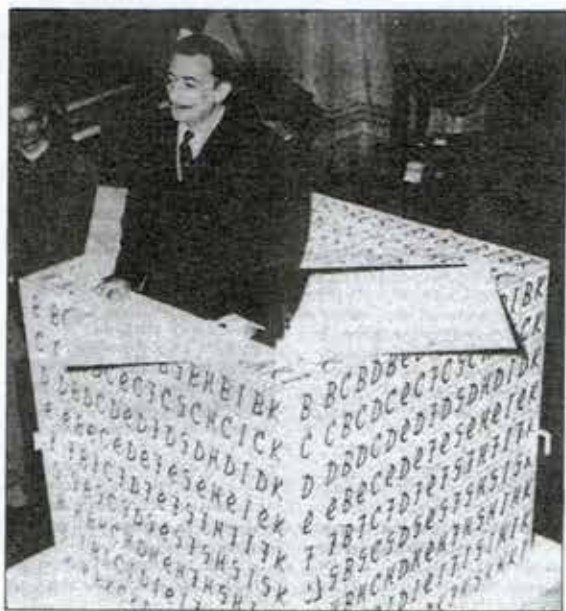
En período de preparación, y por tanto inconclusas, quedan *El Arte de la Historia*, iniciado en 1968, y la tragedia *Mártir* a la que saluda así el propio autor en ciernes: «mi tragedia *Mártir* será más importante para la posteridad que toda mi obra pictórica reunida. Me reafirmo en mi opinión, tantas veces manifestada por mí de que, modestamente, es superior a las tragedias que hizo el célebre y maravilloso Corneille. ¡Y él es el autor de teatro que más me gusta de cuantos han existido en el mundo! *El Cid* es una tragedia típicamente corneliana, porque sus situaciones son únicas. Nadie sabe lo que va a pasar un momento después. Así es que mi obra más importante, cuando se hable de Dalí en el futuro, será esta tragedia. El personaje central de la tragedia es alguien que trata —¡nada menos!— de borrar el pecado original del mundo. Como es lógico, va contra corriente. Pretende llegar a tiempo para nacer antes que Adán. Tal actitud crea unos problemas teológicos, eróticos y morales terribles. Son insolubles. Creo que voy a conseguir que la gente se quede estupefacta en cada acto, cuando se represente ante sus narices. He procurado mantener eso que ahora llaman «suspense» de tal manera, que creo que consigo que hasta el final la gente no se entere de quién es el «mártir». Puede que llegue más lejos en mi obra y que consiga que, una vez terminada la representación, tampoco se enteren».³

Además de en este mundo literario y del espectáculo, Dalí también colaboró con el mundo de la publicidad, cuyo arte revolucionario ya desde 1939. De peculiaridad sir par gozan los objetos surrealistas inmersos en el decadentismo del fin de siglo, con un ingenio ajeno a la sencillez del «pop-art».

Por último, nos cabe destacar a Dalí cineasta. Junto a Luis Buñuel filma las dos más genuinas muestras surrealistas del cine, en palabras de A. Breton: *Un chien andalou (Un perro andaluz)* en 1927 y *L'âge d'or (La edad de oro)*, en 1928. Entre 1939 y 1940 retoma el contacto de nuevo con el cine, esta vez en Estados Unidos: los hermanos Marx y Walt Disney, co quien proyecta varias películas; incluso en 1957 Disney lo visita e Cadaqués y trabajan en una adaptación de *El Quijote* que desafortunadamente no se filmó. Con A Hitchcock colabora en algunas concepciones psicoanalíticas y decorados para *Recuerda*, en 1944.

LA NATURALEZA IMITA A LOS ARTISTAS: «ROSTROS OCULTOS»

Durante su estancia en Estados Unidos, Dalí se retira cuatro meses de 1944 a las montañas de Hampshire, junto a la frontera con Canadá, para escribir una «verdadera novela», larga y aburrida asevera su autor, como reacción a la vanguardia futurista: «En



época presente las gentes se hallan atacadas de la locura de la velocidad, que no es sino el producto de una efímera observación, de la aparición de lo grotescamente empujado»,⁴. Se trata de una novela de 320 densas páginas.

Las causas por las que escribió esta obra Dalí obedecen, especialmente, a que «la historia contemporánea ofrece un marco único para una novela que trate sobre el desarrollo y el conflicto de las grandes pasiones humanas» (p. 9) y a que «es más interesante, en lugar de «copiar la historia», anticiparse a ella». (ibídem).

Rostros Ocultos es concebida por Dalí como «una verdadera novela de culminación, de introspección y de revolución, de edificación de pasiones (...), como en los lentos viajes de la época de Stendhal, (...) describiendo gradualmente la belleza de los paisajes del alma que se cruza; las nuevas cúpulas de la pasión deben hacerse progresivamente visibles hasta alcanzar su plenitud en el momento debido, de manera que el espíritu de los lectores pueda disponer de la sazón inapresurada que es necesaria para saborearlas (...) Quienes hayan leído atentamente mi *Vida secreta* irán descubriendo prontamente, bajo la estructura de la obra, la presencia continuada y familiar, vigorosa, de los mitos esenciales de mi propia vida y de mi mitología». (pp. 9-10).

«Mucho se ha escrito y se escribirá sobre los dos protagonistas de la presente novela, ya que sus ros-

En la otra página, Salvador Dalí con compañeros de la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, donde estuvo muy poco tiempo. Sobre estas líneas, Dalí en una singular conferencia de prensa en Roma en 1954.

tros respectivos están tan refinadamente encubiertos que los unos han dicho que bajo la personalidad diabólica del conde de Grandsailles se esconden las experiencias perversas de la tierna edad de los 19 años del propio S. Dalí en persona, y otros que, al contrario, el Dalí de hoy se esconde aún más hipócritamente bajo la personalidad semiangelical de la protagonista femenina Solange de Cléda» (p. 7).

En efecto, Dalí se retrata en estas páginas; los personajes forman parte de su mundo, relativamente identificados con él: el mismo jardín de la novela nos trae a colación la relación del escritor pintor con Lydia de Cadaqués, una singular loca a la que compró sobre 1929 una cabaña de Port-Lligat que se convirtió en el embrión alrededor del cual iría creciendo la casa de Dalí. Para otorgarle un mayor cariz de cuasi-autobiografía, el propio autor se introduce como personaje de ficción (realidad) al que se hace referencia (como lo hiciera a su manera D. Quijote o como se adelantara el Unamuno de *Niebla* al Pirandello de *Seis personajes en busca de un autor*), tambaleando las barreras de lo real y lo ficticio pp. 58, 122, etc).

Se menciona comparativamente unos de sus símbolos recurrentes obsesivos (recuérdense sus aplicaciones sobre el «Angelus», de Millet): «Verónica... Era como la mantis rezadora, que devora a su amor a causa de una necesidad de absoluto» (p. 58). Y no escatima otras descripciones que aluden a la estrecha relación entre su literatura y su pintura; los ecos de El Bosco y del mismo Dalí pintor son transparentes: «La futura conflagración del mundo habría de hacer que las criaturas destinadas a componer las masas luchadoras semejarían las del mundo marciano de los insectos, (...) las batallas apocalípticas que se encendiesen en torno al gran incendio de la guerra serían comparables en su precisión y alucinante crueldad solamente a las del reino de los ortópteros articulados y al de los ápteros, (...) los protagonistas de esta novela, sujetos a las leyes ineludibles de la gran metamorfosis, serían consumidos a medida que se aproximasen a la etapa común de la Historia, vestidos y armados con sus nuevos atributos entomo-

lógicos y elevados, por este mismo hecho, a la categoría de personajes épicos (pp. 122-123).

La novela se centra en la vida del Conde Grandsailles y sus experiencias amorosas envuelto en los avatares políticos de la preguerra y primeros años de la II Guerra Mundial. La acción transcurre en Francia y Estados Unidos desde fines de 1936 a los albores de los 40. Papel relevante desempeña Solange de Cléda en relación con el Conde: ambos sienten, gozan y padecen una atracción que nunca llegan a colmar; es una especie de pasión amorosa sadomasoquista que Dalí bautizó como «Cledalismo»: un deseo-rechazo que termina con la muerte de Solange cuando el Conde regresa para entregarse a ella. Entre tanto, hemos contemplado morosa y sentimentalmente las agresivas luchas políticas, los coqueteos y las conversaciones atrevidas de los ambientes festivos, una sucesión de personajes que interferirán en la vida de Grandsailles. Este marchará a América, regresará a Francia, se casará con la joven Verónica, se divorciará; verá a su país entrar en la guerra y cómo los alemanes toman París y desean expropiar sus antiguos dominios. Conoceremos los movimientos de la resistencia campesina... y sobre todo pasiones desatadas y contenidas por el amor⁵.

En *Rostros Ocultos*, Dalí expone su postura frente a la aristocracia y la tradición a través de una elegía a la Europa de la preguerra. Se ha definido como una novela de la decadencia en la línea del *Satiricón* de Petronio: el tema del amor en la muerte es decadente, porque Dalí sustituye la tragedia por la frustración y la perversión. A temas similares recurre Dalí (en su pintura y en su cine). En *Un perro Andaluz* o en *La edad de oro* trata del erotismo, la muerte, el deterioro entendido como descomposición, la pasión, el inconformismo y los deseos frustrados por los convencionalismos y la represión social; en el programa de *La edad de oro* firmado por Dalí se leía: «Gracias al Amor, el pesimismo se convierte en acción; el Amor, denunciado en la demonología burguesa como la raíz de todos los males. El Amor exige el sacrificio de todos los demás valores: el estatus, la familia y el honor. La falta de Amor dentro del

Dalí

NOVELISTA

marco social conduce a la revolución, la vida y las obras del Marqués de Sade, que vivió en la *Edad de oro* de la monarquía absoluta, reflejan claramente este proceso... por ello y no por pura coincidencia, dejan claramente este proceso... por ello y no por pura coincidencia, la película sacrílega de Buñuel se hace eco de las blasfemias que el divino marqués lanzó entre las rejas de su celda». Un segundo plano temático de la novela lo ilustra la profunda creencia de Dalí en la subsistencia de la tierra frente a todos los caprichos de los acontecimientos políticos; el símbolo es el bosque de alcornoques que el conde perdió y que comprado por Cléda ha sido reforestado. La tierra encarna la tradición: la fe y la cultura defendidas frente al cambio.

El principio y el final son sintomáticos en su significado: el conde abre el texto sentado y ensimismado ante la llanura con el bosque mellado de alcornoques al fondo y lo cierra con la cabeza entre las manos después de haber mirado la calva del bosque ya crecida; si en el cuadro de Dalí *El juego lúgubre*, p. ej., de 1929, la cara tapada con la descomunal mano simboliza el tema dominante de esa primera etapa: la ansiedad sexual, expresada por la vergüenza de la masturbación (6), en *Rostros Ocultos* más bien responde a la frustración (de la infructuosa felicidad presente ante el pasado perdido) (7). El deleite sereno de la contemplación del paisaje como objeto de belleza rememora, en su distinto contexto, la novela de T. Mann *Muerte en Venecia*. La tierra se ha erigido en símbolo de belleza, de perfección, de perennidad, de recuerdo... de quietud, de tradición, y hasta de inmovilismo.

La caprichosa ideología daliniana no parece ofrecer dudas, a pesar de su reiterada declaración de apolítico, y desde en torno a 1942 parece cada vez, como dijimos, más reaccionario. Lo político en la novela se plasma como fondo, como simple protagonista tenue; a lo sumo en el ambiente bélico, lo histórico se asume como trasunto de lo intrahistórico: interesa más lo personal. Por ello el nuevo terrateniente de las posesiones de Grandsailles, Rochefort, en el que recaen dos de las tres sec-



ciones del conde, se convierte de inmediato en su enemigo político. Con todo, el talante político del protagonista y de los otros personajes inmiscuidos (aristócratas) está atenuado por el estereotipado tópico del carácter nacional: político como buen francés (p. 13), técnica que repite al referirse a la más pura timidez anglosajona (p. 18). El conde confiesa aceptar amigos de todos los bandos políticos y es que «una de las nociones más profundamente arraigadas en el espíritu humano, el sentido de la derecha y de la izquierda, ha sido completamente perdido y revuelto por nuestros contemporáneos» (p. 31).

También Dalí siente fascinación por la figura de Hitler: en nuestra novela aparece al final como un loco masoquista que espera plácidamente el desenlace de la guerra escuchando a Wagner; al inicio de la obra, Dalí pone en boca del trasnochado senador Daudier estas especulaciones: «Hitler quiere la guerra; pero no para ganarla, como casi todo el mundo piensa, sino para perderla. Es un romántico y masoquista integral, y, como en las óperas de Wagner, todo ha de concluir para él, el héroe, tan trágicamente como sea

posible. (...) Lo malo es que Hitler es muy honrado... no engañará. Quiere perder, pero no quiere perder adrede. Insiste en jugar la partida hasta el fin, con arreglo a las normas establecidas, y solamente se declarará vencido cuando realmente lo esté. Y por esto es por lo que vamos a tropezar con tantas dificultades» (p. 25-26).

El título de la obra hace referencia a las personalidades que se esconden tras las apariencias, especialmente Solange de Cléda y el conde de Grandsailles; éste incluso llega a suplantar la identidad del príncipe Orminy haciéndose llamar Nodier, después de que el príncipe se suicide y deje indicio para que piense la policía que el muerto es el conde de modo que pueda escapar de su acoso. No obstante, entre los personajes se le confiera la mayor importancia al significado del compostamiento de Cléda, a su incorporación a la nómina de los grandes nombres míticos, reales o ficticios de nuevo, que han creado toda una filosofía universal del actuar y del sentir: junto a lo maquiavélico o lo quijotesco, y hermanado con el sadismo y el masoquismo emerge el cledalismo.

Sade —ya lo citamos— siempre estuvo presente en Dalí: G. Bataille, sobre diciembre de 1932, tachó al catalán de ser descendiente directo del marqués de Sade y del conde de Lautréamont, los dos grandes ídolos del surrealismo: de Sade había pronunciado con escándalo una apología en el Ateneo de Barcelona, de Lautréamont ilustró sus *Cantos de Maldoror*. Conviene destacar que, además de la influencia de Freud, se refleja la fructífera enseñanza del libro *Psychopathia sexualis* (1899) de Krafft-Ebing; de este estudio aprende Dalí la enorme variedad de manifestaciones psicopatológicas de la vida sexual; en él se resalta asimismo el símbolo de algunas aberraciones sexuales, como el sadismo y el masoquismo (8).

Desde el S. XVIII, siguiendo las huellas de Sade, había permanecido incompleta: Sadismo, Masoquismo, ... «Era preciso —apunta Dalí en el prólogo (p. 9) — descubrir el tercer término del problema, el de la síntesis y la sublimación: el Cledalismo (...) El sadismo puede ser definido como el placer experimentado a través del dolor infligido al objeto; el masoquismo, como el placer producido a través del dolor infligido por el objeto. El cledalismo es el placer y el dolor sublimados por una absoluta identificación trascendente con el objeto. Solange de Cléda restablece la pasión normal; es una Santa Teresa profana, Epicuro y Platón ardientes en una sola llama de eterno misticismo femenino». Dos pasajes de la novela lo explican mejor aún: «Era extraña la pasión que unía a Hervé de Grandsailles y Solange de Cléda. Durante cinco años, ambos habían desarrollado una guerra implacable de mutua seducción, a cada momento más llena de ansiedad y más irritante, y que hasta entonces había cristalizado solamente hasta el punto de alcanzar un clima de exacerbación, de producir un creciente impulso de rivalidad y de autoafirmación al que la más ligera declaración de debilidad habría llenado peligrosamente de la amenaza de la desilusión. En cada ocasión en que el conde había visto que la pasión de Solange cedía a la calma de la ternura, se había adelantado ansiosamente con nuevos pretextos para herirla en su vanidad y para



En la otra página, detalle del cuadro «El enigma de Hitler». Sobre estas líneas, una de las obras más logradas con Gala como modelo.

establecer la salvaje y retrasada actitud agresiva que es la del deseo insatisfecho cuando, con el látigo en la mano, se le obliga a vencer los obstáculos, cada vez más invencibles, del orgullo» (pp. 17-18).

«El conde solamente hubo de volver un poco la cabeza para besar la mano izquierda de Solange. Y dijo:

— Es un milagro maravilloso que jamás haya habido nada entre nosotros. —Y añadió con voz ronca—: ¡Juremos que jamás haremos nada que pueda mermar nuestro deseo! —Luego, besó la otra mano de Solange y dijo con voz firme y baja—: Vamos a atarnos juntamente en una mutua atracción.

— ¿Podré jamás hallarme bajo la de usted más que lo estoy ahora? —preguntó Solange con la mano tendida hacia él.

— Yo quiero estar bajo la de usted —replicó Grandsailles. Y miró las profundidades de los ojos de Solange y la cogió de un brazo sin apenas tocarla» (p-134).

Con su habitual tono provocador, ambiguo y jocoso, Dalí dedica estas significativas palabras a la mujer: «Con pelo o sin él nunca será inteligente. Eso ya se sabe por la *Biblia*. La misión de la mu-

jer no es ser inteligente, es al contrario servir de cretinizadora suprema del hombre. Y al decir que las mujeres no son inteligentes no hay en mis palabras ningún desprecio hacia ellas que han sido siempre reinas maravillosas, empezando por Gala, que es la reina de mi vida».

Desde otro punto de vista nos hallamos ante un narrador omnisciente, dominador de sus personajes y de su estilo ensayístico. La técnica narrativa se entronca con el montaje cinematográfico: en ocasiones se produce un «flash-back» electrizante o una «relación» narrativa apoyada en pensamientos; en la cena ofrecida por Solange, en el primer capítulo, la descripción de la acción avanza a la manera de un caleidoscopio o montaje de cine (como las novelas de John Dos Pasos o *La Colmena* de Cela, 1949, p. ej.).

En relación con la liberación del monólogo libre, Dalí deja proliferar su fantasía como narrador omnisciente a través del gusto por las sugerencias imaginativas: lo pensado como ensueño o a partir de las sombras generadas por las velas (pp. 27-28), como si de un juego paranoico-crítico se tratara. A semejanza del primer cine con Buñuel, Cléda experimenta una visión/sensación expresada con una erótica metáfora surrealista: «Solange se limitó a abrir los ojos un poco más, y entonces vio claramente que el candelabro volvía a ser colocado sobre el mantel y que una profusión de grandes gotas de esperma se extendía a su pie» (p-30); según Freud, una vela blanda que gotea era símbolo de la impotencia (así aparece también en el citado cuadro *El juego lúgubre*).

Estilísticamente, Dalí emplea una prosa desbordante, palabras brillantes en ciertos pasajes. Parece como si su autor se autocomplaciera con el arte de la narración y el diálogo esmerado hasta el retorcimiento (concatenaciones, polipotes...). La inquietante incongruencia entre la prosa extravagante y fogosa de Dalí y su elogio de los objetos funcionales —sentencia D. Ades al analizar su pintura y sus objetos surrealistas— es tan interesante como sintomática: ello es lo que provoca las contorsiones de los objetos más sencillos. El rico verbo que maneja Dalí en *Rostros*

Ocultos para describir vivamente los sentimientos de la naturaleza humana y sus reacciones se deja abrazar por un diálogo intelectual y un estilo algo ensayístico (algo «libresco», diríamos) (pp. 11-122-123...)⁹.

Pero al lado de este tono serio y contenido, no escatima Dalí la chispa del humor y la grande ironía: «No tardaré más de diez minutos, y entretanto, mi querido conde, encargo a estos caballeros que le refieran todo lo sucedido. Cuando ya regrese, todo el trabajo difícil estará realizado y solamente me quedará la labor de añadir la verdad» (p. 19). «Respondiendo a las ideas izquierdistas de su compañera de la derecha» (p. 26) la originalidad de la escritura daliniana se mantiene en su tono burlón y jocoso que no perdona titere: «Villers habló sencillamente a Madame de Montluçon en un intento por interesarla en sus trabajos seudofilosóficos sobre historia contemporánea.



Dalí fue siempre un dandy y un provocador. Como novelista escribió una prosa revolucionaria.

Madame de Montluçon, renunciando a seguirle en su frenética carrera de paradojas, exclamó finalmente:

— Pero, verdaderamente, no me es posible descubrir hacia qué parte se inclina usted.

— Ni a mí me es posible — replicó Villers con acento melancólico—. Ya sabe usted que soy, a mi modo, una especie de artista, y mi actitud es exactamente igual a la de Leonardo da Vinci, que dejó inacabada su famosa estatua ecuestre mientras esperaba ver quién ganaba... Continúo trabajando en mi libro, y estoy haciendo de él un verdadero monumento; es grandioso, impotente, está terminado hasta en sus menores detalles... pero no tiene cabeza. Dejo esta cuestión para el momento final, con el fin de poder ponerle la cabeza del conquistador» (p. 23), y hasta socarronamente irónico: «Monsieur Faucet y Monsieur Ouvrard estaban desde el principio de la comida sosteniendo un acre debate sobre los tumultos de París. Eran los adversarios políticos más antagónicos del momento porque, hallándose ambos en la misma situación poseyendo un programa político idéntico y disfrutando de un punto de vista político igual, estaban obligados a conseguir obras maestras de interpretación para poder ofrecer a sus seguidores y partidarios la impresión de que se hallaban en constante y flagrante estado de desacuerdo, con el fin de adelantarse uno a otro en la frenética carrera de su ambición cotidiana e inmediata, que les oscurecía la visión y les impedía ver la meta todavía incierta del poder» (p.23); o se envuelve en el sarcasmo del retrato de costumbres: «La señora (Montluçon) era miembro de la Croix de Feu porque el esposo de la querida de su amante era comunista» (p. 22). «Hay dos clases de fumadores, querida: la de los que fuman para crear un ambiente, una atmósfera para sí mismo, y que se hartan tan pronto como lo consiguen; y la de los que fuman, sencillamente, porque están hartos del ambiente. Los primeros, pertenecen a la clase de los estetas, a la clase de los que son ligeramente imbéciles, los Orminys; yo pertenezco a la segunda que es la legítima, que es dogmática sin tapujos. Pero ya verás lo curioso que todo esto resulta.

Al fin, terminamos por comprar nuestra atmósfera ya *confeccionada*» (pp. 87-88). Por fin, la descripción alcanza el humor quevedesco: El defecto de Bárbara consiste en tener las piernas demasiado cortas, indudablemente, representaba un modo poco agradable de que la naturaleza se había valido para mantenerla más próxima a la tierra y, al mismo tiempo, de hacerla más humana» (p. 58).

En definitiva, se trata de una prosa revolucionaria, que poco tiene que ver con los escritores actuales. Ello demostró que Dalí, en su época, y también en literatura, es un gran creador: «Soy mejor escritor que pintor, sin duda», *dixit*. ¿Sin duda? El lector no debe resistir su curiosidad de comprobarlo con la lectura de esta novela.

J.R.

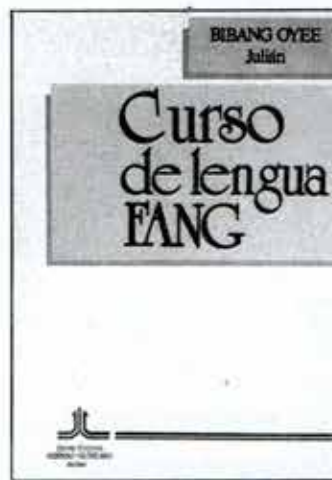
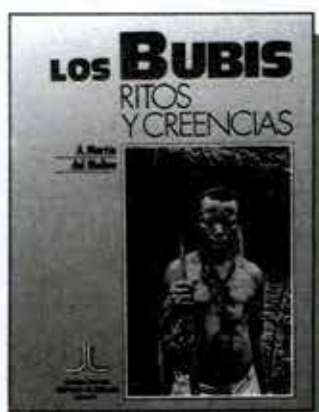
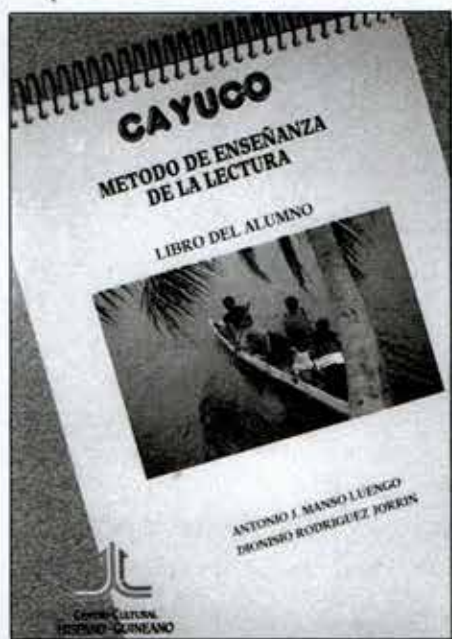
NOTAS

- (1) *Vid*, Dawn Ades, *Dalí*, ediciones Folio, Barcelona, 1984 al que seguimos en este compendio.
- (2) Dalí firma un contrato para su composición, grabación e interpretación de un LP. En 1972 llega a grabar parte de este «Ser Dios» en París.
- (3) J. Corneille había creado en teatro situaciones plenamente surrealistas (por encima de su clasicismo evidente).
- (4) Con el título de *HIDDEN FACES* apareció en Nueva York, 1944. La primera edición española, 1973, apareció expurgada. Ciclo por la edición de Plaza y Janés, *Rostros Ocultos*, Barcelona, 1983. *Rostros Ocultos*, p. 9.
- (5) Por su ambientación y por su lenguaje nos recuerda la atrevidísima novela dieciochesca *Les liaisons dangereuses*, de Laclos.
- (6) Desde que Gala le acompañe inmediatamente el miedo dominante patente en su obra será el de la impotencia.
- (7) Tanto el capítulo I como el Epílogo se titulan «La llanura iluminada»: cierre del ciclo donde lo único que ha cambiado es el tiempo, y lo que ello supone.
- (8) Para conocer la vida y el pensamiento de Donatien-Alphonse François, conde de Sade —sólo fue marqués en su juventud— se puede acudir al clásico *Vie du marquis de Sade*, de Gilbert Lely (Mercure de France, París, 1989) y la biografía escrita por Jean-Jacques Pauvert en dos partes: *Sade una inocencia salvaje (1740-1777)*, Tusquets, 1989, y, en versión original, *Sade vivant (1777-1793)*, Robert Laffont, París 1989. Asimismo son imprescindibles las obras de Annie Le Brun: *Soudain, un bloc d'abîme*, Sade (1986) y *Sade, aller et dé tours* (Plon, París, 1989) en el que recoge textos sobre Sade y el feminismo o surrealismo.
- (9) La novela tampoco está exenta de algunas, muy escasas, molestas e insulsas muletillas narrativas, improcedentes: «Como ya se ha indicado antes» (p. 15), reiteración cansina de la estructura sintáctica básica: «El conde... El conde...» (pp. 16-17) o polipotes evitables: «en tales ocasiones le ocasionaba violentas picazonas» (p.17).

**ÚLTIMAS
PUBLICACIONES DE
«EDICIONES
DEL CENTRO
CULTURAL
HISPANO-GUINEANO»**



ENCARNACIÓN GÓMEZ MARÍN Y LAUREANO MERINO CORTIÑA
**Plantas Medicinales
de
Guinea Ecuatorial**



LOS BUBIS, RITOS Y CREENCIAS, del Padre Amador Martín del Molino.
EL TAMBOR, de Iñigo de Aranzadi, con ilustraciones de Eva Alcaide.
EL ESPAÑOL DE MALABO, de John M. Lipski (estudio filológico del español hablado en Guinea).
CURSO DE LENGUA FANG, de Julián Bibang Oyee, y la colaboración de Jesucristo Riquelme.
BUENOS DIAS (2.ª edición), de Antonio Manso y Dionisio Jorrín.

GUIA DE PLANTAS MEDICINALES DE GUINEA ECUATORIAL, de Encarnación Gómez y Laureano Merino.
EL BOSQUE DE GUINEA ECUATORIAL, de M.ª Dolores Moreno.
LECTOESCRITURA DEL ESPAÑOL (LIBRO DEL ALUMNO), de Antonio Manso y Dionisio Jorrín.
LA CANCIÓN DE LA DIARREA (libro de carteles, folletos y diapositivas), Sales Encinas, e ilustraciones de Filiberto.

Africa 2000



BIBLIOTECAS
CENTRO CULT. IBERO-AMERICANA
N.º REGISTRO
SERIE